



RACHEL RIPLEY

SENDEROS CUBIERTOS DE ROSAS

*"Y quien no tema mis tinieblas
hallará bajo mis cipreses
senderos cubiertos de rosas". F.
Nietzsche*

CAPITULO I

Abrió los ojos aturrida. Los nuevos somníferos recetados por el médico la sumían en un profundo letargo del que le resultaba muy difícil despertar. Buscó a tientas el vaso de agua y bebió un par de sorbos para humedecer su garganta reseca y se dejó caer sobre la cama, sintiendo que las ganas de llorar la invadían de nuevo. Del cajón de la mesilla sacó dos cajas de antidepresivos, cogiendo una pastilla de cada una de ellas, que se tragó con un gesto rápido y

apenas un trago de agua. Ahora sólo tenía que esperar a que hicieran efecto. Pronto la química embotaría llevándose consigo la tristeza y el dolor.

Oyó un golpe en la puerta de la habitación.

– ¿Es que no piensas levantarte nunca, Claudia? – chilló una voz enfadada desde el otro lado de la puerta – ¿Sabes qué hora es?

– Mamá, no me encuentro bien – respondió en voz baja – necesito descansar.

Su madre abrió la puerta y entró en la habitación.

– ¿Ya estás con la tontería de la depresión? Si

hicieras algo de provecho en lugar de estar todo el día en la cama no estarías tan mala.

Claudia se preguntó cómo podía su madre decir aquello, cuando ella misma la había acompañado al médico el día que le diagnosticaron la depresión, después de meses de noches sin dormir y fuertes ataques de ansiedad. Estalló en sollozos, sintiéndose dolida y desamparada.

– ¡Deja de llorar! – gritó su madre exasperada
– te pasas el día entero llorando. ¡Deja de llorar!

– ¡No puedo! – chilló Claudia – ¿no lo entiendes? ¡No puedo! ¡Estoy enferma!

– Yo, con todo lo que he sufrido, y nunca me he permitido el lujo de tener una depresión. ¡Nunca! Aaaaay si yo me hubiera quedado en la cama con una depresión cuando me quedé viuda. ¿Qué hubiera sido de vosotros? Pero yo me sobrepuse y tú también puedes hacerlo, pero no te da la gana.

– Mamá, déjame sola, por favor – suplicó Claudia, sintiendo que comenzaba a relajarse gracias al efecto de las pastillas.

– Déjame sola, déjame sola, es todo lo que sabes decir. A este paso tendré que internarte en una institución mental, te lo he advertido muchas

veces, pero nunca haces caso de lo que tu madre te dice.

Su madre salió de la habitación dando un portazo que hizo retumbar las paredes. Claudia cerró los ojos, llorando en silencio. Su móvil emitió un par de pitidos desde el escritorio, avisando de que tenía un *whatsApp*. Lo leyó. Era su amiga Sara, que la invitaba a comer. No se sentía con fuerzas, y así se lo escribió.

El móvil sonó de nuevo. “No acepto un no por respuesta – leyó – Si no vienes, iré a buscarte. Por favor, ven. Es importante”.

Claudia suspiró y tecleó “OK”. Poco a poco

notó que su estado de ánimo se iba normalizando. Se le antojaba un esfuerzo casi insuperable vestirse y salir, pero, por otro lado, tenía ganas de ver a Sara. Se levantó despacio y abrió el armario, buscando qué ponerse. Eligió unos vaqueros y una camiseta azul bastante arrugada. Hacía frío, por lo que se obligó también a coger una sudadera. Salió al baño y se miró en el espejo. Unos ojos infinitamente tristes le devolvieron la mirada, tan tristes que, al verse, la tristeza la inundó de nuevo. Se sentía cansada y agotada y las largas noches en vela le habían regalado unas grandes ojeras violáceas y un

rostro demacrado. Se apoyó en el lavabo y bajó la cabeza. No soportaba verse en el espejo, no se reconocía en él. Abrió el grifo y se lavó la cara. El agua fría la despejó un poco. Alguien golpeó la puerta del baño.

– ¿Vas a salir? – Claudia sintió ganas de gritar al escuchar de nuevo la voz de su madre.

– Sí, mamá.

– Claro, yo te digo que te levantes y no me haces ni caso, pero en cuanto una de tus amiguitas te manda un mensaje te falta tiempo para salir corriendo. Tú no tienes ni depresión ni nada. ¡Tú tienes mucho cuento! Como te echen del trabajo

por la depresión ya verás lo que haces, porque en mi casa no quiero a nadie comiendo la sopa boba, que bastante dinero he invertido ya en tu educación.

Claudia abrió el grifo al máximo, hasta que el ruido del agua ahogó la voz de su madre. Sabía que aquello la enfurecería, pero no podía soportar aquel tono de reproche que la perseguía día y noche desde que la baja por depresión la obligó a quedarse en casa. Cuando le pareció que su madre se había callado, cerró un poco el grifo y continuó aseándose. Sabía, sin embargo, que ella estaría al acecho, y que, en cuanto abriera la

puerta la perseguiría por toda la casa para continuar con su cantinela. Afortunadamente, en aquel momento, sonó el teléfono. Aguzó el oído. Por los gritos de emoción de su madre adivinó que era su tía de Salamanca, lo cual la liberaría durante al menos media hora. Claudia, a sus casi treinta y cinco años, no sabía cómo pedirle a su madre que respetara su tiempo y su espacio. No lo había hecho nunca y ahora, en tratamiento por depresión, le resultaba imposible.

Se vistió rápidamente y se calzó unas deportivas no muy nuevas. Cogió el anorak y salió de la casa. Bajó las escaleras despacio,

sintiendo que su corazón latía con fuerza al acercarse al portal. Últimamente la ansiedad la invadía al acercarse a la calle hasta casi impedirle respirar, por lo que la mayoría de los días no salía de casa. Se tranquilizó al recordar que el restaurante en el que habían quedado estaba tan sólo a un par de manzanas. Respiró hondo durante unos segundos para relajarse y comenzó a caminar. Al poco llegó al restaurante y echó un vistazo por las cristaleras. Sara no había llegado aún. Con el corazón latiéndole con fuerza traspasó la puerta

del restaurante, se sentó en una mesa lo más apartada que pudo y pidió un zumo de naranja evitando mirar a quienes comían a su alrededor, sintiéndose observada por todos.

A los pocos minutos entró Sara. Aliviada, Claudia le hizo una seña, echando una ojeada al reloj. Le resultaba casi increíble verla llegar justo a la hora a la que habían quedado. Si hacía memoria, calculaba que en los veinte años que hacía que se conocían, su amiga había logrado ser puntual, a lo sumo en un par de ocasiones. Sara debió leerle el pensamiento, porque la miró con gesto burlón, enarcando una ceja.

– ¡Hola! – gritó acercándose a la mesa, haciendo que todas las cabezas se giraran a mirarla – No te quejarás, ¿eh? – se sentó y frente a Claudia y se quitó el abrigo, dejándolo en la silla a su izquierda. – Me he escapado para llegar a tiempo y he dejado a Óscar empantanado con todo el trabajo. Seguro que ahora me odia – hizo una mueca burlona y e hizo una seña a un camarero que se acercó apresuradamente – Una botella de agua mineral, por favor. ¿Quieres tú algo?

– No, gracias, ya he pedido.

Sara la contempló con gesto preocupado.

– Siento no tener tiempo para que nos veamos más a menudo – el camarero se acercó a ellas portando una bandeja con una botella de agua mineral, un botellín de zumo y dos vasos. Los colocó sobre la mesa y procedió a llenarlos – Por otra parte, Óscar me tiene ya un poco harta. Se ha pasado toda la mañana contándome toooooo lo que puede salir mal de cara a la apertura de nuestra nueva sede en Nueva York.

Claudia no pudo evitar sonreír. Aquello era muy propio de Óscar, el socio de Sara, un individuo nervioso cuyo pasatiempo favorito era buscar señales de futuros grandes desastres en

cualquier hecho cotidiano. Era un genio para su trabajo, pero a veces se necesitaba tener una paciencia de santo para soportar su carácter agorero. A veces resultaba incomprensible como Sara, con su carácter enérgico y su visión positiva de las cosas continuaba trabajando con él, pero era innegable que ambos habían llegado a compenetrarse a la perfección después de varios años trabajando juntos. En cierto modo se compensaban el uno al otro. Se lo comentó a su amiga y ésta asintió

– Sí, es algo así – afirmó abriendo la carta del restaurante y ojeándola – supongo que, uniendo su

pesimismo y mi optimismo, vemos la realidad tal cual es, ni tan mala como el cree, ni tan buena como yo me la imagino. Hmmmmmmmmm. No sé qué pedir. Todo parece delicioso ¿Qué me aconsejas?

– Ni idea, estoy como tú – respondió Claudia abriendo la carta a su vez y buscando la descripción de un plato que le pareciera apetitoso – Creo que pediré lasaña.

– ¿Otra vez? – se sorprendió Sara – siempre que vienes aquí pides lo mismo. Deberías probar algo nuevo.

– No, quita, quita, ya probé algo nuevo la

semana pasada, cuando quedé con Víctor, y ese mismo día decidí que siempre volvería a tomar lasaña. Más vale lo malo conocido.

– ¿Víctor? – Sara entornó los ojos, haciendo un repaso de todos los conocidos masculinos de su amiga – ¿Le conozco?

– Afortunadamente para ti, no – repuso Claudia en un tono que hizo reír a Sara.

– ¿Tan mal fue la cita?

– No te lo puedes ni imaginar. Una pesadilla de la que no podía despertar.

– ¿Y por qué no podías despertar?

– Porque no podía dejarle aquí sólo, no

quería herir así sus sentimientos.

Sara suspiró, exasperada

– Ya estamos otra vez, Claudia. Si no estabas a gusto ¿por qué te quedaste? Debiste inventar algo, no sé, una llamada de emergencia, un ataque repentino de asma – Claudia frunció el ceño y suspiró, angustiada. Sabía que su amiga tenía razón y que tendría que haber actuado de aquel modo, pero en aquel momento no se sintió capaz de hacerlo. Sara observó su cara unos segundos y le palmeó afectuosamente el brazo – No te preocupes. Ya conocerás a otro que sea un sueño y no una pesadilla.

Claudia sacudió la cabeza negativamente.

– No – musitó en voz baja – Tiro la toalla. Me compraré un perro y viviré una vida triste y solitaria.

– Mujer, no seas así. Cuenta, que seguro que hubo algún momento bueno.

Claudia negó vigorosamente con la cabeza.

– Que no, te lo aseguro. Le conocí en un grupo de esos de *singles* de para encontrar pareja por Internet. Por teléfono su voz sonaba agradable, era profesor de matemáticas en un Instituto, y, en fin, eso me gustó. Quedamos el domingo, en la parada del metro. Habíamos acordado que cuando

llegara me llamaría al móvil, para no tener que hacer lo de la rosa y el libro y esas chorradas de las citas a ciegas y, cuando suena el teléfono me encuentro con un tío...

– ¡Contrahecho! – interrumpió una voz burlona desde detrás de ellas.

– Miriam, no seas mala – reprendió Sara a la recién llegada – Y no la interrumpas, bastante me ha costado ya que me lo cuente como para que ahora lo estropees todo.

– Nah, seguro que no – replicó Miriam quitándose el chubasquero y tirándolo sobre el abrigo de Sara. Se atusó el pelo rizado y rebelde,

cogió el vaso de agua y se lo bebió casi de un trago. Lo llenó de nuevo y bebió con ansia.

– ¡Uf!, lo necesitaba. En casa, por los niños, tengo la calefacción a toda marcha y me paso el día medio deshidratada. Pero vamos a lo que importa; ¿he oído que tuviste una cita? Suena interesante.

– Ni que fuera tan raro – protestó Claudia.

Miriam se echó a reír.

– Claro que no, tonta. Sigue, te escucho.

– Le estaba contando a Sara mi última cita, si se puede llamar así – repuso con un gesto mezcla de desesperación y asco.

– Creo que fue algo terrorífico – se burló Sara.

– ¿Ves? O sea que yo tenía razón, era contrahecho y tenía un solo ojo en la frente.

– Casi, casi. No era muy guapo, por no decir otra cosa peor, no llevaba el pelo muy limpio, por no decir que lo llevaba sucio y casposo. Además, se le ocurrió la brillante y romántica idea de ir a comer de menú.

– ¿En la primera cita? – se asombró Sara – ¡Menudo cutre!

– Ya lo creo, pero como el restaurante estaba lleno de gente, entonces no me pareció tan mal.

Como era mi primera cita a ciegas, pensaba que podría ser un psicópata—asesino descuartizador de mujeres y me tranquilizó la idea de estar en un sitio tan concurrido. Llegamos al restaurante y nos sentamos. El tío hablaba muuuuuuy despacio, pensándose muuuuuucho lo que decíííííia, un premioso de avío... y era una pena, porque la conversación era interesante, pero con lo que tardaba en terminar cada frase yo tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no dormirme escuchándole. Pero eso no fue nada para lo que vino después. Me hizo a mí una broma sin gracia sobre la sacarina que luego repitió al camarero;

teníais que haber oído la risa del camarero, como jeje, qué gracioso, un gran momento bochornoso. En fin, hasta ahí tenía un pasar, el hombre estaba nervioso y quería quedar bien. Yo pensaba: “venga, con un poco de buena voluntad seguro que va mejor”...; en esto el camarero nos trae las bebidas, un par de Coca–colas. Él coge su vaso, se lo acerca a los labios y empieza a succionar, porque no bebía, succionaba, haciendo más ruido que diez caballos abrevando. ¡Era asqueroso! – se echó a reír junto a sus amigas, que habían estallado en carcajadas al oírla imitar los ruidos que su acompañante había hecho en la comida,

unidos a su gesto de asco – Y pensé, ¡ay Dios mío! Si bebe así, ¿cómo comerá? Porque ya sabéis que yo puedo tolerar muchas cosas, pero que un hombre haga ruido comiendo y tenga malos modales en la mesa no... en fin; el caso es que yo pensaba que lo de la forma de beber era terrible hasta que llegó la comida.

– Ay que me da algo – rio Miriam sujetándose las costillas – ¿Qué comió?

– Pidió no sé qué de ternera. Lo cortó haciendo un ruido horrible con el cuchillo rascando en el plato, ya sabéis, ese ruido agudo que se te mete hasta las últimas células nerviosas

del cerebro y sientes que se te van a caer los dientes – volvieron a estallar en risas – se metió el tenedor en la boca y comenzó a masticar con la boca abierta, haciendo ruido cada vez que separaba los labios, hablando con la boca llena... parecía una clase de biología en la que me estuvieran enseñando cómo se forma el bolo alimenticio.

– ¡Qué asco! – rio Sara – ¿Y qué hiciste? ¿Te quedaste?

– Claro, ¿qué iba a hacer? Me daba pena, pero al mismo tiempo me ponía frenética porque no dejaba de mirarme las tetas. Una cosa es que

me las mirase de reojo, pero es que lo que me miraba de reojo eran los ojos...

– Pues haberle mirado tú el paquete – rio Miriam – ¿tenía un buen paquete?

– Pues ahora que lo dices, no lo sé – respondió entre risas – estaba tan asqueada que procuraba no mirarle mientras comíamos, intentando no oír el ruido que hacía masticando y masticando sin cesar, porque además la comida no se acababa nunca... incluso pidió postre, y yo os aseguro que me hubiera ido encantada a mitad del primer plato, aun teniendo que pagar la comida entera.

– Te lo podías haber quedado para pasar buenos ratos, ya sabes lo que quiero decir – sugirió Miriam con picardía.

– ¿Y cuando beba qué hago? – replicó Claudia –No, quita, quita, que he conseguido soportarlo una vez, pero creo que no sería capaz de repetirlo.

– Siempre te queda el perro – rio Sara.

– ¿El perro? – repitió Miriam fingiendo escándalo – ¡Pero Claudia!

– Vaya par de mentes calenturientas. Dejad tranquilo al pobre animal, que todavía no existe y ya le estáis amargando la vida.

– Aaaaaaaaaaaa, hablando de amargaros la vida, tengo algo que proponeros que hará precisamente todo lo contrario – Sara guardó silencio mientras el camarero disponía los platos sobre la mesa – ¿Qué os parece un fin de semana lejos de todo y de todos? Desconectando totalmente del día a día, sin rutina, sin ordenadores, móviles ni agendas, ¿qué decís?

– Suena maravilloso – observó Claudia – ¿Cómo podemos conseguir eso?

– Mis padres me han pedido que dé una vuelta por la casa de la sierra, para revisar la calefacción, las cañerías y esas cosas. No me

apetece nada ir sola, y se me ocurrió que podríamos ir las tres a quitarnos un poco de estrés, sin trabajo, sin marido, sin hijos...

– ¿Cuándo iríamos?

– Este fin de semana.

– ¿Pasado mañana? – se sorprendió Miriam – no puedo, es muy repentino.

– Miriam, que vamos a cincuenta kilómetros de Madrid, no al Amazonas. Le dices a Fernando que se ocupe de todo y te vienes con Claudia y conmigo a pasártelo bomba. A Claudia le quitamos las penas y, si hay suerte, ligaremos con fuertes y primitivos lugareños. Porque tú si

vienes, ¿no Claudia?

– Por supuesto. Cualquier cosa con tal de no oír a mi madre.

– Haré todo lo posible por ir – prometió Miriam – No quisiera perdérmelo, pero si Fernando tiene que preparar uno de esos informes para sus socios, se me acabó el fin de semana – hizo una seña al camarero y pidió tres cafés– Últimamente me he hecho adicta a los complejos vitamínicos, el ginseng y no sé qué guarradas energéticas más – explicó hurgando en el bolso y sacando un pastillero que puso sobre la mesa – Estoy siempre tan cansada que es lo único que me

ayuda a seguir adelante. ¡Qué pesadez! – gruñó, buscando al camarero – Me refiero al camarero – explicó – No voy a llegar a recoger a los niños al colegio y si no me tomo un café no soy persona, pero si vuelvo a llegar tarde la cuidadora me arrancará la cabeza.

– Tienes que hacerte empresaria, como yo – repuso Sara – así puedes ponerte tu propio horario.

– Ya, pero hundiría la empresa porque me quedaría dormida apoyada en el ordenador, descansando del jaleo que tengo en casa – miró su reloj – lo siento, no puedo quedarme al café. Este

camarero debe haber ido a buscar la leche a Suiza y el café a Brasil. Lo dicho, esta noche hablo con Fernando y te llamo, Sara. Pero no hagáis planes sin mí, ¿de acuerdo? No querría perderme un fin de semana así.

– Prometido – aseguró Sara – espero que puedas arreglarlo.

– Yo también– deseó Miriam levantándose rápidamente y besándolas en las mejillas – ¡Hasta el fin de semana!

– Madre mía – dijo Claudia cuando Miriam hubo desaparecido del local a toda prisa – qué torbellino de mujer, cansa con sólo mirarla. No

para un momento quieta. Habrá que probar el ginseng ese – echó una ojeada su reloj – Yo también debo irme.

– Sí, y yo. De lo contrario, cuando llegue, Óscar estará completamente histérico – Sara se puso el abrigo mientras Claudia se enfundaba en su anorak – En cuanto tenga noticias de Miriam te llamo. Oye, y aunque ella no pueda, iremos tú y yo, ¿no? No me falles.

– Claro, cuenta conmigo.

– Perfecto.

Salieron del restaurante y caminaron juntas, en silencio hasta donde Sara había aparcado el

coche. Sacó las llaves del bolso y abrió la portezuela. Se volvió hacia Claudia, indecisa.

– Claudia, últimamente te veo un poco... obsesionada. Has tenido cuatro citas en los últimos diez días. Nunca has demostrado demasiado interés por los hombres, pero ahora tu vida se reduce a encadenar una cita con otra, y siempre eliges a hombres que no te convienen. No sé qué te lleva a actuar de ese modo, pero te estás haciendo daño a ti misma.

– No estoy obsesionada – rechazó Claudia – simplemente..., simplemente siento que se me acaba el tiempo. Tengo treinta y cinco años y creo

que ya es hora de sentar la cabeza, formar una familia y cuidar de ella.

Sara abrió desmesuradamente los ojos.

– ¿Pero tú te estás oyendo? ¡Claudia, por el amor de Dios! La idea de que a las mujeres se nos pasa el arroz es del siglo pasado, o del anterior.

El gesto de Claudia se tornó grave.

– Para ti es muy fácil hablar así – replicó con dureza – tú lo tienes todo: éxito profesional, con los hombres, una casa preciosa, belleza, personalidad..., pero mírame a mí. Tengo treinta y cinco años y no tengo nada. ¡Nada! Mi trabajo es una mierda, mi sueldo no da ni para alquilar un

cuchitril, mi vida sentimental es un completo un desastre... Tengo que aceptar que ya no puedo seguir viviendo como una adolescente atolondrada. En cuanto me descuide cumpliré los cuarenta, y, cuando llegue ese momento, si no cambio, entonces sí tendré que aceptar que mi vida ha sido un auténtico fracaso porque entonces tampoco tendré nada ni habré conseguido nada – las lágrimas asomaron a sus ojos mientras hablaba – ¡Yo también tengo derecho a ser feliz!

– Por supuesto que lo tienes. Yo no estaba insinuando lo contrario – afirmó Sara con vehemencia. Claudia sacudió la cabeza, abatida.

– No lo entiendes. He estado dándole muchas vueltas y he llegado a la conclusión de que mi única oportunidad para ser feliz es encontrar un hombre al que yo le guste, al menos un poquito, y casarme con él. Es la única salida.

– Claudia, me estás asustando. No estarás enferma, ¿verdad? Porque hablas como un enfermo terminal que busca su última oportunidad.

– Ojalá fuera así. Todo sería más sencillo – se esforzó al sonreír al ver la expresión alarmada de su amiga – Tranquila, no me hagas caso. No estoy enferma ni voy a morir ni quiero hacerlo.

Simplemente estoy un poco deprimida, eso es todo. Últimamente me siento un poco perdida y no sé muy bien hacia donde voy, pero pronto se me pasará.

– No habrás dejado la medicación, ¿verdad?

– No, no podría salir adelante sin ella. No te preocupes por mí – pidió – Estoy bien, de verdad. Ahora sólo necesita ir a casa y descansar un poco.

Sara vaciló unos momentos, sin saber qué hacer.

– Vete, de verdad, estoy bien – insistió

Claudia.

– De acuerdo, pero si me necesitas, me llamas, en cualquier momento, ¿de acuerdo?

Claudia asintió con la cabeza.

– Te lo prometo. Si te necesito te llamo – repitió, deseosa de que Sara la dejara sola.

Sara hizo ademán de meterse en el coche. Se detuvo, se volvió y abrazó su amiga.

– Siempre puedes contar conmigo.

– Lo sé, de verdad, lo sé.

Se metió en el coche en silencio. Hizo un gesto con la mano a modo de despedida y arrancó, desapareciendo entre el rugido del motor. Claudia la contempló mientras se alejaba.

Se sentía mal por haberla gritado y por no haber tenido el valor de confesarle por qué se comportaba de aquella manera.

Caminó hacia e Metro entre sollozos. Cobarde, se dijo, cobarde, cobarde, cobarde. Pero ¿cómo confesarle que salía con un hombre tras otro para olvidar un amor imposible, para convencerse a sí misma de que el amor que sentía por una mujer no era más que algo pasajero, una experiencia que no sabía cómo explicar, pero que no podía tener trascendencia en su vida? No, debía olvidarla. De no hacerlo, Sara la rechazaría, como también lo harían también su

madre, sus amigos o sus compañeros de trabajo. La vida se le antojaba demasiado difícil junto a Marta, ocultando su amor bajo un disfraz de amistad, pero al mismo tiempo le parecía imposible vivirla sin ella. Añoraba sentirla a su lado, el sabor de sus besos cálidos robados en la oscuridad del cine, las caricias furtivas, el contacto de su piel, su risa, sus ojos... En su mente apareció la imagen de Marta el día que se conocieron, presentadas por un amigo común: Su media melena negra, su sonrisa franca, aquella manera de andar que denotaba tanta seguridad en sí misma, el beso de despedida... el beso. Aquel

beso lo cambió todo. Claudia aún se asombraba de haber sido ella quien preguntó si podía besarla. Sin entender muy bien lo que ocurría, posó sus labios sobre los de Marta, y, en aquel momento, supo que nadie la haría sentir jamás lo que le hizo sentir al besarla, rozando su piel con aquellas caricias suaves llenas de sensualidad. Se sintió mareada al recordarlo y se apoyó en un árbol para recuperarse, apretando una mano contra el pecho para intentar mitigar el dolor tan intenso que oprimía su corazón. Sacudió la cabeza, tratando de recuperar la racionalidad. No, no podía, no debió enamorarse de ella. Llorando

desconsoladamente se repetía a sí misma una y otra vez que tenía que olvidarla. Debía hacerlo pero, cuando lo intentaba, sentía un inmenso vacío en el alma, un vacío que la engullía, desdibujándola hasta hacerla casi desaparecer. Intentó tranquilizarse respirando profundamente. Debía pensar con la cabeza y acallar los gritos de su corazón.

Al cabo de un rato logró serenarse un poco y la cabeza dejó de darle vueltas. Casi tambaleándose llamó a un taxi que al poco aparcó ante la casa de su madre. Subió las escaleras despacio y entró en su casa, cerrando la puerta

rápidamente tras de sí, como si alguien la persiguiera. Se quitó el anorak, lo colgó en el perchero y entró al dormitorio, buscando algo que la ayudara a que el recuerdo de Marta dejara de ocupar su cabeza. En lugar de ellos sintió que su corazón parecía romperse de nuevo al recordar el día que le dijo a Marta que no podían seguir juntas, cómo se le desgarró el corazón al ver las sus lágrimas, al ignorar sus súplicas y, sobre, todo al verla desaparecer de su vida, quizá para siempre...

Un golpe seco la sacó de sus recuerdos. Su madre volvió a aporrear con fuerza la puerta de

su habitación. Claudia se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se alegró de haber colocado el pestillo en la puerta. Estaba harta de que su madre entrara a todas horas sin llamar, interrumpiéndola continuamente para contarle cualquier bobada sobre los vecinos o la parroquia o para volcar toda su frustración en ella, como hacía habitualmente.

– ¡Siempre encerrada! – la oyó gritar desde el otro lado de la puerta – ¡Siempre en la cueva!

– Ya abro, mamá – suspiró Claudia, descorriendo el pestillo.

– ¡No hay nadie en el mundo que ponga un

candado en la puerta para no dejar entrar a su madre! – protestó a voz en cuello – Vergüenza me daría decírselo a mis amigas, vergüenza me da pensar qué opinión tendrían de ti si lo supieran – el rostro de su madre estaba contraído por la ira. Empujó la puerta y avanzó hacia el centro de la habitación a grandes zancadas.

“Debería preocuparte la opinión que tendrían de ti si te conocieran como yo” – pensó Claudia.

– A ver, ¿qué es eso que escondes?

– Nada, mamá. Sólo quería estar un rato tranquila, no me encuentro bien.

– Pero para salir a comer con tus amigas sí te

encuentras bien, ¿verdad? Y después vuelves con el cuento de la depresión. ¡Ya me gustaría a mí tener tiempo para deprimirme!

– ¿Qué quieres, mamá?

– ¿Qué?

– ¿Qué quieres?

– ¿Acaso tengo que tener una excusa para entrar en la habitación de mi hija en mi propia casa?

Claudia sintió que la rabia la invadía. Estaba harta de aquella situación, harta de soportar a su madre, de sus pullas y sus comentarios sarcásticos. Deseó, como cada día al despertar,

poder irse de aquella casa, cerrar aquella puerta y alejarse para siempre de aquella mujer frustrada y colérica. – Siempre estás en Babia, hija – gruñó su madre – te quedas ahí como un pasmarote, y ni siquiera me preguntas si necesito algo.

– ¿Necesitas algo?

– Sí, quería contarte que me he encontrado con la hija de la vecina, ya sabes, esa que es secretaria, ¿sabes quién es?

– No, mamá.

– Que sí hija, que no te enteras de nada, la hija de la del cuarto, esa que empezó a estudiar medicina y después se cambió a derecho.

– Ah, sí – Claudia no tenía ni idea de a quién se refería, pero no sentía el más mínimo interés por aquella conversación y no quería que su madre se enredara aún más en sus explicaciones.

– Me ha contado que la han contratado en un bufete del barrio de Salamanca, de esos de prestigio, la pagan muy bien y está muy contenta con su trabajo.

– Ah...

– Y me ha dicho que, aparte de por la carrera, la han contratado por su imagen.

– Ah...

– ¿Te das cuenta? Es lo que siempre te he

dicho. Si fueras como ella, te resultaría mucho más fácil encontrar un buen trabajo, no como el que tienes ahora, y yo no tendría que estar preocupándome continuamente por ti. Pero como nunca me haces caso...

– Me da igual, mamá, sólo quiero acostarme un rato. No me encuentro bien.

– Hija, es que no se te puede hablar de nada, eres más sosa..., ¿qué vas a querer de cena?

– Nada, mamá, ya te he dicho que no me encuentro bien.

– Lo que quieres es encerrarte aquí y no salir en todo el día, como llevas haciendo últimamente.

Pues nada, hija, tú verás lo que haces. De verdad, he tenido mala suerte. De todos tus hermanos, la única que se ha quedado a vivir conmigo eres tú, y estás aquí metida todo el día. Ya me gustaría a mí tener una hija como la de la vecina, ya.

Claudia oyó refunfuñar a su madre mientras caminaba por el pasillo hacia el comedor. Se sentó en la cama, pensativa. Se encontraba perdida, totalmente desorientada en un laberinto sin salida. Con la mirada perdida cerró la persiana, levantó la colcha se escondió de nuevo y lloró de nuevo envuelta en la oscuridad de su habitación.

CAPITULO II

Miriam frenó en seco ante la puerta del colegio. Saltó del coche y corrió hacia la clase donde Marcos, su hijo pequeño, la esperaba en la guardería. Suspiró aliviada. Menos mal, no llegaba tarde. No se veía capaz de aguantar de nuevo la mirada acusadora de la maestra de guardia cada vez que se retrasaba a recoger a su hijo. Afortunadamente, era lo bastante educada

para no levantarse la manga, mostrarle el reloj y darle golpecitos con el dedo índice, pero estaba segura de que algún día la vería hacerlo. Entró en la clase, cogió en brazos a Marcos, recogió su mochila y salió a toda prisa. Tenía un cuarto de hora para recoger a los gemelos. Maldijo por enésima vez haberlos enviado a aquel colegio de la Moraleja. ¿Por qué los había matriculado tan lejos? Porque el tontaina de Fernando se había empeñado, alegando que era el mejor colegio de Madrid y no había admitido ninguna de las razones que Miriam le había dado para buscar uno más cerca, ni siquiera cuando se quejó del

enorme atasco al que cada día se enfrentaba ella tanto al ir como al volver del colegio. Su marido no se había avenido a razones. Él decidió que así se debía ser y, una vez más, no había tenido en cuenta la opinión de Miriam, ni ella había reunido el valor para enfrentarse a él. Se había conformado diciéndose que, en el fondo, él tenía razón y que una enseñanza de calidad sus hijos era más importante que el tiempo que ella dedicaba a ir y volver. Eso le había dicho Fernando. O, más exactamente, la había acusado de pensar antes en su propia comodidad que en el bienestar de sus hijos. Por ello allí estaba, una

vez más, atascada en aquel embotellamiento interminable. Exasperada, abrió la guantera y buscó a tientas un paquete de tabaco. Sabía que estaba allí porque su coche era uno de los pocos lugares donde Fernando no miraba desde que ella le prometió dejar de fumar. Casi lo había conseguido o, al menos, casi lo había intentado. Encontró el paquete y sacó un cigarrillo que encendió con manos temblorosas. Aspiró profundamente el humo, exhalándolo sobre la brasa del pitillo. Aquella calada era la confirmación de que Fernando tenía razón cuando la acusaba de no tener, pero, al mismo tiempo,

sentía que una cierta sensación de triunfo al hacer algo que Fernando le había prohibido taxativamente, para ayudarla, según decía él, a ser mejor madre.

– Ya me gustaría a mí verte aquí cada día – refunfuñó Miriam – Ya veríamos si continuabas siendo tan perfecto y contenido como en tu despacho de la Torre Picasso.

Tocó el claxon desesperada y pareció que esta vez los coches comenzaban a moverse. Siguió dando profundas caladas al cigarrillo mientras tomaba el desvío en dirección al colegio de los gemelos. Se dio cuenta entonces de que el enfado

le había hecho olvidarse por completo de Marcos. Miró por el retrovisor y observó que el niño se había dormido. Sonrió con ternura y se maldijo por no haberle prestado atención. Contemplándole, su enfado desapareció como por arte de magia. Sus hijos compensaban todas sus carencias y frustraciones junto a Fernando. Cuando llegó frente al edificio del colegio, aparcó como pudo y esperó a que llegaran Ana y Fernando. Al verlos acercarse al vehículo se percató de que aún tenía el cigarrillo entre los labios. Hizo ademán de apagarlo en el cenicero pero pensó que, de hacerlo así, el coche apestaría

a tabaco y poco les faltaría a los gemelos para ir con el cuento a su padre, aleccionados por éste para controlar si realmente había dejado de fumar. Tiró la colilla por la ventanilla, algo que odiaba, pero la idea de otra bronca con Fernando se le antojaba insoportable. Prefería llegar a casa y que todo fueran buenas caras.

– Hola, mamá – saludaron los gemelos al unísono subiéndose al coche junto a Marcos, quien se despertó y sonrió encantado al ver a sus hermanos.

– Hola hijos, ¿qué tal el colegio?

– He sacado un sobresaliente en matemáticas

– respondió Ana.

– ¡Qué bien! – se entusiasmó Miriam – ya sabes que te has ganado un premio. ¿Y tú, Fernando?

– Yo sólo un notable – murmuró Fernando, alicaído.

– Un notable también está muy bien – le animó Miriam – es una gran nota y demuestra que te has esforzado mucho, así que también tendrás un premio.

– Papá dice que sólo los que sacan sobresaliente merecen premio – intervino Ana con cierto aire de marisabidilla – Fernando no lo

ha sacado y yo sí, así que el premio es sólo para mí.

– Tendréis un premio cada uno – replicó Miriam.

– Pero papá dice...

– ¡Ya está bien! – gritó Miriam – ¡papá dice, papá dice! ¿Es que no sabes decir otra cosa? ¿Y lo que dice mamá? ¿No es importante?

Ana miró a su madre entre sorprendida y asustada. Sus labios se curvaron en un puchero que se transformó en llanto y gimoteos .

– No llores, cariño – susurró suavemente Miriam volviéndose acariciándole el cabello – no

hagas caso a mamá, que está muy cansada y por eso grita un poco, pero no está enfadada contigo. Perdóname, tesoro, ¿me perdonas? Lo siento, hija, de verdad. Siento haberte gritado. Sabes que mamá te quiere mucho, ¿verdad?

La niña asintió aún con lágrimas en los ojos y se apoyó en silencio en el respaldo del asiento. Miriam observó a Marcos y Fernando, que la miraban asustados. No estaban acostumbrados a que su madre perdiera los estribos, algo que, últimamente, ocurría más a menudo de lo que le gustaría. Se esforzó por sonreír a sus hijos a través del retrovisor, puso el motor en marcha y

se incorporó, como todos los días, al atasco de todas las tardes.

Sara entró en la boutique que regentaba junto con Óscar en la Milla de Oro de Madrid. Saludó amistosamente a sus empleadas de camino a su despacho donde apenas podía moverse entre los montones de estanterías y archivadores que había ido acumulando desde que, hacía tres años ya, abrieron juntos la primera tienda en un pequeño local del barrio de Malasaña. Se conocieron

cursando un máster en la Escuela de Negocios y congeniaron tan bien que decidieron hacerse socios. Sara se ocupaba del diseño de la ropa y Óscar de los números. Él había demostrado ser un genio abriéndose camino en el difícil mercado de las boutiques de moda, y Sara, con sus diseños elegantes y atrevidos, había ido haciéndose un nombre en las pasarelas más prestigiosas del mundo y la clientela más selecta. El resultado de tanto esfuerzo era la expansión internacional de la empresa en la que ambos estaban embarcados, algo que Sara no podía dejar de comparar con un salto al vacío en el que se jugaban el todo por el

todo. Aunque sentía encogersele el estómago cada vez que lo pensaba, su espíritu aventurero, su optimismo y sus ganas de prosperar le hacían confiar ciegamente en que tendrían éxito, por ahora sólo podía cruzar los dedos y rezar para que todo saliera bien. Pero incluso si no fuera así, Sara estaba tranquila. Pasara lo que pasara, había luchado con uñas y dientes por hacer realidad su sueño.

Se dejó caer en su mullido sillón y se quitó los zapatos de tacón. Encendió un cigarrillo y exhaló el humo despacio, observando las volutas deshacerse en el aire con la mirada perdida, sin

dejar de dar vueltas a la conversación que había mantenido con Claudia.

– ¿Qué tal la comida con tus amigas? – preguntó Óscar entrando en su despacho sin llamar.

– A ver cuando aprendes a llamar antes de entrar – le reprendió Sara – un día te vas a encontrar con lo que no te esperas.

– Mmmmmmm, nada me gustaría más que abrir la puerta y encontrarme algo así, estilo Nueve Semanas y Media, pero tú mucho hablar...– se burló Óscar haciendo aspavientos con las manos. Se sentó en la silla al otro lado de la

mesa, estirándose la americana para que quedara sin una arruga y subiéndose los ajustados pantalones para evitar que se marcaran las rodillas – ¿Qué tal la comida con esas brujas que tienes por amigas? No parece haberte divertido mucho. Ya te lo dije, hubiera sido mucho mejor que comieras conmigo.

– No, es decir, sí, ha ido bien, pero estoy preocupada por una de ellas. Pienso que se está equivocando, pero no sé cómo hacérselo ver.

– No puedes hacer mucho entonces.

– Eres único para dar ánimos.

– No, mujer, lo que quiero decir es que no

puedes evitar que se equivoque. Aunque tú veas clarísimo que va hacia el precipicio, es necesario dejar que sea ella quien se dé cuenta. Lo único que puedes hacer es estar a su lado en el momento en que se dé de morros con la realidad, para ayudarla a superarlo. Ah – exclamó sentándose en el sillón al otro lado de la mesa – y nunca, nunca, nunca decir “ya te lo dije”.

Sara le miró, pensativa

– Tienes razón. Pero es difícil no intervenir. Es mi mejor amiga, lo ha pasado bastante mal y no quiero que siga sufriendo.

– Lo sé.

– ¿Y entonces?

Oscar aleteó con las manos, como descargándose de responsabilidad.

– Ah, ahí no he llegado todavía en la terapia.

Cuando lo sepa te lo contaré.

Sara se echó a reír.

– Eres único para el suspense. Pero diría que te veo más tranquilo. Al final va a resultar que la terapia esa que estás haciendo funciona.

– Te sorprendería hasta qué punto. No entiendo por qué no te animas a venir.

Sara rio.

– Ni que fuera un club social.

– Social no, pero podrías apuntarte a una terapia de grupo conmigo y así me enteraría de todos tus secretos.

– Sabes que no tengo ninguno.

– Todos tenemos secretos, lo confesemos o no – aseguró Óscar – y aunque lo niegues, tú también. Puede que sean secretos incluso para ti misma.

Sara le miró sin comprenderle del todo. Le miró, pensativa.

– No le des más vueltas. Las cosas ocurren a su debido tiempo – afirmó él en tono tranquilizador – cada uno debe encontrar su

propio camino y superar sus propios retos. Nadie puede hacerlo por ti.

– De acuerdo, Gran Lama. Por cierto, hablando de retos, pasado mañana me voy unos días de vacaciones con las chicas.

– ¡No puedes hacer eso! –chilló con voz aguda, perdiendo la compostura e incorporándose de un salto – ¿Quién se va a ocupar de los últimos toques de la inauguración en la Gran Manzana?

– En esta habitación sólo hay dos personas, y dado que yo soy la que se va, adivina.

Oscar corrió a su lado, arrodillándose junto al sillón.

– Sara, no me hagas esto – suplicó – ¿cómo voy a hacerlo yo sólo?

– Pregúntaselo a tu psiquiatra – replicó Sara con sequedad. En aquel momento se sentía capaz de soportar uno de los habituales numeritos histéricos de Óscar. Para su sorpresa, éste se sentó de nuevo, se recostó sobre el respaldo, dejó descansar las manos sobre sus muslos, cerró los ojos y respiró profundamente un par de veces, musitando una letanía en voz baja.

– De acuerdo, yo me ocuparé – concedió al fin abriendo los ojos – Sé que puedo hacerlo, aunque me sigue pareciendo un abuso de poder

por tu parte. ¡Ah! Antes de que se me olvide – abrió una revista de moda que estaba sobre la mesa buscando una página. Cuando la encontró se la tendió a Sara – Estás estupenda, glamurosa, encantadora..., después de este reportaje nos van a llover los pedidos, no lo dudes.

– Me parece que te estás pasando de optimista – rio Sara contemplándose en la foto tomada en la rueda de prensa convocada para anunciar la apertura de su nueva boutique. Pero debía admitir que Óscar tenía razón. Se vio a sí misma muy guapa enfundada en el traje negro de fiesta que había diseñado para la ocasión. El vestido se

ajustaba perfectamente a su esbelta figura y su melena morena recogida en un moño le daba un aire elegante y sofisticado, mientras que sus ojos azul intenso resaltaban en las fotografías. Le pareció que su mentón era demasiado anguloso, pero sus labios, cubiertos con intenso tono rojo adquirido para la ocasión, aumentaban su atractivo. Disfrutó del aire de seguridad en sí misma que emanaba de la fotografía. La viva imagen de una triunfadora, se dijo. La lucha para llegar hasta allí había sido muy dura, trabajando casi más horas de las que tenía el día, arriesgando hasta el último céntimo para poner en marcha la

primera tienda, pero parecía que lo había conseguido: estaba caminando hacia la cima.

Claudia se despertó sobresaltada al oír el teléfono.

– ¿Diga?

– Vete haciendo la maleta – la voz alegre de Sara llegaba a todo volumen por el auricular – Nos vamos. Miriam tiene permiso del señor para venir.

– ¡Qué mala eres! ¿Quedamos el jueves, entonces?

– Sí. Tráete el coche y así tendremos dos, lo que nos dará más libertad allí. Nos vemos en la

puerta.

– Genial, allí estaré. Hasta el jueves.

Claudia colgó y bostezó. Se desperezó y se frotó la cara en un intento por despejarse. Se alegró de no escuchar el murmullo de la televisión, que su madre sólo apagaba cuando salía para para estar al menos un par de horas fuera. De repente, una idea vino a su cabeza. Sus manos temblaron de excitación. Sí, se dijo, era el momento perfecto. Haría la maleta, pero no sólo para el fin de semana sino para siempre. Cuando su madre llegara, ella ya se habría ido. Casi jadeando de los nervios sacó una maleta de la parte superior del

armario y la tiró sobre la cama. Abrió el cajón de la ropa interior y, al coger dos o tres prendas, un neceser blanco y negro con el membrete de un hospital apareció ante sus ojos. Se quedó paralizada, preguntándose qué hacía aquello en su cajón. Estaba totalmente segura de no haberlo guardado allí. Su excitación desapareció y, casi a cámara lenta, devolvió la ropa al cajón para sentarse en la cama, junto a la maleta. Le pareció estar viviendo un *déjà vu*. No hacía muchos meses que, tras de una agria discusión con su madre, había decidido que no podía soportar un minuto más junto a ella. Abrió entonces la misma maleta

que ahora descansaba a su lado, la llenó y salió dando un portazo, jurándose a sí misma que no volvería a jamás y que no se dejaría chantajear nunca más por los gimoteos de su madre, que, persiguiéndola por la casa, se quejaba de dolor en el pecho al tiempo que la hacía responsable del infarto que, con toda seguridad, estaba sufriendo. Claudia logró ignorar todo aquello y abandonó la casa. Decidió buscar una pensión de mala muerte donde poder dormir, cualquier cosa antes que seguir con su madre. Pero no se había alejado ni dos manzanas cuando recibió una llamada informándole de que su madre había sido

ingresada de urgencias con síntomas de angina de pecho. Claudia, aterrorizada, salió corriendo hacia el hospital que le indicaron. Al final su madre sólo había sufrido un ataque de ansiedad, pero los sentimientos de culpa acompañados de la vergüenza y la rabia que sintió al escuchar a su madre decir a sus hermanos y familiares que ella era la causa de su ingreso volvieron con tal fuerza que sintió ganas de vomitar. Recordó la mirada severa de su tía, llena de reproches y acusaciones, sin preguntar en ningún momento qué había ocurrido. Cuando intentó explicarle lo ocurrido a su hermano, éste se limitó a responderle que ella

no se daba cuenta de lo difícil que era vivir junto a alguien como Claudia, con sus altibajos de ánimo y su carácter aislado y extraño. Su hermana le dijo que, tanto su hermano como ella estaban casados y tenían sus vidas montadas y no podían ocuparse de su madre, que era obligación de Claudia y lo menos que podía hacer después de todo lo que se había esforzado su madre por ella. Cada vez que oía aquella frase Claudia sentía como si le clavaran una puñalada en el corazón, preguntándose si su madre tenía razón y se había vuelto loca, si todo lo sucedido cuando aún eran niños había sido producto de su imaginación. Se

convenció de que era así. De lo contrario, sus hermanos no podrían haberse mostrado tan indiferentes ante los sentimientos de Claudia. Todo ello la empujó a humillarse para continuar junto a su madre, pero aquel episodio enrareció su relación aún más. Se levantó y colocó la maleta en su sitio, remplazándola por una pequeña mochila donde guardaría lo necesario para el fin de semana. La maleta parecía gritarle desde el armario, pero la sola idea de que volver a pasar por todo aquello la paralizaba, anulando las ansias de huir de su lado.

Entró en el baño. Se mojó la cara con agua fría y

se miró en el espejo. Le parecía haber engordado desde la mañana. Su rostro redondeado se veía hinchado y sus ojeras más oscuras que de costumbre. Sus labios estaban resecos y cortados y tenía el cutis muy apagado. Intentó arreglar los mechones castaños que se alborotaban sobre su cabeza. No conseguía recordar cuánto hacía que no se peinaba. Salió del baño, y, ya en su habitación, puso un CD en el reproductor. Se metió de nuevo en la cama, escondiendo la cabeza bajo las sábanas, acompañada por la voz desgarrada de Isolda interpretando el *Liebestod*[\[1\]](#), mientras moría en los brazos de un

amor imposible. En la oscuridad de su habitación, tan sólo la idea de separarse de su madre durante cuatro días lograba animarla un poco.

CAPITULO III

El jueves siguiente, cuando se dirigía al garaje para coger el coche, Claudia se encontró a Miriam esperándola en la puerta. Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y

la bolsa de viaje entre las piernas. Su rostro traslucía cansancio y tristeza.

– ¿Qué haces aquí? Creí que ibas a casa de Sara y veníais juntas.

– Sí, pero he recordado cómo conduce, y he decidido que es mejor ir contigo, aunque tampoco sea lo más seguro – hizo una mueca.

Claudia sonrió.

– Gracias por la parte que me toca. ¡Qué mala cara tienes! ¿No has dormido bien?

Miriam negó con la cabeza.

– No, la verdad es que no he pegado ojo, aunque parece que no soy la única que ha pasado

una noche en blanco – añadió contemplando el rostro ojeroso de su amiga.

Claudia hizo un ademán vago con la mano.

– Sí, tampoco he dormido muy bien.

– ¡Vaya dos! – rio Miriam – estamos perfectas para un fin de semana – se puso seria – si necesitas desahogarte, aquí me tienes.

Claudia sonrió.

– Lo sé, lo mismo digo. Vámonos o a Sara le dará un soponcio de esperar.

Entre las dos metieron las bolsas en el maletero y subieron al coche. Al ser fiesta, encontraron poca circulación hasta llegar a casa de Sara, donde ésta

las esperaba apoyada fumando apoyada en su flamante deportivo.

– Estaba a punto de marcharme – Sara hizo un gesto burlón – Ahora tendremos que recuperar el tiempo perdido.

– Eso quisieras tú – rio Miriam – nada de correr. Debemos ser prudentes al volante.

Sara lanzó la colilla lejos con un movimiento del pulgar, se metió en el coche e hizo rugir el motor.

Puso rumbo a la carretera de Burgos y Claudia la siguió con dificultad, intentando no perderla zigzagueando para cambiar de carril y alcanzar el correcto . Mientras se alejaban de la ciudad,

Miriam se acomodó en el asiento y perdió su mirada en el paisaje al otro lado de la ventanilla. Le gustaba mucho la idea de volver al chalet de los padres de Sara. Era la casa perfecta, lo suficientemente aislada como para no ser molestadas, pero no tanto como para sentirse totalmente solas. Sonrió recordando alguno de los momentos que, tiempo atrás, cuando aún estudiaban en la facultad, habían pasado allí las tres juntas. La primera vez que fueron allí, al poco de conocerse, en unas vacaciones de Semana Santa, invitadas por Sara, al igual que hacían ahora. Rememoró las partidas de *Scrabble* frente

al cálido fuego de la chimenea, las películas de miedo que alquilaban y veían apretujadas en el sofá, abrigadas con una manta que utilizaban para cubrirse los ojos cada vez que algo desagradable o terrorífico aparecía en la pantalla, gritando entre aterradas y divertidas. Sonrió bobaliconamente. Aquel recuerdo la hizo sentirse ligera. Se sintió extrañamente feliz, aunque no pudo reprimir una punzada de culpabilidad. Apretó el móvil contra su pecho. Todo saldría bien.

Mientras conducía, la mente de Claudia también había vuelto a aquella época, pero no podía dejar de dar vueltas a la idea de que era la única de las

tres que no había logrado realizar sus sueños de entonces, sueños que habían compartido en las largas noches de confiancias frente al fuego. Miriam, que siempre había querido casarse y tener hijos, lo había conseguido y tenía una familia perfecta. Sara, que ya entonces dibujaba preciosos bocetos y tenía en mente abrir una pequeña tienda se había convertido en una cotizada diseñadora que pronto sería conocida en las pasarelas de Nueva York. Ella, sin embargo, no había logrado encontrar su sitio. Le angustió pensar que si no lo había logrado después de treinta y cinco, quizá no lo consiguiera nunca. Quizá existían personas que

nunca se encuentran a sí mismas, ni encuentran ese lugar en el mundo que les corresponde, sino que vagan de un lado para otro, desgastándose como la piedra azotada por el viento hasta que mueren. No sabía exactamente cuándo sucedió, pero había perdido totalmente la esperanza de que, algún día, las cosas cambiaran y que, por ello, se veía abocada a una vida, solitaria, gris y triste. “Quizá tenga que irme acostumbrando a la idea de que soy una perdedora pensó. Se mordió los labios y las lágrimas inundaron sus ojos. “Quizá haya vidas que, como la mía, no merece la pena vivir”.

– ¿Estás bien? – oyó que la preguntaba Miriam.

– Sí – mintió, intentando recomponerse – Me estaba acordando de cuando estábamos en la facultad y me ha entrado nostalgia. Ya sabes que soy una sentimental.

– Te comprendo, yo también estaba pensando lo mismo. En ocasiones es triste aceptar que esos años han pasado y no volverán más.

– Sí, lo es. Es una pena que en la vida no den oportunidad para retroceder algunas casillas y volver a jugar la partida.

– Pero piensa en lo bien que lo vamos a pasar – exclamó Miriam alborozada – He traído el *Scrabble*, el Trivial y las cartas. ¡Será como en

los viejos tiempos! Atenta – avisó – Sara ha puesto el intermitente.

Siguieron al coche de Sara cuando éste tomó el desvío que las conducía hasta el pueblo. Callejearon entonces hasta llegar a una zona más apartada, donde Sara detuvo el auto delante de una gran verja negra que permitía adivinar un frondoso jardín. Miriam bajó de un salto y corrió a abrirla, cuidando de no resbalar en la nieve que había casi sepultado el camino de grava que llevaba hasta el garaje. Una vez hubieron pasado los dos coches, Miriam cerró la verja, asegurándose de que estaba bien cerrada, para después correr detrás de sus

amigas.

– Bueno, pues ya estamos aquí – anunció Sara poniendo su maleta en el suelo y pateando para hacer caer la nieve de sus botas – Id arriba y subid las maletas. Mientras, yo encenderé la calefacción para que no nos congelemos – se estremeció, golpeándose los brazos para entrar en calor – ¡Uf! No me acordaba del frío que hace aquí. ¡Me pido la habitación de la derecha! – gritó mientras corría al sótano.

Minutos después subió hasta la habitación y se encontró con que Claudia ya había casi desecho totalmente su maleta y la de ella y colocado la

ropa de ambas en el armario.

– ¡Sí que eres rápida! – rio – ¿Y Miriam?

– Está pegada al teléfono, venga a dar instrucciones a Fernando. Seguramente piensa que si ella no está la casa explotará o algo así.

– Nunca está de más ser precavida – se burló Sara

– Esperemos que consiga relajarse un poco estando aquí.

Sonó el timbre. Claudia se giró a mirar a Sara, sorprendida.

– ¿Esperamos a alguien?

– Será Laura – explicó Sara sonriendo nerviosamente – Siento no haberos dicho nada,

pero la invité a venir.

– Pensé que sólo estaríamos nosotras tres – musitó Claudia disgustada – Deberías habernos avisado de que vendría alguien más.

– Sí, tienes razón, lo siento – repitió – Se me ocurrió en el último momento. Ha trabajado tanto codo con codo conmigo elaborando el plan de expansión que pensé que también se merecía unas pequeñas vacaciones para recargar las pilas – explicó.

– En fin, ya que está aquí, no vamos a hacer que vuelva a Madrid – se resignó Claudia – pero la próxima vez avísanos, ¿De acuerdo?

Sara sonrió.

– La próxima vez lo haré, lo prometo.

– No tienes arreglo – suspiró Claudia.

Sara bajó corriendo las escaleras y abrió la puerta. Claudia oyó el murmullo de las voces de las dos mujeres mientras se saludaban. Miriam asomó la cabeza por la puerta de la habitación.

– ¿Quién ha venido?

– Laura.

– ¿Y quién es Laura?

– Alguien que trabaja con Sara.

Miriam frunció el ceño, haciendo memoria.

– Sí, ya sé. Es una chica, alta, delgada y con una

melena negra bastante larga. La conocimos en el cóctel que dio Sara en su firma la Navidad pasada. No tenía ni idea de que iba a venir.

– Yo tampoco. Es la sorpresa del fin de semana.

Ya sabes que Sara siempre ha sido imprevisible.

Las dos mujeres subieron hasta la habitación.

Laura sonrió, se acercó a Claudia y Miriam y besó a ambas en las mejillas. Hizo un mohín tímido.

– Sara me ha contado que no sabíais que venía.

No quisiera estropearos el fin de semana, por lo que, si queréis que me vaya, no tenéis más que decírmelo. Si no, prometo no os daré ningún problema.

Claudia y Miriam se miraron. Miriam se encogió de hombros. Claudia sonrió.

– No, mujer, quédate. Además, cuantas más seamos, mejor lo pasaremos, ¿no creéis?

– Claro que sí – apoyó Sara. Se volvió hacia Miriam – ¿De acuerdo?

Miriam volvió a encogerse encogió de hombros.

– Como si mi opinión contara algo aquí –. Sonrió a Laura – claro, mujer, quédate.

– ¿Qué tal andan tu marido y los niños? – le preguntó Sara.

– Supongo que bien – respondió vagamente Miriam.

– ¿Supones? – se sorprendió Sara – ¡si acabas de hablar con ellos!

– Ya, mujer – sonrió nerviosa – he dicho supongo porque, aunque Fernando me dice que todo está bien, yo no me lo creo del todo.

– Es la primera vez que ejerce de madre libera – fingió susurrar Sara al oído de Laura.

– Lo que te ocurre entonces es eso que llaman el síndrome del nido vacío – rio ésta.

– No te pases, que eso empieza a los cuarenta, cuando los hijos se van de casa y, aunque lo parezca, no soy tan vieja – gruñó Miriam.

– ¿Estas segura? – Sara hizo un gesto burlón –

recuerda que hace diez años que nos conocemos, y dado que tú eres la mayor...

– No le hagas caso – aconsejó Claudia – no es que seamos más viejas. Simplemente, tenemos más experiencia.

– Te ha quedado precioso, pero a este paso sí que nos haremos viejas aquí – intervino Sara – yo no sé vosotras, pero yo tengo un hambre de lobo. ¿Preparamos algo para comer?

– Podríamos encender la chimenea y comer junto al fuego – propuso Claudia.

– Una idea estupenda – terció Miriam – Mientras vosotras encendéis el fuego, Claudia y yo iremos

abajo a buscar las bebidas – Claudia abrió la boca para protestar pero cambió de idea al ver el gesto que le dirigió Miriam, ocultado intencionadamente a Sara y Laura.

Ellas dos desaparecieron hacia la cocina, mientras Miriam y Claudia bajaban al garaje, para abrir una pequeña puerta de un metro de alto y entrar donde se guardaban las provisiones. Era un lugar oscuro y húmedo donde había que andar a tientas hasta encontrar la llave de la luz, que algún avisado arquitecto había decidido poner en medio de la pared en lugar de junto a la puerta. Mientras la buscaban, intentaban

no pensar en todos los repugnantes insectos que podrían estar correteando en aquel momento bajo sus pies o en el techo, a pocos metros de sus espaldas, ya que la altura del lugar las obligaba a caminar agachadas.

– ¡Qué mal huele aquí! – gruñó Miriam encendiendo la luz – Hay demasiada humedad. Podríamos poner una plantación de champiñones.

– Pensé que los champiñones necesitaban estiércol y no humedad.

– No sé, pero a este lugar le pega estar lleno de champiñones, aunque claro, primero habría que fumigarlo. De lo contrario, nos saldrían

radioactivos.

Claudia rio.

– Estás como una cabra. Anda, coge las bebidas y vámonos de aquí. Odio este lugar.

Cargaron la bolsa que Miriam había bajado con refrescos, cervezas y botellas de agua. Claudia saltó hacia el garaje y esperó a que saliera su amiga. Se preocupó al no verla salir.

– Miriam – llamó – ¿Qué ocurre?

– Ya voy – su voz llegaba amortiguada desde el otro lado de la pequeña puerta. Cuando finalmente apareció estaba cubierta de manchas de tierra húmeda y tenía las manos enrojecidas.

– He resbalado – explicó, avergonzada – creo que ya no soy tan ágil como antes.

– ¿Te has hecho daño?

– No, sólo necesito lavarme – cogió a Claudia del brazo – por favor, no cuentes nada. No quiero que Sara se burle de mí delante de Laura por haberme caído. Ya sabes que a veces soy muy patosa.

– No te preocupes, no diré nada – Claudia estaba sorprendida por la vehemencia con la que Miriam hablaba. Cierto que Sara a veces podía ser un poco hiriente, pero la reacción de su amiga le parecía un poco desmesurada.

– ¿Prometido? – insistió Miriam.

– Palabra de *Scout* – aseguró Claudia levantando dos dedos de la mano derecha. Vámonos.

Salieron del garaje hacia el jardín, agradecidas de poder respirar aire fresco. Caminaron unos metros y dejaron la bolsa en el suelo, jadeantes.

– No tenía ni idea de que Sara y Laura fueran tan buenas amigas – comentó Miriam arqueando la espalda para desentumecerla.

– Yo tampoco. Sara me ha hablado alguna vez de ella, sé que se llevan bien, nada más.

Miriam suspiró con tristeza.

– Es una pena, porque ya nada será como antes. Como si se hubiera roto la magia.

– ¿Realmente esperabas que fuera así? – se sorprendió Claudia – ¿una especie de vuelta al pasado?

– Sí... y no. Quiero decir, ya sé que no, que el tiempo ha pasado y las cosas cambian, pero esperaba..., no sé, me hubiera gustado... sentirme igual que entonces, libre, relajada...es una tontería, lo sé, pero... – Claudia esperó a que su amiga terminara de hablar, pero ésta se limitó a escarbar la nieve con el pie, como si no fuera capaz de terminar la frase. Comprensiva, la abrazó con cariño.

– No es ninguna tontería. De cuando en cuando

todos necesitamos un respiro, sentirnos nosotras mismas otra vez. Creo que es eso lo que realmente buscabas.

Miriam la abrazó a su vez.

– Gracias por entenderlo. A veces me parece que soy un bicho raro cuando me siento así.

– Muy normal no eres – bromeó Claudia – pero de bicho raro nada.

Sonrientes, levantaron de nuevo la bolsa de las bebidas para entrar en la casa y subir al salón, donde Sara y Laura ya habían encendido el fuego de la chimenea y acercado a ella cuatro butacones dispuestos alrededor de una mesa baja sobre la

que estaban colocando carne asada con patatas y ensalada, acompañado todo con una botella de vino traída por Laura.

CAPITULO IV

Comieron junto al fuego, charlando, riendo y disfrutando del delicioso sabor de los alimentos cocinados en el horno de leña que los padres de Sara habían hecho instalar un par de años antes.

– ¿Qué vamos a hacer esta noche? – preguntó Sara rebañando su plato con un trozo de pan

hasta dejarlo brillante – ¿qué os apetece?

– Salir – respondió rápidamente Miriam – ir de bar en bar, olvidarnos de todo, divertirnos y disfrutar como posesas. Propongo que quememos todos los bares de éste y los pueblos de alrededor.

– Me apunto. Quiero beber hasta perder el control, como dice la canción – secundó Claudia.

– Suena estupendo – sonrió Laura – Será divertido.

– Entonces decidido – terció Sara – os llevaré de gira por los bares de los alrededores para que bebáis mojitos y margaritas hasta caer

redondas; pero mañana no quiero quejas con las jaquecas, ¿eh?

– El zumo de tomate hace milagros – repuso Miriam – así que... ¡a divertirse! – gritó saltando del sillón. Las otras rieron.

– Hay que ver como disfrutan las mujeres casadas cuando se las da un poco de libertad – bromeó Laura maliciosamente. Sara se echó a reír.

– Sí, yo pensaba que la gente casada y con hijos era feliz, pero mírala, la propones ir a tomar unas copas y mira qué contenta se pone.

Miriam le lanzó un cojín que Sara esquivó entre

risas.

– Callaos ya, brujas. Tengo que aprovechar los escasos momentos de libertad en que no tengo que estar corriendo a urgencias, cocinando, lavando o llevando a mis hijos a alguna actividad extraescolar.

– Cualquiera diría que te arrepientes de haber tenido hijos – observó Laura.

Miriam sonrió abiertamente.

– En absoluto. Son lo que más quiero y lo que me da fuerza para seguir adelante, pero eso no quita para que de vez en cuando desee que desaparezcan un ratito, especialmente cuando se

pelean o se ponen pesados. Por otro lado, verlos crecer tan rápido me ha hecho darme cuenta de cómo pasa el tiempo y de que la vida se te va en un soplo, y por ello quiero aprovecharla al máximo.

– Miriam, creo que te ha llegado el momento de tener una aventura extramatrimonial. Te estás momificando – rio Sara – los hombres dicen que las tienen para sentirse más jóvenes, y si te sirve para superar ese hastío de vivir...

– ¡El hastío de vivir! ¡Qué bonito! – se burló Laura.

– Ni hablar – rechazó Miriam moviendo la mano

en el aire como si quisiera alejar de ella la idea –
quita, quita, tener que verme a escondidas con un
mozalbete de veinticinco años, aguantando sus
neuras e inseguridades... sólo de pensarlo me dan
escalofríos.

– Yo pensaba más bien en un chaval de dieciocho
años, de esos que tienen cuatro pelos en el bigote
y a los que de cuando en cuando les sale un gallo
porque todavía no han cambiado del todo la voz
del todo – ironizó Sara.

– ¡Mmmmmmmmmmmmmmm! Si se trata de
un chaval de esos... quizá me lo piense – rio
Miriam – Pero veo que insistes mucho, Sara. ¿No

será que eres tú quien tiene escondido a un mozalbete de ese estilo?

– En absoluto. Mi sueño es llegar a la tercera edad, darme el gusto de hacer lo que me dé la gana y achacar todas mis extravagancias a las manías de la edad – replicó Sara – Todo el día sin dar un palo al agua y pasar la tardes sentada en una terraza de la calle Goya criticando la forma de vestir de todos los que pasean por allí. Eso sí que es vida.

– ¡Pues tienes que esperar muchos años todavía! – exclamó Laura – unos veinticinco años, más o menos. A mí, personalmente, me encanta la edad

que tenemos ahora: estabilidad laboral, sentimental, económica. La verdad, no está nada mal.

– No te confíes tanto. Una noche te acuestas tan tranquila y al día siguiente lo único que puedes hacer es preguntarte a dónde ha ido tu maravillosa vida – advirtió Claudia.

– ¿Nos cortamos ya las venas o lo dejamos para luego? Oyéndoos se le cae a una el alma a los pies. Si lo sé, me quedo en Madrid – protestó Laura.

– Ya tendrás tiempo de comprobarlo y, cuando llegue ese momento he de admitir que me

encantará decirte que ya te lo advirtieron –
aseguró Sara.

– ¡Calla, agorera! – rio Laura tirándole otro cojín
a la cabeza.

– Esto se está convirtiendo en una mala costumbre
– protestó Sara fingiendo enfado y lanzándole
otro cojín que Laura esquivó con agilidad. Le
sacó la lengua con gesto burlón.

– ¿Habrase visto? ¿Sacarle la lengua a tu jefa?
Ven aquí, que te voy a dar lo que mereces.

Laura soltó un gritito y entre carcajadas
corrió escaleras arriba. Sara la persiguió. Ambas
desaparecieron en el piso de arriba. Claudia y

Miriam se miraron.

– Parecen dos niñas – comentó Miriam entre sorprendida y divertida – Recojamos todo esto.

Claudia asintió, mirando aún la escalera por la que habían desaparecido las dos mujeres.

Entre las dos recogieron los platos y los cubiertos y los llevaron a la cocina. Apenas habían comenzado a meterlo todo en el lavavajillas, Sara entró en la cocina, con los ojos brillantes y aun riéndose por lo bajo.

– Voy a preparar café. ¿Os apetece?

Asintieron mientras terminaban de colocar los platos sucios. Sara echó un poco de café en el

filtro de la cafetera y la puso en marcha. Cuando estuvo listo, lo repartió en cuatro y echó distintas cantidades de leche y azúcar en cada una, siguiendo los gustos de sus amigas. Miriam cogió la suya y fue a sentarse al salón, frente a la chimenea. Sara le tendió otra taza a Claudia, que apretó las manos contra ella, disfrutando del calor que le transmitía. Bebió unos sorbos contemplando por la ventana el jardín nevado.

– ¿Vienes al comedor? – preguntó Sara.

– Ahora voy, lleva tú las otras tazas – respondió Claudia sin apartar la mirada de la ventana.

Sara la contempló unos segundos, indecisa.

Finalmente salió de la cocina, portando la bandeja en la que tintineaban las tazas llenas de café recién hecho.

– ¿Sabes dónde está la sacarina?

Claudia se giró al oír la voz de Laura, que abría y cerraba puertas.

– En ese armario – señaló uno situado junto a la campana extractora – creo que Sara la guarda ahí.

– Gracias – Laura abrió el armario – sí, aquí está.

No me gusta mucho la sacarina, pero con la apertura en Nueva York voy de comida de negocios en comida de negocios y, si no me cuido un poco, dentro de nada no cabré en los

pantalones – bromeó – ¿Quieres?

– No, gracias, tengo azúcar – respondió Claudia con sequedad. Se sintió dolida por el comentario de Laura. Seguramente ya había notado que sus pantalones estaban muy apretados y que pronto tendría que cambiar a una talla mayor si quería seguir respirando.

Laura la miró, sorprendida.

– Perdona, no quise ofenderte... – se mordió los labios al darse cuenta de que, intentando arreglarlo, lo había estropeado más. Antes de que pudiera decir algo más, Claudia salió de la cocina y subió por las escaleras que llevaban a los

dormitorios.

– Pobre Claudia – suspiró Sara quien, al lado de Miriam había presenciado la escena desde el salón – lo está pasando realmente mal.

– Ya lo superará – la animó Miriam – Ella siempre sale adelante y tira de todas nosotras.

– No estoy segura de que esta vez lo consiga. La veo, no sé, como si llevara sobre sus hombros un gran peso del que no sabe puede desprenderse.

– La ayudaremos nosotras a lograrlo, entonces – afirmó Miriam – no te preocupes, ya verás cómo la sacamos del hoyo.

– Sí – afirmó Sara sin convicción – eso es,

precisamente, del hoyo.

Sonó el móvil de Miriam y está botó sobresaltada en el sillón. Revolvió en su bolso y observó la pantalla.

– Perdona que te deje sola, pero voy a salir fuera a hablar. No quiero agobiarte con mis líos de pañales y todo eso.

– Por mi no hay proble... – antes de terminar la frase Miriam ya había desaparecido del comedor, dejándola algo perpleja, porque era la primera vez que se excusaba antes de hablar con sus hijos.

Laura se dejó caer en el sillón que había ocupado Miriam.

– Parece que ha habido estampida – observó.

– Sí, parece que el aire de la sierra nos está afectando bastante – musitó Sara.

Laura le dio una pequeña manta y ella se cubrió con otra.

– Aprovechemos que estamos solas para echar una siestecita – propuso a Sara.

– Estupenda idea.

Se acurrucaron en sus sillones, relajándose al calor del fuego, dejándose llevar por la suave tranquilidad que impregnaba el lugar. A los pocos minutos Claudia bajó las escaleras sin hacer ruido y, cerca de la puerta, se puso el abrigo. Se

había tomado otra pastilla y se sentía más tranquila. Dar un paseo la sentaría bien. Abrió el armario del recibidor y buscó gorro, bufanda y guantes. Bien pertrechada contra el frío, se dispuso a salir.

– ¿Te importa si te acompaño?

Claudia dio un respingo.

– Perdona, no quería asustarte – se disculpó

Laura.

– No, tranquila, no es culpa tuya. Últimamente me asusto por todo. Claro que no me importa.

Laura se embutió en el gorro y su cara casi desapareció tras la bufanda.

– Se me agrietan los labios con el frío – explicó.

Salieron al jardín, donde el tenue sol de la tarde apenas podía con el intenso frío invernal.

Caminaron en silencio unos cuantos metros y tomaron un camino que se internaba en el bosque.

– Creo que te debo una disculpa – dijo Laura al cabo de unos minutos.

– ¿A mí? ¿Por qué?

– Te he estropeado el fin de semana. No pareces muy contenta, y creo que es por mi causa, que preferirías estar a solas con tus amigas.

Claudia negó con la cabeza.

– No, en absoluto. Quiero decir, es verdad que no

estoy muy contenta, pero no es por ti. Al contrario, eres estupenda y alegre mucho de que estés aquí con nosotras. Simplemente no estoy pasando por un buen momento.

– Si necesitas hablar...

Claudia se detuvo, dubitativa. La invitación de Laura le hizo darse cuenta de que no podía más. Necesitaba sincerarse con alguien.

– Verás, es..., en fin no sé bien por dónde empezar.

– En ese caso, lo mejor siempre es comenzar por el principio.

– Estoy enamorada.

Laura sonrió.

– Eso no es malo.

– Estoy enamorada de una mujer – Claudia creyó se desmayaría al dejar que aquellas palabras salieran por fin de sus labios. Siempre había pensado que, cuando lo hiciera, el mundo se pararía y cundiría la histeria colectiva. Pero no sucedió nada. El cielo continuaba siendo azul, los pájaros trinaban y, sorprendentemente, Laura permanecía a su lado, esperando a que continuara hablando.

– No te has asustado – tartamudeó Claudia, avergonzada.

– ¿Y por qué iba a hacerlo? Me desmayaría si me

hubieras dicho que vas a contaminar el agua de todos los ríos del planeta, o algo parecido, pero no esto.

– ¿Y no te parece mal?

Laura se echó a reír a carcajadas. Claudia la miró sin comprender.

– Por lo que veo Sara no os ha hablado mucho de mí – pudo decir entre risas – yo estoy casada con una mujer.

Claudia abrió la boca, totalmente desconcertada.

– Perdona, no me reía de ti, pero me ha hecho gracia la situación y la cara que has puesto.

– Claro, lo..., lo entiendo. ¿En serio estás casada

con una mujer?

– Sí, desde hace dos años. Con libro de familia y todo – comentó con orgullo. Claudia envidió la felicidad que desprendía su semblante al decirlo. Un instante después recuperó la seriedad – pero por lo que veo Sara tampoco sabe lo que me acabas de contar.

Claudia sacudió negativamente la cabeza.

– No, me da miedo decírselo. A mí..., no sé, a mí nunca me han gustado las mujeres, quiero decir, yo siempre he salido con tíos, me he acostado con tíos y, no sé, no acabo de entenderlo. Sólo sé que desde entonces mi vida es muy complicada. No,

complicada no es la palabra, mi vida es una mierda, sobre todo desde que corté con ella.

– ¿Cortaste? ¿Algo iba mal?

Claudia negó con la cabeza para asentir después.

– Yo. Yo soy la que va mal, porque soy una cobarde. Me da miedo que mi madre se muera por mi culpa, me da miedo quedarme sola, me da miedo..., no sé, ya no sé lo que me da miedo, o, mejor dicho, lo que no me asusta.

– ¿Realmente crees que todos te darán de lado?

Claudia la miró, con una infinita tristeza reflejada en la mirada.

– Sí, eso lo que ocurre cuando defraudas a los

demás, cuando no haces o eres lo que ellos esperan de ti. Te rechazan, te dan de lado y dejan de quererte. Y acabas sola. Yo no podría soportar el rechazo... Sé que hoy en día las cosas han cambiado y mucho, pero, sobre todo en relación con las mujeres, aún no se ve como algo habitual, sino ir un poco en contra de todo lo que nos han enseñado, ser una especie de fracaso como mujer, como hija... no sé si me explico. Quizá es un sinsentido.

Laura asintió.

– En absoluto, te entiendo perfectamente. No resulta fácil para nadie. Todos hemos sentido

miedo y angustia antes de dar el paso porque podemos sufrir ese rechazo del que hablas. Un buen día, de repente, descubres que no eres quien creías ser y, además del lío mental que te provoca eso, tienes que decirles a quienes te rodean que no eres quienes ellos creían, que tu vida ha cambiado y que nada volverá a ser igual. La mayoría de la gente tiene pánico al cambio. Prefieren la rutina, la sensación de control y que la superficie del lago esté siempre quieta. Y entonces llegas tú, tiras un pedrusco, y claro, todo el fondo se remueve.

– Para ti tampoco fue fácil, por lo que veo.

– Pues no, fue muy duro. Yo llevaba ocho años casada cuando conocí a quien hoy es mi mujer
Claudia la miró, boquiabierta.

– Yo antes nunca habría imaginado que una mujer me gustara. Siempre me he considerado heterosexual, sin ningún resquicio de duda. He tenido montones de novios, me enamoré y me casé con quien por aquel entonces era mi marido... Por eso para mí fue increíble cuando, en el ascensor del trabajo, una chica me tiró los tejos y no sentí el menor rechazo. Al contrario, me gustó y me hizo sentir algo nuevo.

Laura guardó silencio unos segundos,

recordando aquellos momentos.

– Me enamoré perdidamente en poquísimo tiempo. Por Silvia, que así se llama, sentí algo que no había sentido jamás por nadie, ni siquiera mi marido. Pero, como tú, tenía tanto miedo a hacerles daño, a que me rechazaran, a que no me comprendieran, que estuvimos cuatro años juntas sin que nadie lo supiera.

– ¿Y tu marido no sospechó nada?

Laura se encogió de hombros.

– ¿Por qué iba a hacerlo? Yo me iba de viaje de negocios con una compañera del trabajo. No había nada raro en ello. Pero yo, como tú, empecé

a sentirme mal. Sentía que estaba traicionando a mi marido, pero, sobre todo, a mí misma, y al mismo tiempo sentía rabia contra él porque no podía vivir mi nuevo amor con plenitud. Muchas veces pensé en cortar, dejar a Silvia y volver a mi vida anterior. Al fin y al cabo, antes de conocerla yo era moderadamente feliz y, pensaba que podría volver a serlo. Pero una vez que tocas el cielo, todo cambia. No puedes engañarte porque ya sabes la verdad. A partir de ese momento tienes que decidir entre traicionarte a ti misma para que la superficie del lago siga quieta o cerrar los ojos, tirar la piedra y empezar un nuevo camino.

Algo que no es fácil si, como yo, has pasado la vida intentando complacer a los demás, como te ocurre a ti.

Claudia se mordisqueó el labio sin responder.

– Por lo que veo tú tiraste la piedra.

Laura asintió.

– Estaba asustada y no podía tomar una decisión. Tomaba antidepresivos, pastillas para dormir..., mi vida se estaba convirtiendo en un infierno. Amaba demasiado a Silvia como para abandonarla pero no quería hacer daño a mi marido ni a mi familia. Sabía que sería muy duro para ellos y no me sentía capaz de dar el paso.

Pero, en el fondo, me di cuenta de que me quería demasiado a mí misma como para condenarme de aquel modo. Reuní todo el valor que pude, que no era mucho, lo hablé con Silvia y decidimos ir adelante. Pasara lo que pasara estaríamos juntas, y nos queríamos tanto que sabíamos que podríamos con todo.

– ¿Qué ocurrió?

Laura sonrió con una mezcla de burla y pena.

– A mis padres casi les da el soponcio. Mi madre dejó de hablarme durante mucho tiempo. Mi padre lo llevó un poco mejor, pero también le costó y a mi marido ni te cuento. Fue un golpe

muy duro para él, aunque creo que lo que peor le sentó no fue que yo me hubiera enamorado de otra persona, sino de una mujer. No dejaban de hacerme reproches, de intentar hacerme sentir culpable, chantajearme emocionalmente... Finalmente, decidieron que yo estaba confundida y pasando por un mal momento y me obligaron a ir a la consulta de un psicólogo, para que me desenamorara de Silvia.

– Como si fuera una enfermedad mental.

Laura asintió.

– Fueron semanas muy duras. Todos estaban mi contra, tanto que empecé a flaquear, a

preguntarme si no tendrían razón, si no estaría yo enferma y si aquello no se curaría con un par de sesiones de psicólogo. Por ello, al final, accedí a ir.

– Es muy difícil tener a todo el mundo en contra.

– Ya lo creo.

– ¿Y?

Laura se echó a reír.

– Era la primera vez que yo visitaba a una psicóloga. Como era mujer, me resultó relativamente fácil sincerarme con ella. Yo le contaba que mi marido tal, mis padres cual, mis

hermanos patatín, mis compañeros patatán..., y en la tercera sesión me dijo: “Me has hablado de lo que quieren tus hermanos, tus padres, tu marido, tus compañeros, pero ¿y tú? ¿Qué quieres tú?”. Por un momento no supe qué decir y entonces me di cuenta de que tenía razón. ¡Tratando de que nadie sufriera, me había olvidado completamente de escucharme a mí misma! Aquella pregunta lo cambió todo. Me di cuenta de que yo también tenía un papel en aquella obra, y no uno cualquiera. Yo era la protagonista y los demás, sin contar conmigo, estaban decidiendo cómo debía yo vivir mi vida, algo que yo no podía

permitir si quería ser feliz. Y hasta hoy. No ha sido un camino de rosas. Ha habido muchos momentos difíciles durante estos tres años. Pero todo ha merecido la pena. Soy tan feliz, tan plena y verdaderamente feliz, que doy todas las lágrimas que derramamos entonces por bien empleadas. Todo ha merecido la pena. Todo.

Escuchando a Laura, Claudia sintió que una llama se prendía en su interior. Avergonzada, comenzó a sollozar con fuerza.

– ¿Qué te ocurre? – el gesto de Laura reflejaba preocupación – ¿He dicho algo malo?

– No, es que..., es que yo ya nunca podré tener

lo que tú tienes. Porque..., porque yo no fui capaz de luchar, yo..., yo dejé a Marta y le dije unas cosas horribles..., y ya..., no..., ya...

Claudia se abrazó a Laura llorando amargamente. Ésta le acarició el cabello, dejándola llorar. Finalmente la tomó por la barbilla y le alzó la cara, mirándola a los ojos.

– No te des por vencida antes de tiempo, si tú la quieres y ella a ti..., ese amor os va a unir siempre. Los chinos dicen que las almas que se quieren están unidas por un hilo de oro, y que no importa las vueltas que dé ese hilo, los nudos que tenga o lo liado que esté. Al final, esas almas se

terminan uniendo, porque es su destino. ¿Tú quieres a Marta?

– Más que a nada en el mundo, pero yo no soy tan valiente como tú.

Laura sonrió.

– Ni yo era tan valiente como yo. Uno no sabe hasta dónde puede llegar hasta que se prueba sí mismo. Simplemente llega un día en el que tienes que elegir entre apretar los dientes y luchar por lo que quieres, o pasarte el resto de tu vida preguntándote qué hubiera ocurrido si hubieras tenido el valor de intentarlo.

Claudia la miró, sorprendida de que alguien a

quien conocía hacía tan poco tiempo hubiera visto tan claramente en su corazón. Laura tenía razón, tenía que luchar por ella misma, por su felicidad. Inspiró, sintiéndose llena de una nueva fuerza. A partir de aquel momento todo sería distinto, pensó.

– Gracias, de verdad, gracias por contármelo.

Me ha ayudado mucho.

Laura sonrió levemente, haciendo un gesto vago con la mano.

– No ha sido nada. Pensé que te haría bien conocer mi historia. A menudo pensamos que somos los únicos que estamos pasando o

luchando por algo, y es muy reconfortante darse cuenta de que, antes o al mismo tiempo que tú, hay mucha gente en nuestras mismas circunstancias o parecidas. Dejamos de ser bichos raros, y eso nos da mucha fuerza. Por lo menos a mí.

– Ya lo creo.

– No llores más. Decide qué es lo que realmente quieres y lucha por ello. Si no luchas tú por tu sueño, nadie lo hará por ti, y tu sueño se quedará en el limbo de los sueños soñados y no intentados.

– O de los no conseguidos.

– Un sueño luchado es ya en sí una victoria. A veces no se consiguen o no exactamente como tú esperabas, pero siempre es mejor eso que pasarte el resto de tu vida preguntándote qué hubiera sucedido si hubieras tenido el valor de haberlo intentado.

Caminaron lentamente hacia la casa. Claudia se detuvo, con gesto de preocupación y de angustia.

– No sé ni por dónde empezar.

– Empieza por tranquilizarte. Estás demasiado asustada para pensar con claridad.

– ¿Tanto se me nota?

– Un poco – sonrió Laura – Tu miedo te hace creer que no podrás aguantar ni el primer asalto.

– Ni el primer segundo del primer minuto del primer asalto.

Laura rio.

– Todo saldrá bien.

– ¿Por qué lo sabes?

– No lo sé, lo intuyo. Has sufrido una derrota, ¿no? Pues es el momento de replegarse, revisar tus tropas y tu estrategia y, en cuando estés preparada, volver a la carga. Además, estoy segura de que esa chica no será tan tonta como para dejarte escapar.

– Es fácil encontrar ánimos para luchar cuando alguien cree en ti tanto como tú lo haces en mí.

– Ahora sólo falta que tú creas en ti misma y luches por lo que quieres.

Se detuvo unos instantes.

– Cuando yo estaba metida en todo el embrollo entre mi marido y Silvia, hubo muchos momentos en los que pensé en rendirme y dejar de luchar, hacer lo que todos me decían. Uno de esos días, en los que estaba realmente hundida, leí una frase que me ayudó mucho y que, a partir de aquel momento, se convirtió casi en mi guía. Decía “*Y quien no tema mis tinieblas hallará bajo mis*

cipreses senderos cubiertos de rosas”. Cuando la leí me pareció que me animaba a ser valiente, a luchar contra las tinieblas y la tristeza para poder disfrutar de la belleza y la felicidad de la vida. Quizá te ayude a ti también.

– “Y quien no tema mis tinieblas, hallará bajo mis cipreses senderos cubiertos de rosas” – repitió Claudia, memorizándola – es una frase preciosa y muy motivadora. Me gusta. A partir de ahora la haré mía, si no te importa.

– Para nada, espero que te ayude tanto como a mí. Y ahora vamos a casa, que me estoy congelando.

– Y yo, ya no siento la nariz.

Entraron charlando. Sara, que estaba doblando las mantas del salón, sonrió al escucharlas.

– Me alegro de verte mejor, Claudia.

– Ya lo creo. No hay nada como un buen paseo por la nieve para mejorar el estado de ánimo. Voy arriba a descansar un rato.

Laura se acercó a la chimenea y se colocó de pie delante del fuego, extendiendo las manos para dejar que el calor de las llamas penetrara en su cuerpo. Sara se colocó a su lado.

– Vaya cambio. Cuando salió de aquí parecía un personaje sacado de una obra de Tennessee

Williams y ha vuelto convertida en Dorothy, del Mago de Oz.

– Creo que ha encontrado su camino de baldosas amarillas.

Sara la miró extrañada.

– ¿De qué diablos hablas?

– Pregúntale a ella, y sabrás a qué me refiero.

– De verdad, casi me siento celosa. Llevo meses intentando ayudarla y tú, en un minuto, consigues quitarle las penas.

Laura hizo un gesto ambiguo.

– No es tan sencillo. A tu amiga le queda un largo camino antes de llegar a la ciudad de Oz.

Recuerda todo lo que tuvo que pasar Dorothy antes de llegar. Y no te pongas celosa – se buró dándole un golpe con la cadera – A veces resulta fácil sincerarse con un extraño que con alguien cercano.

– Joder, de verdad, me estás tocando las narices con la peliculita. Voy a enterarme de lo que ha ocurrido.

Subió las escaleras de dos en dos, pero se detuvo en el rellano al oír hablar a gritos a Miriam por el teléfono. Claudia salió de la habitación y le hizo un gesto de preocupación a Sara.

– Menudo cabreo tiene – susurró – lleva un buen rato gritando. Nunca la había oído hablarle a Fernando así.

– Ya lo creo, más que su mujer parece su jefa – se sorprendió Sara – algo debe ir muy mal, porque está fuera de sus casillas. No le habla, le ladra.

Los gritos de Miriam subieron de tono.

– ¡Te digo tiene que ser así! ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? – se hizo un silencio, mientras escuchaba – ¡Ya lo hemos hablado un montón de veces y no quiero volver a hacerlo! Mira, si no quieres hacerlo dilo y ya está, en lugar

de calentarme la cabeza – se hizo un nuevo silencio más largo – de acuerdo – el tono de Miriam se había suavizado notablemente – lo siento, me he puesto nerviosa. Hasta mañana, amor mío. Te quiero.

Miriam salió de repente de la habitación y se sobresaltó al ver a Claudia y Sara delante de su puerta.

– ¿Ocurre algo?

– No, ya está todo arreglado – aunque hablaba con tranquilidad, su rostro aún estaba enrojecido – Fernando, que como no está acostumbrado a quedarse solo con los niños no sabe hacer nada y

me vuelve loca a mí llamándome y preguntándome cómo se hacen las cosas.

– Mujer, pero tampoco es para ponerse así – repuso Sara – Le has pegado unos gritos al pobre... Tienes que tener paciencia y darle tiempo.

– Sí, tienes razón, pero es que a veces me desespero, no puedo evitarlo. Con lo sencillo que es todo y lo complicado que él lo hace. Pero todo está bien si sigue en pie lo de salir esta noche, porque vamos a salir, ¿no?

– ¿Acaso prefieres quedarte jugando al *Monopoly*? – se burló Sara – Por supuesto que

nos vamos. Además, son las fiestas de un pueblo cerca de aquí, así que podremos bailar charanga y emborracharnos hasta caer rendidas.

– ¿Qué os vais a poner? – preguntó Miriam.

– Ya lo veréis – respondió Sara corriendo hacia la habitación y abriendo el armario. Buscó en el interior y sacó un corto y ajustado vestido de tirantes estampado en tonos rosas y morados que hacían dibujos aguados sobre la tela brillante, acompañado de una torera en brillante tela morada que cubría los hombros – ¿Os gusta? Es de mi última colección.

– Es precioso – respondió Laura, entrando en

la habitación, acercándose y acariciando la tela –
Resulta muy atrevido mezclar rosa y morado, me
encanta.

– ¿De verdad? – Sara sonrió ampliamente –
me alegro. Es uno de los modelos que presentaré
en la tienda de Nueva York. Quería que fuerais
las primeras en verlo y juzgarlo – su sonrisa se
transformó en nerviosa.

– Yo te pongo un diez – aseguró Claudia – y
viéndolo, estoy segura de que la colección será un
gran éxito.

– Apoyo la moción – terció Miriam – esta
noche brindaremos por ello.

– Gracias chicas – sus ojos brillaban por la emoción – no os podéis imaginar lo que significa vuestro apoyo para mí. Sois las mejores.

– Yo me pondré esto – Miriam entró en la habitación y salió a los pocos segundos mostrando un vestido corto y entallado de color verde oscuro con mangas de encaje que cubrían hasta el antebrazo – Prácticamente lo voy a estrenar hoy.

– ¿Fuiste ayer de compras? – preguntó Claudia.

Miriam negó con la cabeza.

– Lo tengo hace casi un año. Me lo puse una

vez y Fernando torció el morro, diciendo que era muy corto, demasiado ajustado y, me dio una noche...

– Parece que no te has enterado, pero estamos en el siglo veintiuno y las mujeres nos hemos liberado ya un poquito – ironizó Sara.

– Sí, pero las mujeres liberadas no tienen que vivir con un marido petardo y machacón como el mío. Si supierais lo pesado que se pone – puso los ojos en blanco – es capaz de estar repitiendo lo mismo tres días seguidos y no hay manera de hacerle cambiar de tema. Y cuando sales de la habitación para zanjar la discusión, te persigue

por la casa.

– Algo bueno tendrá – intercedió Laura

– Como por ejemplo soportarte a ti – se burló

Claudia.

– Justo – rio Miriam – Bueno, dejemos a Fernando y vamos a lo importante. ¡Me pido “*primer*” para el baño! – gritó alborozada y corrió hasta él, cerrando la puerta tras de sí – Soy la que más reparación necesita antes de salir al salvaje mundo de las juergas nocturnas – explicó.

– Exagerada – gruñó Sara entre las risas de las demás – No tardes o no saldremos nunca.

– Pues sí que os vais a poner guapas esta

noche – comentó Claudia Yo voy con una chaqueta negra y un pantalón vaquero.

– Ponte otra cosa – sugirió Sara

Claudia negó con la cabeza.

– Me encantaría poder ponerme uno de esos vestidos tan bonitos, pero con mi tipo, no puedo.

Parecería una butifarra.

– Pero puedes llevar otros vestidos que te favorezcan – la animó Sara –podrías sacarte mucho partido. Además cualquiera que te oiga pensaría que pesas ciento cincuenta kilos, y no es así. Tener una talla 46 no significa no poder vestir bien ni estar guapa.

– Cada una viste como puede – musitó Claudia dando por finalizada la conversación – ¿y tú, Laura?

Laura desapareció unos momentos y volvió mostrando una blusa negra semitransparente con chorreras en el pecho bordada y unos vaqueros adornados con pedrerías – ¿Ves? Yo también voy con vaqueros.

Claudia rio.

– Pero los tuyos son mucho más bonitos.

– Menos cháchara y a arreglarse – cortó Sara.

Al cabo de un par de horas, Claudia, Miriam y Laura estaban vestidas y arregladas, dándose los

últimos toques del maquillaje ante el espejo del receptor.

– ¿Qué tal estoy? – preguntó Sara bajando la escalera y girando sobre sí misma.

– Imponente – respondió Laura – creo que voy a entrar otra vez a cambiarme...

– Mucho cachondeo hay hoy por aquí – observó Sara – Lo vamos a pasar fenomenal. Empezaremos por los bares de aquí y sabe Dios dónde terminaremos.

– Fenómeno – respondió Laura – Hace tiempo que no me cojo una buena cogorza, de esas de acabar cantando flamenco y bailando un

zapateado encima de la mesa del bar.

– De aquí a alcohólicos anónimos – suspiró

Claudia con sorna.

– Miriam, yo creo que deberías quedarte en casa – se burló Sara guardando las llaves en el bolso – toda una madre de familia y miradla, totalmente dispuesta a volver a casa haciendo esos.

– Una cosa no quita la otra – replicó Miriam haciendo una mueca – Tú eres el gran cerebro de tu compañía y esta noche vas a quemar las últimas neuronas que te quedan. Un momento, chicas, que nadie se mueva.

Desapareció en la cocina y reapareció con una bandeja con cuatro copas llenas de champán. Las repartió dando una a cada una.

– Antes de salir, me gustaría hacer un brindis por las cuatro mujeres más estupendas que hay sobre la tierra – sonrió.

– Por las cuatro mujeres más estupendas de la tierra – corearon las demás, mientras entrechocaban sus copas al brindar.

– Y por las mejores amigas que he tenido nunca – los ojos de Miriam brillaron – gracias por ser tan buenas amigas. ¡Por las amigas de verdad! – gritó, alzando su copa.

– ¡Por las amigas!

Brindaron de nuevo. Sonrientes y animadas, dejaron las copas sobre la mesa, terminando de acicalarse frente al espejo y se hicieron una foto junto a la puerta.

– Esto es el antes – rio Sara guardando el móvil en el bolso – mañana haremos el después.

– Señoritas – Laura hizo una reverencia mientras abría la puerta de la calle – la noche les espera.

– ¡Allá vamos! – gritó Miriam y cruzó el umbral.

Corriendo, gritando y riendo subieron al coche

y se dirigieron hacia el pueblo. Durante el camino fueron cantando canciones pasadas de moda y riéndose a más no poder.

Ya en las afueras se notaba el ambiente festivo. Los aparcamientos de los bares estaban abarrotados tanto de coches como de grupos de jóvenes haciendo corro apoyados en los capós, escuchando música a todo volumen y bebiendo en grandes vasos de plástico. Milagrosamente Sara encontró un lugar para aparcar, pero tan estrecho que se vieron obligadas a salir por la portezuela trasera.

Entraron en el bar más cercano, donde una

música rítmica a todo volumen hacía vibrar cada milímetro de su cuerpo. Como pudieron se abrieron paso entre el gentío, caminando en fila india entre la niebla falsa del local del local que hacía que, a más de medio metro, fuera prácticamente imposible distinguir si la persona a la que seguían era una de ellas o alguien que, creyendo que bailaban la conga, se había sumado a la juerga. Llegaron a la barra y, gritando con todas sus fuerzas, consiguieron que el camarero les sirviera unos mojitos. La pista de baile estaba repleta de gente contoneándose al ritmo de la música. El suelo estaba pegajoso por la gran

cantidad de bebida que había ido derramándose desde la apertura de la discoteca; luces de todos los colores giraban arriba y abajo, aumentando el efecto mareante de la música y el humo. Varias *gogos* bailaban subidas en columnas salomónicas y el *disc-jockey* se las veía y se las deseaba para atender a las peticiones musicales de quienes se agolpaban en torno a la cabina. Las paredes estaban decoradas con motivos marinos, que iban desde un enorme y espantoso pez espada hasta un cuadro con nudos marineros.

– No está mal el sitio – gritó Laura pegando su boca a la oreja de Claudia – aunque te apuesto lo

que quieras a que el ron es de garrafón.

– Espero que al menos sea garrafón – gritó Claudia a su vez – no me extrañaría que tuvieran una destilería clandestina en el sótano.

– No os preocupéis – gritó Sara después de probar su copa – en casa hay sal de fruta suficiente para parar un tren.

– Es un alivio saberlo – rio Miriam.

Comenzó entonces a sonar la canción de moda del momento, y se lanzaron a la pista a bailar. El calor era agobiante y un olor a sudor ácido mezclado con los distintos perfumes comenzó a propagarse por el local. Allí estuvieron bailando

y saltando al ritmo de la música mientras consumían algún bebedizo más.

– Necesito aire fresco – gritó Miriam al cabo de un rato – quedaos, si queréis. Os espero fuera.

– Voy contigo – dijo Claudia y la siguió a través del mar de personas que botaban en la pista.

Una vez fuera, Miriam respiró hondo.

– He perdido la costumbre. Creo que hacía unos diez años que no entraba en un garito como éste.

– A mí me pasa igual. Tengo la cabeza como un bombo y un zumbido tremendo en los oídos, pero

parece que a ellas les ha gustado – sonrió
Claudia.

– Nos espera un bonito desfile por todos los
garitos de esta calaña que hay en el pueblo –
Miriam encendió un cigarrillo y aspiró el humo
con fuerza – Estas dos sí que tenían ganas de
juerga. Cualquiera diría que llevan encerradas
meses en un convento de clausura.

Claudia se echó a reír.

– Pensé que habías dejado de fumar –
comentó.

Miriam hizo un gesto vago exhalando el humo.

– Eso cree Fernando, y mientras lo crea, me

deja en paz. Me guardas el secreto, ¿verdad?

– Claro, mujer.

Sara y Laura salieron de la discoteca y se acercaron hacia ellas. Caminaban agarradas del brazo, riendo a grandes carcajadas.

– Hemos ligado con los dos tíos más feos de España – comentó Laura entre risas – Teníais que haberlos visto. Quasimodo a su lado era un auténtico Adonis. Pero ¿Dónde vamos ahora?

– A un sitio que no olvidaréis jamás – contestó Sara echando a andar hacia el coche – os aseguro que nunca habéis visto un sitio tan cutre y dudo mucho que lo volváis a ver.

– Estoy por irme a casa a dormir – suspiró

Miriam.

– Venga, no seas aguafiestas – rio Laura.

Y así pasaron la noche, de bar en bar, de copa en copa, riendo, bailando, divirtiéndose. Eran casi las cinco de la mañana cuando, agotadas, decidieron volver al chalet.

Aún era noche cerrada cuando subieron al coche y tomaron la angosta carretera que les llevaba al chalet. Les impresionó el aspecto fantasmagórico de la sierra. Mirando por la ventanilla, daba la sensación de que tras cada sombra se ocultaba un ser de ultratumba dispuesto a saltar sobre el

parabrisas y darlas un susto de muerte.

– Es una noche muy oscura a pesar de la luna llena – comentó Laura.

– ¿Habéis visto “Un hombre lobo americano en Londres?” – preguntó Sara.

Laura y Claudia asintieron. Miriam respondió que no.

– Es una película que transcurre en una noche como ésta – prosiguió Sara casi en un susurro – Dos amigos están de viaje por Inglaterra y no encuentran alojamiento para pasar la noche. Llegan a un pequeño pueblo perdido de la mano de Dios, donde tampoco tienen sitio para dormir

y, en el bar, la gente del pueblo les advierte que no paren a dormir en los páramos que rodean el pueblo. Los jóvenes no hacen caso de la advertencia y se detienen en un páramo a pasar la noche.

Mientras hablaba, Sara iba reduciendo la velocidad poco a poco, hasta detener el coche por completo. Apagó el motor y los faros.

– Entonces – el tono tétrico de su voz resonaba en la oscuridad – les ataca un hombre–lobo, mata a uno de ellos y hiere al otro, que se convierte a su vez en hombre–lobo.

Miriam comenzó a silbar, intentando no dejar

que el miedo se apoderara de ella. Sabía perfectamente que Sara estaba tratando de asustarla y no quería que se diera cuenta de que lo estaba consiguiendo, aunque a duras penas conseguía disimular su nerviosismo.

– Sara, déjate de bobadas – ordenó Laura, nerviosa – Vuelve a poner en marcha este cacharro. Es una locura quedarnos en medio de la carretera con las luces apagadas; ¿no te das cuenta de que se nos puede echar un coche encima en cualquier momento?

Con gran alivio de las tres, Sara arrancó. Mientras avanzaban, los faros iluminaban

pequeños bancos de niebla, casi transparentes que flotaban a ras de suelo.

– Qué niebla tan rara – comentó Laura – viene como a rachas.

– Debe haber algún río por aquí – supuso Claudia.

– A lo mejor son fantasmas – terció Sara.

Se hizo el silencio dentro del coche. Las palabras de Sara habían logrado asustarlas de verdad, ya que la niebla tenía un aspecto realmente espectral. Parecían pequeños grupos de espíritus desfilando por la carretera, y tan pronto como dejaban uno atrás, aparecía otro.

– Vale, dejadlo ya – se enfadó Laura – No tiene ninguna gracia.

– Sara, te ha faltado una linterna iluminándote la cara – intentó bromear Claudia.

– A mí, cuando era pequeña, me contaron que si por la noche te mirabas al espejo con una linterna bajo la barbilla se te aparecía el demonio

– repuso Sara – Os juro que durante una temporada las pasaba canutas cada vez que iba al baño por la noche cuando se iba la luz en el chalet, porque había que ir con linterna. No os podéis ni imaginar los malabarismos que hacía para no ponerme frente al espejo.

– ¿Y se te apareció el demonio alguna vez? –
preguntó Claudia.

– No. Una noche, muerta de miedo, se lo conté a mi hermana mayor. Cuando se le pasó el ataque de risa me llevó al cuarto de baño, encendió la linterna y me di cuenta que lo único que se veía era mi cara deformada por el juego de luces y sombras. Ese día aprendí que las leyendas urbanas deben ser comprobadas por una misma.

– ¿Se va la luz en el chalet por las noches? –
preguntó Miriam asustada.

– Algunas veces. Pero poco tiempo, diez o quince minutos. Cuando yo era pequeña se iba

toda la noche. Pero podéis estar tranquilas. En todos los cajones de la casa hay cientos de velas y linternas.

– Menos mal – respondieron Laura y Miriam al unísono.

– Bien, ya hemos llegado – Sara detuvo el coche ante la puerta metálica del garaje – A ver quién es la valiente que baja a abrir.

– Yo – se ofreció Claudia abriendo la portezuela del coche.

– Y en aquel momento – la voz de Sara sonaba fantasmal – dos manos salieron de la tierra y la agarraron por los tobillos, arrastrándola hacia la

profundidad de la tumba.

Claudia tuvo que acudir a toda su sangre fría para no quedar paralizada por la broma de Sara, pero si en aquel momento una de sus piernas hubiese tropezado con alguna rama estaba segura de que se le habría parado el corazón.

– A partir de ahora prohibido terminantemente hacer bromitas de mal gusto, que os conozco – advirtió Miriam saliendo del coche – Nada de esconderse en el armario para salir dando un grito ni nada por el estilo.

– Estoy demasiado cansada para dedicarme a esas tonterías – bostezó Sara bostezando mientras

caminaban hacia la casa – De mí no tienes nada que temer.

– Eso espero – replicó poco convencida.

Entraron y se dirigieron directamente a los dormitorios. Laura se tendió sobre la cama.

– No me voy ni a quitar el maquillaje – dijo – estoy realmente agotada.

– Yo tampoco – secundó Claudia– Lo único que quiero ahora es dormir. Y, por favor, si alguien se despierta antes de las tres de la tarde, que no haga ruido, porque yo no me pienso levantar antes.

– Una idea fabulosa – apoyó Miriam

poniéndose el pijama.

– ¿Alguna quiere ducharse antes de dormir? – preguntó Sara.

Negaron con la cabeza.

– Perfecto. Así no tendré que ir a por las toallas grandes. Mañana las subo.

– Yo he traído la mía – intervino Miriam hurgando en el armario – la pondré en el baño. Podéis usarla si queréis.

– Sí, hombre. Seguro que nos pegas un herpes o algo peor – bromeó Laura.

– Por mí, como si te secas con el periódico – replicó Miriam.

Salió de la habitación, entró en el baño y volvió.

– Qué ruido hacen las cañerías – comentó – parece que hay gente aullando.

– Pues espera a oír la calefacción – advirtió Sara – Suena como si estuvieran dando golpes con una llave inglesa en los tubos de metal. Da la impresión de que algo va a explotar pero nunca ha pasado – se apresuró a explicar al ver la expresión de alarma de Miriam.

– Siempre hay una primera vez para todo – bromeó Claudia soñolienta – me voy a dormir, no puedo más.

– Lo mismo digo – dijo Miriam entre bostezos.

Ambas entraron en su dormitorio y se metieron en la cama, deseándose buenas noches. En la oscuridad de su habitación, Miriam sonrió y cerró los ojos, relajándose bajo el calor de las mantas.

CAPITULO V

Claudia abrió los ojos y se los frotó, somnolienta. Hasta sus oídos llegó un concierto de trinos y gorjeos desde el jardín. Decidió remolonear un poco y quedarse tumbada en la cama escuchando el canto de los pájaros y observando las caprichosas figuras que la tenue

luz del sol de invierno proyectaba sobre las paredes de la habitación tras burlar las rendijas de la persiana. Las plantas también parecían desperezarse, desprendiendo un aroma a verdor fresco que inundaba todos los rincones de la habitación, transformando la cotidiana tarea de respirar en un placer. Cruzó las manos sobre la cabeza y aspiró profundamente, deseando retener para siempre en la memoria la sensación de aquel aroma. Pensó que el complemento perfecto de todo aquel cúmulo de sensaciones sería una ducha templada. Se sentó en la cama, algo mareada por el alcohol ingerido la noche pasada. Salió de la

habitación caminando con cuidado para no despertar a Miriam, entró en el baño y abrió los grifos, jugando con el agua fría y caliente hasta conseguir la temperatura ideal. Se quitó el pijama y se metió en la bañera, dejando que el agua tibia despertara su cuerpo aún dormido. Cerró los ojos y se relajó al sentir el agua templada sobre su piel, metiendo la cabeza debajo del chorro para intentar hacer desaparecer el tremendo dolor de cabeza que la resaca le estaba regalando. Echó un poco de gel en la esponja y se frotó la piel, notando como se impregnaba del suave aroma a lavanda que éste desprendía. Hacía tiempo que no

se sentía tan bien. La sensación de angustia que la acompañaba desde hacía tanto tiempo estaba desapareciendo y sentía su cuerpo relajado después de muchos meses de tensión. Movi6 la cabeza suavemente de lado a lado, dejando que el agua recorriera sus ojos y su frente. Al cabo de unos minutos sali6 de la ducha y se puso el albornoz. Abri6 la puerta del ba6o y un suave olor de *croissants* a la plancha llen6 su nariz. Se le hizo la boca agua. Alguna de las chicas debia estar preparando el desayuno. Se sec6 el cabello h6medo con la toalla, y camin6 descalza hasta su habitaci6n. La casa estaba caldeada y un suave

sol invernal entraba por la ventana, invitándola a empezar el día con ánimo. Se puso una camiseta y un pantalón de chándal, bajó las escaleras y entró en la cocina, donde Sara y Laura estaban preparando el desayuno.

– Buenos días, dormilona – saludó Sara –
¿Qué tal la cabeza?

– Mejor de lo que esperaba – respondió
Claudia – me duele un poco, pero no me estalla, y
puedo soportar que me hablen a un volumen más o
menos normal.

– Eso es buena señal – sonrió Laura – hemos
preparado croissants, tostadas, zumo de naranja y

fruta.

– ¡Menudo banquete! – exclamó Claudia observando todo lo que había sobre la mesa – ¿no tienes unos cereales por ahí? Todo eso conseguirá que mi culo se haga aún más grande.

– Déjate de culos y desayuna – ordenó Sara llevándose a los labios un vaso de zumo – Recuerda que este fin de semana es para olvidarse de todo, incluso de las calorías, así que siéntate – empujó suavemente a Claudia hacia una silla hasta que se sentó – coge un *croissant*, mermelada, mantequilla – mientras hablaba, llenaba un plato que finalmente colocó delante de

Claudia – zumo de naranja..., y *bon-appetit!*

Claudia sonrió.

– De acuerdo, mamá, seré buena y me lo comeré todo.

– Así me gusta, que te portes bien.

Sara y Laura se sentaron a la mesa con Claudia y desayunaron en silencio. Al cabo de un rato, Sara miró su reloj.

– Qué raro que Miriam no se haya levantado todavía, son casi las dos.

– Ayer bebió mucho –recordó Claudia – No podrá ponerse en pie hasta que la habitación deje de dar vueltas.

– Ah, es verdad – rio Sara – no sabía que las madres de familia “soplaban” tanto.

Las tres se echaron a reír.

– No seas mala – la regañó Laura – Nosotras haríamos lo mismo. Cuando tienes hijos estaba obligado a ser un adulto equilibrado, siempre con la respuesta correcta y tomando la decisión adecuada en todo momento. Eso crea una presión enorme y no es extraño que, de tanto en tanto, desparrames. Ya me lo contaréis cuando tengáis hijos.

– A mí no me mires – rechazó Sara – con las tiendas tengo bastantes hijos que sacar

adelante.

– ¿Y tú, Claudia? ¿Piensas tener hijos algún día?

Claudia negó con la cabeza.

– No, no voy a tenerlos.

– ¿No? ¿Y por qué no?

– No sería una buena madre – desvió la mirada hacia la ventana.

– No estoy de acuerdo, serías una madre estupenda – repuso Sara – eres paciente, comprensiva..., serías una gran madre.

Claudia negó con la cabeza.

– Quitá, quitá, sería una madre neurótica,

de esas tan obsesionadas con mis hijos, siempre agobiándoles – replicó Claudia – de esa manera les ahorro mucho dinero en terapia – terminó con gesto burlón.

– ¡Qué exagerada eres! – rio Sara – tú dirás lo que quieras, pero yo te veo siendo madre, si no ahora, en un futuro.

– En un futuro muy, muy lejano, en una galaxia muy, muy lejana – sonrió Claudia – yo ya tengo sobrinos, y ya se sabe lo que dicen, a quien Dios no le da hijos... ¿Tú te ves como madre? – preguntó a Laura.

Esta asintió.

– Siempre he querido serlo. Al principio me lo negaba a mí misma, después, con mi marido no fue posible, pero ahora, por fin, mi sueño se hará realidad – sonrió ampliamente – cuando estaba con Esteban pensaba que era una maldición del cielo no poder quedarme embarazada. Ahora me doy cuenta de que es lo mejor que me pudo pasar. Voy a tener hijos con la persona correcta. De hecha, ya hemos comenzado con todo el protocolo de la inseminación artificial – Sara y Claudia sonrieron al ver el amor que se reflejaba en su rostro. No pudo evitar sentir una punzada de envidia. Daría cualquier cosa por

lograr lo que Laura había conseguido pero..., tenía miedo, tanto miedo a volver a fracasar... Alejó el pensamiento de su mente. Se dijo a sí misma que era el momento de ser valiente. Laura había apostado fuerte y había ganado y ella debía hacer lo mismo.

– Serás una madre estupenda – oyó decir a Sara – seréis un par de madres estupendas – rio y Laura rio con ella.

– Suena raro, ¿eh?

– Claudia, vamos a dar un paseo para despejarnos – dijo Sara dándole un golpecito en el brazo.

– ¿Un paseo? – protestó Claudia – yo no

puedo, estoy muerta.

– Venga, no seas vaga. El aire fresco te

reanimará, ya lo verás.

Laura se levantó.

– Y nos vendrá bien un poco de ejercicio

para rehacer estos cuerpos desvencijados por los

bailes de anoche – comentó estirándose.

– Pues andando.

Subieron a la planta de arriba. Unos

minutos después Claudia entró en la habitación de

Sara con un móvil en la mano.

– Miriam no está en el dormitorio y se ha

dejado el móvil. Tiene tres llamadas perdidas de Fernando.

– ¿Has mirado en el baño?

Claudia asintió.

– Habrán discutido, ya oíste como se gritaban ayer. Déjalo en la habitación. Así, cuando vuelva, podrá llamarle.

– Debe haberse levantado muy temprano

– comentó Laura enfundándose en un jersey blanco de cuello alto. ¿No la has oído salir?

– No, pero yo tengo un sueño muy profundo. Aunque hubiera tocado una trompeta antes de irse, tampoco me habría despertado.

Claudia fue a su habitación, dejó en la mesilla de la habitación el móvil de Miriam y sacó unas chirucas de debajo de la cama. Se ató los cordones y se puso el anorak de montaña, al igual que Sara y Laura. Ya en el recibidor se enfundaron los guantes, los gorros y las bufandas y salieron al jardín.

Tras cruzar la verja se internaron en el bosque siguiendo una ruta para senderistas que, según explicó Sara, no era muy complicada. Caminaban entre rocas de granito cubiertas de líquen negruzco, matorrales de jara cuyas pegajosas flores exhalaban un potente y dulce

aroma que parecía llenar todo el bosque y encinas grisáceas de troncos por el peso de la nieve sobre sus ramas. A su paso observaban, asustados por el ruido de sus botas en la nieve, escuchaban ruidos de animalillos ocultos entre los matorrales que bordeaban el camino. De cuando en cuando se cruzaban con algún caminante que las saludaba al pasar, unas veces montañeros de excursión, otras, gentes de los pueblos cercanos que se dedicaban a sus tareas diarias. Caminaban a paso rápido, disfrutando del cielo azul de aquel límpido día de invierno. Laura llevaba consigo una cámara y fotografiaba plantas o formaciones

rocosas que llamaban su atención o, simplemente, le parecían bonitas. En ocasiones posaban las tres al lado de alguna roca en alguna posición divertida para la foto, para después continuar su camino, siempre atentas a no salirse del sendero, pues sabían de montañeros experimentados que se habían perdido y se habían visto obligados a pasar la noche en a la intemperie a la espera de ser rescatados. Durante el paseo, Sara demostró tener un amplio conocimiento de los árboles y plantas del lugar, dado que había caminado por ellos desde que era una niña, y les mostraba los que más le gustaban. Sara y Laura recogieron

hierbas del camino de los bordes del camino mientras Claudia recogía casquetes de bellota del suelo. Cuando era niña, su abuelo le contó que eran los sombreritos de las hadas y de otras criaturas buenas del bosque, que, una vez que se hacían mayores y ya no los podía utilizar, utilizaban, los lanzaban al suelo para fertilizarlo. Se lo contó a las demás, colocándose uno de aquellos casquetes en el dedo índice, al igual que en su día hacía su abuelo.

– Me gusta esa historia – sonrió Laura – me gusta la idea de que el bosque es un lugar misterioso habitado por seres mágicos que los

humanos no podemos ver, pero que están ahí. En cierto modo eso le da un toque mágico a la vida.

– Sí, pero no olvides que también existen seres malvados como los ogros, los trasgos y los trolls – rio Sara.

– No necesariamente – replicó Laura – podemos creer en bosques llenos sólo de hadas, náyades y ninfas buenas.

– Entonces no sería un universo equilibrado – replicó Claudia – en este mundo todo tiene su contrario. Si hay un bien, en algún lado hay un mal.

– Sí, pero no en el bosque – repuso Laura,

testaruda – los malos están en un lugar muy profundo y lejano y no tienen manera de llegar a la superficie. Ya tienes un universo equilibrado donde el mal está confinado y no puede hacernos daño.

– Me has convencido – rio Claudia – me gusta tu universo.

– No me iréis a decir que realmente creéis en hadas y esas cosas, ¿no? – se sorprendió Sara.

Laura rio.

– En cierto modo, sí creo en ellas, es decir, no en hadas, o duendes o seres de cuento, pero sí estoy convencida de que, de tanto en tanto,

aparecen en tu vida personas que te enseñan el camino y que te sacan de atolladeros de los que te parecía imposible salir. Son personas especiales que tienen, no sé como llamarlo, un aura especial. Iluminan tu mundo, de alguna manera.

– O sea, que tú crees en los ángeles – sonrió Claudia.

– Si ese tipo de personas lo son, sí, entonces creo en los ángeles.

– Yo no creo que sea exactamente así – intervino Sara – creo más bien que esas personas despiertan en ti talentos o fuerzas que tú no sabes que tienes, más que en el hecho mágico de que te

toquen con la varita y pases a ser alguien nuevo.

– Puede que tengas razón – admitió Laura – pero lo que es innegable es que el encuentro con una de esas personas te cambia la vida. Son especiales. Son mágicas.

– “Ojalá yo me encontrara con alguien así, pero tendría que ser un mago muy, muy poderoso para arreglar el desastre de vida que tengo” – pensó Claudia con amargura

– A cualquiera que le cuente que mi contable es una persona espiritual, se monda de la risa – se burló Sara.

– Quizá se deba precisamente a eso – repuso

Laura – A diario me muevo en un mundo de números, de cifras, de pérdidas, de ganancias, frío y calculado, donde todo está perfectamente medido y pesado y que puedo controlar perfectamente. Si no creyera que hay algo más, me daría un pasmo pensando que todo son números y balances.

– Serías pitagórica – repuso Sara – ¿no creían en los números?

– Sí, pero les otorgaban también un componente mágico – respondió Claudia – yo estoy de acuerdo con Laura. Pienso que hace falta creer en algo trascendental o espiritual, como

quieras llamarlo, algo que, en un momento dado, pueda darte fuerzas.

– ¿Y tú en qué crees? – preguntó Sara.

– En la ley de Murphy – sonrió Claudia – todo lo que pueda ir peor, empeorará.

– Tiene su lado bueno – ironizó Laura – porque siempre llega un momento en que las cosas no ponerse peores.

Claudia sonrió.

– Me estaba acordando de una película..., “*Entre pillos anda el juego*” se llama, con Dan Akroyd y Eddy Murphy. Uno es un tiburón de Wall Street y el otro es un indigente sin techo.

Dos ricachones de Wall Street, por una apuesta, deciden intercambiar sus vidas, es decir, Dan Akroyd le convertirán en un mendigo y a Murphy en un ricachón de Wall Street. Por ello el primero pierde su trabajo, su casa, su coche, le roban en un callejón y termina en la calle, sin dinero, sin esperanzas y sin entender nada de lo que está ocurriendo, por lo que decide que la única posibilidad que le queda es suicidarse. Saca un revólver, se lo apoya en la sien, y, justo cuando va a disparar comienza a llover, con lo cual el arma se le moja y no puede ni pegarse un tiro. Entonces, totalmente desesperado, se echa a

llorar preguntándose qué más le puede pasar. A algo así es a lo que yo me refiero.

– Y entonces aparece en escena Jaimie Lee Curtis, que es quien ayuda a Akroyd a salir del aprieto, con lo cual, al final, me estás dando la razón. En el momento justo, aparece lo que necesitas. Solamente hay que saber verlo – dijo triunfalmente Laura – pero ¿realmente crees en la ley de Murphy? A mí me parece más bien una profecía que se autocumple. Si te convences de que tu mundo va a peor, irá a peor. Resulta un poco descorazonador.

Claudia negó con la cabeza, sonriendo.

– A veces, cuando las cosas se lían, todo va mal y parece que el cielo se ensaña contigo.

– Yo creo que todo ocurre por alguna razón – intervino Sara – aunque en el momento en que te está pasando no sepas por qué, al final, todo tiene sentido, al final todo cuadra y cada pieza encaja.

– ¿Tú crees que el destino de cada uno está escrito, entonces? – preguntó Claudia.

– No lo tengo del todo claro. A veces pienso que sí, pero esa idea me resulta bastante claustrofóbica.

– Yo creo que están escritas las líneas generales de la vida – terció Laura mientras

caminaban de regreso al chalet – pero hay momentos en los que debes enfrentarte a una elección, y lo que no está escrito es cuál será. Algo así como que están marcados los caminos a seguir, pero la ruta la eliges tú.

– Yo siento que la vida es una vagoneta que va por raíles, y que no siempre puedes controlar el cambio de agujas. Lo habitual es ser empujado y zarandeado, sin saber bien hacia dónde vas.

– Vaya mareo – rio Sara abriendo la verja del jardín – Veamos si Miriam ha vuelto ya.

Entraron en la casa y la llamaron a voces, sin obtener respuesta.

– Qué raro – murmuró Claudia – Veré si está arriba.

Subió las escaleras y al poco volvió con gesto de preocupación.

– No está en la habitación ni en el baño.

Francamente, no me cuadra la idea de que se haya ido ella sola a caminar por ahí, con lo miedica que es.

– Dejándose el móvil, además – la voz de Sara sonaba preocupada – Nunca se ha separado de él más de diez segundos, por si la llaman sus hijos. No imagino dónde puede estar. Y mirad, tiene diez llamadas perdidas de Fernando –

terminó mostrándoles la pantalla del Smartphone.

– Quizá les ha ocurrido algo a los niños y ha tenido que irse corriendo – aventuró Claudia.

– ¿Y cómo se ha ido?

– No sé, puede haber llamado a un taxi.

– Sí, eso sería posible, pero no. Mirad, la última llamada de Fernando es de hace menos de media hora. Si hubiera salido hacia Madrid antes de que nosotras nos levantáramos, habría llegado hace horas.

Se sobresaltaron cuando el móvil de Miriam comenzó a sonar. Se miraron unas a otros, sin saber qué hacer.

– Es Fernando otra vez.

– Contéstale, quizá él sepa algo – sugirió Claudia.

– Hola Fernando. No, soy Sara. No, Miriam no está, debe estar dando un paseo – miró de reojo a sus amigas encogiéndose de hombros, como si no supiera muy bien qué contestar – pero ¿ha ocurrido algo? ¿La niña está bien?... Ah, me alegro de que no sea grave..., sí, lo entiendo. De acuerdo, en cuanto venga Miriam se lo digo. Sí, no te preocupes, no se me olvida. No, tranquilo, te aseguro que no me olvidaré de decírselo. Hasta luego.

– ¿Qué ha pasado? – preguntó Laura.

– Ana, su hija, que se ha caído y se ha dado un golpe en la frente. No ha sido nada, pero le han tenido que dar un par de puntos y no deja de preguntar por su madre y Fernando ya no sabe qué hacer. En fin, por lo menos no es nada serio. Meteré el cordero en el horno y así hacemos tiempo mientras llega la madre desaparecida – propuso Sara.

– De acuerdo, nosotras pondremos la mesa.

Cuando Sara desapareció en la cocina, Claudia se volvió a Laura.

– ¿Crees que debo llamar a Marta?

– No se trata de lo que yo crea, sino de lo que tú quieras hacer.

– Yo la amo y quiero estar con ella por encima de todo.

– En ese caso... – Laura enarcó las cejas expresivamente.

Claudia subió a su habitación. Marcó el número de Marta mientras sentía que su corazón se aceleraba y los nervios la invadían. Anduvo nerviosamente por la habitación escuchando los tonos hasta que saltó el buzón de voz.

“No quiere hablar conmigo – pensó desesperada – ¿y si no la vuelvo a ver? – respiró

hondo esperando que terminara la grabación –
Hola Marta, soy Claudia – comenzó, intentando
que su voz sonara calmada – me gustaría hablar
contigo. Es importante, llámame cuando puedas,
por favor – dudó unos instantes sin saber bien
cómo terminar el mensaje, deseaba decirle “te
quiero”, pero no se atrevió – un beso – terminó
lacónicamente.

Angustiada, se sentó en la cama y dejó caer el
teléfono. ¿Por qué le había dejado aquella mierda
de mensaje? ¿Qué pensaría Marta cuando lo
oyera? Ya la había fastidiado de nuevo.
Contempló durante unos instantes el teléfono, y se

sobresaltó cuando empezó a vibrar. Su ilusión se vino abajo cuando contempló que en la pantalla aparecía “madre”

– A ver qué quiere ahora – murmuró para sí –
hola mamá, ¿qué tal estás?

– Bien, muy bien – Claudia conocía perfectamente aquel tono de rabia contenida. Estaba enfadada, pero no lo expresaría abiertamente. Claudia se preparó para la catarata de reproches que vendría a continuación – es duro para una mujer enferma, como yo, pasarse el fin de semana entero sola, pero voy saliendo adelante como puedo.

– Mamá, no exageres. Sólo ha pasado un día y tienes a Fátima, que va todos los días a hacerte la comida y a limpiar la casa. No estás sola.

– Claro, para ti siempre estoy exagerando, tu madre siempre exagera – Claudia sintió ganas de lanzar el teléfono contra la pared para dejar de oír aquella voz chillona – algún día me ocurrirá algo de verdad, algo grave, y ese día te arrepentirás de haberme dejado sola.

– ¿Necesitas algo, mamá? – Claudia luchaba con el sentimiento de culpa que comenzaba a crecer en su interior.

– ¿Es que una madre no puede llamar a su

hija sólo porque le apetece hablar con ella?

– “Otras quizá. Tú no lo has hecho nunca”

pensó Claudia, pero permaneció en silencio.

– Pero siempre me tengo que estar justificando. Cuando estás aquí te encierras en tu habitación, y cuando sales apenas podemos hablar por teléfono – gimoteó, suspirando con fuerza.

Claudia cerró los ojos y respiró, sintiendo que la angustia la invadía de nuevo – en fin, da igual, llamaba para charlar contigo porque se me ha estropeado la tele y estoy aburrida.

Claudia se mordió el labio inferior. Sabía que la televisión era el único pasatiempo que

tenía su madre, y le preocupaba que se hubiera quedado sin él.

– ¿Estropeado? ¿No se ve nada?

– Sí, los canales normales, pero ya sabes que esos no me gustan. Yo quiero ver los míos, los de cine clásico.

– Puedes ponerte una película y así te distraes.

– Ya, pero no puedo ver mis canales.

– Mira mamá, lo siento, llama a un vecino o llama a Manuel, yo no te lo puedo arreglar desde aquí.

– No digas bobadas. No puedo molestar a tu

hermano por una cosa así. Él tiene cosas más importantes que hacer. ¿Y por qué no puedes venir? Siempre me arreglas la tele cuando estás en casa. No te cuesta nada coger el coche y venir. Al fin y al cabo es el único entretenimiento que yo tengo y no esperarás que me pase el fin de semana sola y sin poder ver la televisión. De verdad, qué mala suerte he tenido contigo. Es que no me haces ni el más mínimo favor.

“Llevo cuidando de ti y de tus enfermedades imaginarias toda la vida. ¿Acaso no es eso suficiente para ti? – hubiera deseado gritárselo, pero no se atrevió – Lo siento, mamá, no puedo

coger el coche. Ha nevado y las carreteras están cortadas – mintió – Sabes que Alfonso, el vecino de enfrente, estará encantado de ayudarte y entiende mucho más que yo de esas cosas. Tengo que dejarte. Me están esperando para comer.

– Comer, comer, para eso sí que te mueves.

Así estás, que terminarás teniéndote que hacer la ropa a medida.

Claudia no supo qué responder. Se limitó, como había hecho siempre, a tragarse la rabia y el dolor que le provocaban las palabras de su madre.

– Adiós mamá. Te llamo el martes.

– Sí, hija, tú sigue con tu vida, no te preocupes por mí, aunque me hayas dejado sola y aburrida el fin de semana.

– Adiós, mamá.

Claudia pensó de nuevo en estampar el móvil contra la pared, pero la posibilidad de que Marta llamara la hizo desistir. Sintió las lágrimas corriendo por sus mejillas, al tiempo que la invadía un hambre terrible. Tenía que comer, que comer hasta reventar. Sólo así podría mitigar la culpa, el dolor y la rabia que habían provocado en ella la llamada de su madre.

– No pienso dejar que me estropees el fin de

semana – murmuró para sí, secándose las lágrimas con rabia – esta vez no.

Guardó el móvil en el bolsillo, salió de la habitación, bajó la escalera y entró en la cocina.

– ¿Ocurre algo?

– No, mi madre, que me llama porque se le ha estropeado la televisión.

– Y supongo que habrá sugerido que vayas corriendo a arreglársela, ¿no? Porque como ella está tan desvalida... – repuso Sara en tono irónico.

– Sara, sabes que está enferma del corazón y en cualquier momento puede ocurrirle algo.

– Sí, pero te aseguro que no le va a dar un infarto por no ver la tele. Tu madre es la enferma del corazón más sana que he conocido, y la más quejica, eso es indudable. Oyéndola parece que la han tenido que operar a corazón abierto en varias ocasiones.

– Vamos a dejarlo – Claudia abrió la nevera y se escondió tras la puerta. Sacó un tarro de helado, cogió una cuchara y lo engulló con avidez, avergonzada aunque también aliviada al sentir cómo la culpa se diluía al tiempo que comía.

En aquel momento llamaron a la puerta. Al

poco, apareció Laura en la cocina acompañada por una pareja de la guardia civil.

– Buenos días – saludó el mayor de ellos llevándose la mano a la sien a modo de saludo.

– Buenos días – respondió Sara – ¿ocurre algo?

– Acabamos de recibir una denuncia de un vecino en el cuartelillo. Según nos indica, ha visto a una chica que, al parecer, era obligada a subirse a un monovolumen de color azul oscuro.

– ¿Obligada a subir? ¿Quiere decir secuestrada?

– Aún no lo sabemos – respondió el otro

hombre – el vecino nos ha dicho que no era habitante del pueblo, y por eso estamos visitando las casas de los no residentes, por si saben algo.

– ¿Cómo era la chica? – preguntó Claudia.

– Por lo que nos ha comentado el testigo, era una mujer de unos treinta años, pelirroja, de pelo largo, delgada, y vestía botas de montaña, vaqueros y un plumas negro o azul marino, el testigo no lo recuerda muy bien.

– Miriam responde a esa descripción y tiene un plumas negro – observó Sara, preocupada – ¿te acuerdas? – se dirigió a Claudia – lo compró el año pasado.

Claudia asintió.

– Sí, la vi colgarlo en el armario. Iré a ver si aún está allí.

Subió y volvió a los pocos minutos con gesto de preocupación.

– No, ha debido ponérselo esta mañana.

– Entonces, eso significa que la han secuestrado, ¿verdad?

– No saquen conclusiones precipitadas, ni siquiera sabemos si se trata de un secuestro.

– Pero usted dijo que la habían obligado a subir.

– Dije “al parecer” – puntualizó el agente –

Perdónenme un momento.

Salió de la casa. A través de la ventana vieron como entraba en el coche patrulla y hablaba por radio. Al poco volvió junto a ellas.

– ¿Tienen alguna foto de su amiga? – preguntó
– un compañero está de camino hacia aquí con el testigo y, de esa forma, la identificación será más fiable.

– Pues, no... – musitó Sara mirando a su alrededor – no tenemos..., ¡Ah!, ¡Sí!, Ayer, antes de salir, hicimos una. Voy a buscar el móvil.

– ¿Hace mucho que se la han llevado, o sea, que la han visto? – preguntó Claudia, angustiada.

– El vecino nos llamó hará una media hora –
respondió el agente – suponemos que no ha
pasado mucho más tiempo.

Poco después llamaron a la puerta. El agente
de la benemérita abrió y entró otro de sus
compañeros acompañado de un hombre anciano y
menudo que portaba una lechera de metal. Entró
en el comedor y se quitó el gorro de lana que
cubría su cabeza. Saludó nerviosamente con una
inclinación de cabeza.

– Buenos días – murmuró.

– Hola Antonio. Soy Sara, la hija de Tomás.

El anciano sonrió, visiblemente aliviado por

el hecho de encontrarse con alguien conocido.

– Díganos lo que ha visto esta mañana, Antonio – le pidió el agente que le había llevado al chalet – lo que me ha contado a mí.

– Esta mañana, hará una hora y media, he salido, como todos los días, a por leche y a dar mi paseo – comenzó el anciano con voz suave, algo temblorosa por los nervios – Camino todos los días casi diez kilómetros, de mi casa a la granja, porque a mí no me gusta la leche esa envasada, que no sabe a “ná”. Iba bordeando la carretera, como siempre, cuando me he cruzado con esa chica. Era muy amable, me saludó muy

correcta y me preguntó si por esa carretera se iba al pueblo. Le respondí que sí, porque así es, me dio las gracias y estuvimos charlando un rato. Después, siguió su paseo. Habría caminado ella unos quinientos metros cuando apareció un coche azul grande, uno de esos que utiliza la gente que tiene muchos hijos. Me volví a mirar, porque parecía que el conductor se había perdido y pensé que, como la muchacha no era de aquí, mal le podría indicar. La chica habló brevemente con ellos, señalando hacia la autopista y, de pronto, se abrió la puerta de uno de los lados y un hombre grande la cogió y tiró de ella hacia dentro del

coche. Ella gritó, me vio y me pidió ayuda, resistiéndose a entrar, intentando liberarse de aquel tipo. Yo grité y fui hacia ellos pero, como mis piernas ya no son lo que eran, no llegué a tiempo. Me faltarían unos cien metros para llegar al coche cuando apareció otro hombre que tiró también de ella con fuerza, metiéndola en el interior. Cuando estuvo dentro, el coche arrancó, antes incluso de cerrar la puerta, y desapareció en dirección a la autopista. Yo volví al pueblo a toda velocidad, aunque, como he dicho, poca es la prisa que me puedo dar, y entré en el cuartelillo a denunciarlo.

– Entonces usted cree que se la llevaron a la fuerza.

El hombre asintió con fuerza.

– Sí, sí, ella intentó zafarse del grandón que la tenía cogida, pero no pudo. Ese tipo era muy fuerte y la había cogido por sorpresa. La chica no pudo soltarse. Y yo no pude hacer nada – se entristeció – como no veo bien, ni siquiera pude ver la matrícula. Esa pobre chica no dejaba de gritar pidiéndome ayuda, pero... – el hombre bajó la cabeza, abatido – otra cosa hubiera sido hace veinte años, hubiera sacado yo al patán ese a patadas del coche, pero a mi edad...

Uno de los agentes tomó el móvil de Sara y le mostró la foto de ellas cuatro tomada la noche anterior.

– ¿La chica era alguna de ellas?

El hombre cogió el móvil y se lo acercó a la nariz, casi rozándola. Observó atentamente la pantalla durante unos instantes.

– Sí – respondió poniendo el dedo bajo el rostro de Miriam – esta es la chica que he visto esta mañana. Iba vestida distinto, eso sí, con un anorak negro, como les dije en el cuartelillo, pero es ella.

Laura, Sara y Claudia se miraron angustiadas.

– No puede ser – musitó Claudia sentándose en un sillón – no puede ser verdad que hayan secuestrado a Miriam.

– No tiene por qué tratarse forzosamente de un secuestro – intentó tranquilizarlas el agente – puede que fuera una discusión con su marido. Hoy esas cosas están a la orden del día.

El anciano negó con la cabeza.

– No, Pedro, no, eso no fue una discusión. La chica estaba aterrorizada cuando la subieron al coche. Chillaba desesperada intentando soltarse, eso es innegable.

– Agente, ¿qué vamos a hacer ahora? –

preguntó Sara desolada – ¿qué hacemos?

– Lo primero, tranquilizarse. Díganme, ¿está casada? ¿La relación con su marido es buena?

– Lleva casada diez años – respondió Claudia – tiene tres hijos y sí, se lleva bien con él. Nosotros le conocemos, no tienen problemas conyugales y desde luego él no la maltrata, si es lo que está insinuando.

– ¿Él sabía que ella estaba aquí?

– Sí, ayer mismo por la noche estuvieron hablando y Miriam le estuvo aconsejando sobre algo de los niños – respondió Laura.

– ¿Lo hacía a menudo?

– ¿A qué se refiere?

– Irse con sus amigas y dejarle a él con los niños. Quizá él se enfadó y la obligó a volver – el agente levantó las manos pidiendo paciencia al ver el enfado reflejado en los rostros de las tres amigas – Entiéndalo. Yo no estoy sacando conclusiones ni juzgando a su amiga. Estoy llevando una investigación y debo preguntarlo todo. Sé que estas preguntas resultan muy desagradables, pero hoy en día vemos de todo y debo ir descartando posibilidades.

– Lo entendemos, agente – concedió Claudia – pero no, era la primera vez, desde que nacieron

los niños, que Miriam se tomaba unos días ella de vacaciones. Su marido viaja mucho y ella es quien se queda a cargo de los niños. Ni siquiera tiene niñera, porque no se fía de ellas.

– ¿Saben a qué hora salió esta mañana?

Las tres se miraron y negaron con la cabeza.

– Estábamos durmiendo cuando se fue. Ayer volvimos de madrugada, y hemos dormido hasta bastante tarde. De hecho, creíamos que seguía durmiendo hasta que, hará un rato, hemos vuelto de dar un paseo y nos hemos dado cuenta de que no estaba en casa.

– ¿A qué hora se han levantado ustedes?

– Yo, que he sido la primera, a las doce y media – respondió Laura.

– Y ella ya no estaba – afirmó el agente.

– Yo no he oído salir a nadie, y hubiera oído la puerta, se lo aseguro, hace un ruido tremendo al cerrarse.

El agente miró su reloj.

– Según nos ha dicho Antonio, esto ha sucedido hará unos tres cuartos de hora. Son casi las cuatro, así que pongamos que ha sucedido sobre las tres, con lo cual podemos suponer que su amiga llevaba más de tres horas fuera de casa.

Un paseo realmente largo.

– Según me comentó, se había perdido –
intervino Antonio – y había estado dando vueltas
hasta llegar a la carretera.

– Eso es muy normal en Miriam – comentó
Sara – No tiene ningún sentido de la orientación.

– ¿Te pareció preocupada o asustada? –
preguntó el otro agente al anciano.

– No, al contrario, iba tranquila y contenta y
parecía estar disfrutando mucho del paseo. Ya se
sabe que a la gente de la ciudad la encanta el
campo.

– ¿Quién se la habrá llevado? – preguntó
Laura en voz baja – ¿y por qué?

– Sé que esto es más fácil de decir que de hacer, pero, por ahora, no se pongan en lo peor. La encontraremos, ténganlo por seguro. Mis hombres ya están investigando y pronto encontrarán alguna pista.

Se hizo un silencio incómodo, roto tan sólo por el sonido de los pasos de Laura, que caminaba arriba y abajo por el salón.

– Pueden confiar en nosotros – reiteró el agente

– Antonio, muchas gracias – agradeció Sara tomándole una mano entre las suyas– si no llega a ser por usted, nadie sabría lo que le ha ocurrido a

nuestra amiga.

– No hay de qué. Lo que siento es no haber podido ayudarla. Lo siento mucho. Pero confíen en Pedro. Son muy buenos agentes, y saben hacer su labor.

– Nos vamos. En cuanto tengamos alguna noticia, nos pondremos en contacto con ustedes y les pido que hagan lo mismo si tienen alguna novedad.

– No se preocupe, les avisaremos – aseguró Sara acompañándolos a la puerta. Cuando hubieron salido cerró tras de sí y se apoyó en ella. Se sentía mareada. Cerró los ojos durante

unos instantes para después volver al salón.

– No puedo creerlo – musitó Claudia – ¡Han secuestrado a Miriam! ¡A Miriam! No puedo creerlo – repitió.

– Con lo miedosa que es – se apenó Laura – Anoche casi se muere del susto en el coche.

Los ojos de Sara se llenaron de lágrimas.

– ¿Creéis que... estará viva?

– ¡Sara, por Dios! –gritó Claudia horrorizada – ¡no digas eso! ¡Ni siquiera lo pienses!

– ¿Y para qué iban a secuestrarla, si no? – gritó Sara a su vez –.

– Puede que se trate de eso que llaman

secuestro exprés – aventuró Laura – Secuestran a las personas en *parkings* y sitios así, y las dejan libres poco después de cobrar.

– Pero nosotras no tenemos dinero – repuso Sara angustiada.

– No, pero quizá los secuestradores creen que sí, al ver que venimos de fuera. De hecho tus padres, Sara, tienen una buena posición económica, y Miriam y Fernando también tienen bastante dinero. No sé cómo, pero quizá han averiguado eso y han cogido a la que han podido – razonó Claudia – No hay otra explicación. En fin, si la hay, pero no quiero ni pensarlo.

– Hay algo peor aún – suspiró Sara.

– ¿Qué?

– ¿Quién se lo va a contar a Fernando?

Se miraron entre sí, desoladas.

– Fernando – repitió Claudia – me había olvidado completamente de él. ¿Y si no se lo decimos por ahora?

– No seas bruta, mujer – protestó Laura –
¿Cómo vamos a hacer eso?

Se hizo un silencio angustioso.

– Lo haré yo – dijo al fin Sara – Tú te derrumbarías, y a Laura no la conoce – cogió el móvil de la mesa – voy a hablar con él.

Sara desapareció en la cocina. Laura y Claudia se sentaron una al lado de la otra en el sofá, preocupadas y nerviosas. Claudia se frotaba las manos entre sí mientras Laura hacía sonar uno a uno todo sus nudillos. Se levantaron del sofá de un salto cuando Sara regresó al salón.

– Viene para acá a toda prisa.

– ¿Y los niños?

– No le he preguntado, supongo que los dejará con su madre o alguna vecina.

– ¿Cómo se lo ha tomado?

– Imagínatelo. Al principio pensó que le estaba gastando una broma. Cuando se ha dado

cuenta de que iba en serio... Pobre hombre.

– Pobrecillo – se compadeció Claudia.

– ¿Qué hacemos ahora?

– Tendríamos que comer – respondió Sara – pero a mí no me entra nada.

– Yo no tengo hambre – terció Claudia.

– Voy a preparar un té o algo caliente – decidió Laura – nos vendrá bien.

– Buena idea.

Tomaron el té el silencio, sentadas alrededor de la chimenea, que chisporroteaba con los rescoldos de un fuego apagado. Fuera de la casa, los copos de nieve revoloteaban movidos por un

viento frío y suave.

– Debí advertírselo – murmuró Sara mirando fijamente su taza de té –debí decirle que no saliera sola.

– No te culpes – la consoló Claudia –¿Quién lo iba a imaginar? Con lo miedosa que es...

– Sí, pero aun así, debí decirle algo..., decirlo algo. No es que este lugar sea peligroso, al contrario, es la primera vez que ocurre algo así, pero..., aunque sólo fuera por el hecho de que se podía perder... – Sara sacudió la cabeza, abatida – maldita sea la hora en que se me ocurrió que viniéramos aquí, maldita sea. Si nos

hubiéramos quedado en Madrid y yo no me hubiera dedicado a hacer planes estúpidos, esto no habría ocurrido.

– Sara, tranquilízate, por favor. Como dice Claudia, no te puedes culpar por algo que no podías prever.

– Lo sé, pero si no hubiéramos venido aquí, no la habrían secuestrado – insistió Sara frotándose las sienes para tratar de aliviar el fuerte dolor de cabeza que sentía – no puedo dejar de pensar en el miedo que estará pasando y me siento culpable por ello.

– Yo ni siquiera la oí salir – se lamentó

Claudia – Cuando me levanté, di por hecho que seguía durmiendo.

– Bueno, ya basta – intervino Laura con firmeza – culparse de lo que hubiéramos podido hacer sólo sirve para hundirnos aún más, y eso no va a ayudar a Miriam.

Sonó el timbre de la puerta. Se levantaron y corrieron hacia ella. Laura abrió la puerta y al otro lado apareció Fernando, abatido. Le invitó a entrar y se sentaron todos en el salón. Laura atizó el fuego y se sentó entre Sara y Claudia. Fernando les contó que había pasado por el cuartel de la guardia civil, donde le habían informado de todo

lo ocurrido.

– Seguro que se resuelve todo en seguida –
intentó consolarle Sara.

Fernando movió la cabeza, apesadumbrado.

– Ha sido culpa mía.

– ¿Qué quieres decir?

– Esta mañana la llamé y discutimos, mejor dicho, tuvimos una gran bronca. Nos gritamos, diciéndonos cosas horribles. Yo estaba desbordado, cuidando de los niños, con el trabajo, la casa..., y se lo eché en cara, acusándola de estar aquí de fiesta y que no era justo y no sé cuántas bobada más – Fernando se

frotó el rostro con las manos en un gesto de abatimiento – La discusión fue subiendo de tono. Perdí el control y le dije que, si de verdad fuera una buena madre, estaría en casa con sus hijos y no aquí con sus amigas. En ese punto gritamos los dos como locos, sin escucharnos, ella lloraba y yo no dejaba de gritarle. Al final, me dijo que volvía a casa. Supongo que fue entonces cuando se marchó. Al poco, me di cuenta de lo egoísta que había sido, y la llamé para decirle que no viniera, que me las arreglaría yo solo. La he llamado un montón de veces, pero no he obtenido respuesta. Después me llamaste tú – hizo un gesto

hacia Sara – y pensé que sería Miriam, que llamaba desde tu móvil porque el suyo se había quedado sin batería, o algo así, pero lo que no me podía imaginar..., ¡Dios! – escondió la cara entre las manos, desesperado. Sara le puso la mano en el hombro, en un intento de consolarle.

– Todo se arreglará – prometió.

– ¿Y ahora? – preguntó Fernando

– Sólo podemos hacer lo que ha dicho la guardia civil, esperar – respondió Claudia –.

– Yo tengo que volver a Madrid – repuso Fernando – he dejado a los niños con la madre de Miriam y dentro de un par de horas tengo que

recogerlos. Ella no sabe nada y los niños tampoco, claro – Fernando se sumió en un silencio angustiado – ¿Y si no vuelve? ¿Qué será de mis hijos?

– Intenta tranquilizarte – le aconsejó Laura, aunque en el momento que Fernando había mencionado a los niños las mismas preguntas habían pasado por su cabeza – ella volverá y todo esto sólo será un mal recuerdo.

– ¿De verdad lo crees así? – Fernando la miró con gran angustia reflejada en sus ojos.

– Por supuesto – afirmó Laura, lejos de sentir la seguridad que intentaba transmitir. Buscó con

la mirada el apoyo de sus amigas.

– Laura tiene razón – terció rápidamente Sara
– todo quedará en un susto.

Fernando se levantó y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo frente a ella, como si hubiera olvidado lo que iba a hacer. Permaneció así unos instantes, hasta que se volvió.

– Si sabéis algo, llamadme – suplicó – sea lo que sea... – tragó saliva – ya sabéis lo que quiero decir.

Las tres asintieron en silencio. Los cuatro sabían que existía la posibilidad de que Miriam no volviera nunca o, aún peor, que su cadáver

apareciera en la sierra unos días más tarde. Pero sentían que decirlo en voz alta le daba mayor verosimilitud a aquella hipótesis y querían mantener la esperanza, cada vez más débil, de que todo quedara en una anécdota. Fernando se enrolló la bufanda alrededor del cuello y salió al jardín. Le vieron subirse al coche y conducir despacio hacia la cancela que daba a la carretera.

– Lo mejor será volver a Madrid – sugirió Sara con voz apagada sin apartar la vista de la ventana.

– ¿Y si Miriam logra escapar y vuelve? – preguntó Laura – ya sé que suena un poco

estúpido – explicó – pero me da no sé qué dejar la casa sola, como si eso hiciera más difícil su vuelta.

– La guardia civil estará pendiente – repuso Sara – por otro lado no creo que, en el supuesto de que escapara, volviera aquí, yo no lo haría. En cualquier caso, yo no quiero estar aquí más tiempo, no puedo soportarlo.

– Puede que tengas razón – admitió Laura – ¿tú qué opinas, Claudia?

– Estoy de acuerdo con Sara. Regresar a Madrid significa volver a la normalidad, y..., en fin, tonterías..., pensaba que si volvemos a la

normalidad, Miriam aparecería como por arte de birlibirloque.

– No son tonterías – replicó Laura sonriendo y acariciándola el brazo con gesto cariñoso – debemos mantener la esperanza, y cualquier cosa que nos la dé, aunque sólo sea volver a Madrid, es válida. La esperanza nunca es tonta.

– Sólo cuando no tiene ningún fundamento – repuso amargamente Sara – y con todas las cosas que se ven por la tele..., no sé hasta qué punto es inmaduro no afrontar los hechos.

– No es inmaduro porque no hay hechos que afrontar – replicó Laura – por ahora Miriam sólo

ha desaparecido. Punto. No hay más. No hay que ser estúpidamente optimistas, pero ponernos en lo peor tampoco nos ayudará, ¿de acuerdo?

Ambas asintieron y Claudia no pudo por menos que admirar la fuerza de ánimo de Laura, su capacidad para no dejarse superar por la situación. Hubiera dado cualquier cosa por tener aquella entereza. Ella se angustiaba ante cualquier adversidad, por pequeña que fuera, sin saber cómo afrontarla y salir adelante, pero ahora la calma de Laura le hacía confiar en que todo se resolvería bien.

Tardaron poco en hacer las maletas. Las

guardaron en el maletero de los coches.

– ¿Os importa si vuelvo sola? – preguntó

Sara – necesito pensar.

– En absoluto.

Sara subió al coche, arrancó el motor, se abrochó el cinturón de seguridad e hizo un gesto a modo de saludo. Su rostro reflejaba aún una gran tristeza y era evidente que seguía considerándose culpable de la desaparición de Miriam. Claudia y Laura se subieron al coche en silencio y tomaron la carretera que las conduciría hasta la autovía. Eran cerca de las cinco de la tarde, por lo que encontraron poco tráfico y, al poco, se alzó ante

ellas la figura del Arco del Triunfo anunciando la entrada a la ciudad, mientras una fina lluvia comenzaba a caer sobre el parabrisas, volviendo el día aún más gris y triste. .

– ¿Dónde vives? Te dejo en casa.

Laura sonrió.

– En la calle Limón.

Claudia asintió. Solía pasear por los alrededores del Cuartel del Conde Duque cuando necesitaba airearse un poco. A los pocos minutos detuvo el vehículo delante del portal de Laura.

– Ya hemos llegado.

Laura asintió. La miró durante unos segundos,

pensativa.

– Claudia, quizá no es el mejor momento para decirte esto pero... no dejes pasar la oportunidad de ser feliz con Marta.

Claudia se frotó la frente, cerrando los ojos, con gesto cansado.

– Ahora no puedo pensar en eso.

– Lo sé, pero no lo olvides, ¿de acuerdo? Te mereces ser todo lo feliz que puedas ser. Lo que le ha ocurrido a Miriam es horrible, pero tú tienes aún una batalla por librar. Marta te esperará, estoy segura, pero no eternamente.

Claudia sonrió con amargura. Las palabras de

Laura, lejos de animarla, le hacían sentirse aún más perdida, alejarse más de su destino y de su felicidad. Tras conocer a Laura y escuchar su historia, se sentía aún más cobarde por no ser capaz de luchar por sus sueños. Ella, a diferencia de Laura, seguía estancada en su charca de lodo y ciénaga, subida en una barca que cada día se hundía un poco más, sin poder hacer más que esperar a que naufragase, momento que cada día sentía a más próximo. No se sintió capaz de confesar sus sentimientos a Laura. No quería defraudarla, por lo que se limitó a asentir antes de despedirse de ella. Al fin y al cabo era una

experta en disimular sus sentimientos. Llevaba tanto tiempo haciéndolo que le resultaba casi imposible identificarlos con claridad. Laura bajó del coche y Claudia arrancó. Al poco, entró en el garaje. Salió del coche y subió en el ascensor hasta su casa. Abrió la puerta, entró y se dirigió a su habitación. Tiró la bolsa al suelo y se echó sobre la cama, con la mirada perdida, sin dejar de pensar en Miriam.

– Al menos podías saludar a tu madre – el tono agrio la sacó de sus pensamientos – cada vez estás más rara hija, ya no eres capaz ni de decir hola a tu madre cuando vuelves a casa. Tú sigue

así, que vas a acabar en una institución mental, te lo he dicho cientos de veces.

Claudia suspiró al escuchar aquella frase, que su madre le repetía casi desde que tenía uso de razón, cada vez que Claudia se metía en su habitación a leer, pensar o simplemente intentar escapar de la verborrea imparable de su madre.

– Creí que no estabas, mamá. Normalmente estás en misa a estas horas.

– Ah, por eso has venido, porque pensabas que no estaría – graznó apareciendo en la puerta.

– Mamá, estoy muy cansada – Claudia se levantó de la cama abrió el armario y buscó una

camiseta vieja y unos pantalones de chándal para vestirse. No se sentía capaz de soportar otra charla de su madre – no tengo ganas de discutir.

– ¿Cómo es que has vuelto tan pronto? Me dijiste que no llegabas hasta el lunes – preguntó, abriendo y cerrando los cajones del aparador, para después rebuscar entre los papeles que había sobre la mesa.

– Cambio de planes.

– No, cambio de planes no. Habéis discutido. Ya te lo he dicho muchas veces, convivir contigo es imposible, con lo rara que eres – Claudia alzó los ojos al cielo al escuchar aquel discurso por

enésima vez – sí, sí, no pongas esa cara. Yo, te soporto porque no tengo más remedio, porque soy tu madre y no tengo más remedio pero a ti, excepto yo, no hay nadie que te soporte, con esa forma de ser, y te vas a quedar sola, siempre sola.

– “¿Y quién te aguantaría a ti?” – pensó Claudia – tus otros hijos han volado de esta casa tan pronto como han podido...” Claudia se preguntó sí misma por qué ella no podía, qué era lo que, de forma invisible, la retenía allí, junto a su madre, a pesar de las críticas, humillaciones y reproches que tenía que soportar a diario.

– De todas formas, no hacía falta que vinieras

– replicó su madre con orgullo – Esta mañana ha venido tu hermano a arreglarme la televisión, y ya puedo ver todos los canales. Tu hermano, ya lo sabes, me llama todos los días, porque no es despegado como tú y, en cuanto le conté que se me había estropeado, vino corriendo a arreglármelo, porque él sabe que la televisión es una de las pocas cosas que me entretiene y me hace feliz.

– “Aparte de entrometerte en mi vida, claro”

– se tumbó de nuevo sobre la cama – Estoy cansada y me gustaría echarme un rato – insistió.

– Ala, pues quédate ahí sola, descansando,

que no puedes estar con tu madre ni cinco minutos, de verdad, qué cruz de hija, si esto se lo contara yo a mis amigas de la parroquia...

Salió dando un fuerte portazo y se alejó refunfuñando por el pasillo. Claudia suspiró aliviada. Buscó el móvil y se sintió decepcionada al comprobar que no tenía ningún mensaje. Se dio golpecitos con el móvil en la barbilla, pensativa. No sabía si llamarla otra vez o no. Dio un par de vueltas por la habitación hasta reunir el valor para marcar el número de Marta. Contuvo el aliento mientras sonaban los tonos de llamada y volvió a saltar el buzón de voz.

– “Mierda” – pensó. Esperó a que terminara la grabación – Marta, soy Claudia. Te llamo otra vez porque... me gustaría hablar contigo, quedar en un café y arreglar las cosas, o, por lo menos, hablarlas. Por favor, dime algo cuando oigas el mensaje. Un beso.

– Claudia – oyó gritar a su madre – Claudia, corre, ven.

Claudia suspiró exasperada, preguntándose cuándo la dejaría en paz.

– Claudia – volvió a llamar su madre – ven, corre – repitió.

Salió de la habitación, asustada esta vez, por

la urgencia que notaba en la voz de su madre, rezando por no tener que volver al hospital. Con el estómago encogido entró en el donde su madre veía la televisión haciendo punto.

– Mamá, qué susto me has dado, pensé que te ocurría algo.

– No, qué manía con que me ocurre algo. Te llamaba porque en el programa este del corazón que estoy viendo ha salido esa chica que era compañera tuya del colegio, la que se casó con ese empresario millonario.

– Sabes que no me interesan esos programas, mamá y no sé ni de quién me estás hablando.

– Claro, como nunca me escuchas cuando te hablo... –refunfuñó su madre.

Claudia se sentó al lado de su madre.

– Mamá, ¿sabes? He estado dándole vueltas a la idea de preparar unas oposiciones.

– ¿Y para qué quieres tú opositar?

– Para tener un trabajo mejor e ingresos fijos.

Ahora, como profesora adjunta en la academia, nunca sé si voy a trabajar el mes siguiente.

Su madre la miró por encima de sus gafas de cerca.

– Pero vamos a ver, hija mía. ¿Cómo vas a sacarte tú una oposición si no eres capaz ni de

ordenar tu habitación? Tú no vales para estudiar, nunca has valido. Y estudiar para ello exige mucha fuerza de voluntad. Acuérdate de que estuviste a punto de dejar la carrera, y lo hubieras hecho de no se por mí, que insistí para que no lo hicieras.

– Mamá, sabes que no quería dejar la carrera, tuve una depresión y estuve medicada, como ahora, ¿recuerdas? Simplemente no podía estudiar.

– Una depresión, ¡ya me gustaría a mí tener tiempo para tener una depresión! Si no estuvieras tanto tiempo allí metida – hizo un gesto en

dirección hacia el pasillo – Aquello no fue una depresión. Simplemente te entró la manía de dejar la carrera y punto. Y si casi no terminas la carrera, ¿cómo vas a aprobar una oposición?

– ¿Y por qué no intentarlo?

– Hija, esto te lo digo por tu bien. Tú haz lo que quieras, ponte a estudiar, gástate el dinero en libros y clases pero, al final, no las vas a sacar porque no sirves para estudiar. Siempre habrá ricos y pobres, gente que tiene buenos trabajos y gente que no. Y tú eres de las personas que no puede optar a un puesto de funcionario ni a un buen trabajo y ya está.

– Buscaré un trabajo mejor, entonces – replicó Claudia.

– Primero debes adelgazar – repuso su madre – acuérdate de la última entrevista que hiciste para ser profesora en una academia. No te cogieron y ya te dije que fue por lo gorda que estás.

– Mamá, hablas de mí como si me sobraran cuarenta kilos, y no es así. No estoy obesa. Tan sólo me sobran cinco o seis kilos. Y, como ya te expliqué, no me contrataron porque no había vacantes disponibles. Aún me siguen llamando para hacer sustituciones cuando hay una vacante.

Su madre se encogió de hombros.

– Tú haz lo que quieras. La que se va a estrellar eres tú. Pero conmigo ya no cuentas. Yo ya te he pagado los estudios y me cuesta mucho dinero mantenerte, demasiado, como para ahora pensar en dejar de trabajar y dedicarte a estudiar oposiciones.

– Mira mamá – Claudia estaba harta de oír aquel discurso sobre el dinero que su madre se había gastado en su educación. Había costado la carrera tanto a ella como a sus hermanos, incluso en centros privados, pero sus reproches sólo se centraban en ella – No he dicho en ningún

momento que vaya a dejar de trabajar, sólo te he preguntado que qué te parecía que preparara unas oposiciones. Pero ya me lo has dejado claro, no te preocupes.

Claudia se levantó del sillón, se fue a su cuarto, cerró la puerta y se sentó en la cama con los ojos llenos de lágrimas. Se maldijo a sí misma por ser tan tonta, por haberle confiado a su madre su idea. Nunca había obtenido el menor apoyo por su parte, y, aunque cada vez esperaba que fuera diferente, el resultado era siempre el mismo. Se preguntó por qué continuaba haciéndolo, por qué seguía esperando oír

palabras de aliento y ánimo en boca de su madre, aun sabiendo que nunca llegarían. Una y otra vez cometía el mismo error. Estaba claro que algo no andaba bien en su cabeza, algo que no podía controlar y que la empujaba a esperar de su madre un apoyo y un cariño que nunca obtendría.

Se secó las lágrimas, dispuesta a no derramar ni una lágrima más. El móvil comenzó a sonar y su corazón empezó a latir rápidamente cuando vio el nombre reflejado en la pantalla.

– ¿Diga?

– Claudia, soy Marta – la voz al otro lado sonaba grave y sombría, llena de desánimo – he

oído tus mensajes. Podemos quedar hoy a las nueve en el Café Comercial ¿de acuerdo?

– Claro – asintió Claudia tragando saliva, sintiendo su corazón latir de nuevo al escuchar la voz de Marta – a las nueve me parece bien.

– Hasta luego entonces.

Claudia esperó unos momentos. Esperaba oír algo más una frase que la diera esperanza, pero Marta permaneció en silencio.

– Hasta luego – musitó y colgó.

La puerta se abrió de golpe y su madre entró en la habitación. Claudia sintió ganas de gritar, al tiempo que notaba una opresión en el pecho que

casi le impedía respirar.

– ¿Vas a cenar en casa?

– No, creo que no.

– ¿No eres capaz de pasar unas horas con tu madre?

– “Llevo treinta y cinco años a tu lado, ¿no te parecen suficientes?” – quiso gritar. En lugar de ello se escuchó a sí misma murmurar una disculpa

– Lo siento, mamá, tengo cosas que hacer.

– Desde luego..., mis amigas de la parroquia me dicen siempre que tengo mucha suerte por estar viviendo con mi hija, pero si ellas supieran la realidad.... Cada día estás más rara, hija mía.

– Sí, mamá.

– Tú sigue así. Estás loca y no te das ni cuenta. Lo que me tendrás que llorar algún día.

Claudia permaneció en silencio. La conocía suficientemente bien como para saber que la única forma de conseguir que la dejara tranquila era no caer en ninguna de sus provocaciones. Su madre, enfadada por el silencio de Claudia, recogió un vaso de agua del escritorio.

– Y tú quieres hacer unas oposiciones. ¡Mira como tienes esto! Manuel, el vecino, el que se hizo Notario era un chico muy ordenado. ¡Por eso pudo estudiar! Pero tú..., ay hija mía.

Sieeeeeempre llena de fantasías, siempre con pájaros en la cabeza, pero nunca lograrás nada, con esa abulia que tienes, porque eso es lo que eres, una abúlica.

Claudia cerró los ojos y apretó los dientes para no contestar. Las palabras de su madre la herían en lo más profundo, pero, como siempre, no se atrevió a replicar. Tenía la sensación de que, si lo hacía, desataría una ira que no podría controlar, capaz de remover los cimientos de la casa, y al mismo tiempo le paralizaba la idea de que su madre sufriera un infarto por su culpa

– Ya me voy. Sé perfectamente cuando

quieres echarme. Qué burra eres hija, qué burra eres.

En cuanto salió de la habitación Claudia se levantó de la cama y echó el pestillo. Después abrió el armario y buscó algo que ponerse para su cita con Marta. Quería ponerse guapa, pero no demasiado, y, sobre todo, quería abrazarla y decirle cuánto la quería y cuánto la había echado de menos. Sintió un nudo enorme en el estómago al pensar en cómo pedirle que volvieran a estar juntas, que olvidara todo lo ocurrido aquel día en el Parque del Retiro, cuando, después de un largo paseo bajo los árboles, mientras descansaban en

un banco, Marta le confesó lo enamorada que estaba de ella, lo bien que se sentía cuando estaban juntas. Claudia había respondido que a ella le ocurría lo mismo. Se cogieron de las manos, se besaron, pero el pánico la invadió. Si alguien conocido las veía juntas, iría inmediatamente con el cuento a su madre. Se imaginó rechazada por sus amigos y familiares, repudiada por ser diferente. Y el miedo pudo más que el amor. Con los ojos llenos de lágrimas, le dijo entonces que, a pesar de todo, su relación era imposible, que no sería capaz de vivir escondiéndose, mintiendo en el trabajo... y sintió

cómo se le rompía el corazón en mil pedazos cuando vio las lágrimas rodar por las mejillas de Marta, cuando ésta le rogó que lo meditara, cuando le aseguró que juntas lo lograrían. Claudia, llorando también, repitió que no era posible. Lloró más amargamente de lo que había llorado nunca. Desde aquella tarde, hacía ya dos meses, no había vuelto a ser ella misma. Marta se había llevado un pedazo de su alma, y sin aquel pedazo, Claudia no podía vivir.

Recordaba vagamente haber vuelto a casa, discutir de nuevo con su madre, y encerrarse en su habitación a llorar, maldiciéndose y odiándose a

sí misma. Su mundo se había derrumbado.

Sin embargo, conocer a Laura le había dado una nueva esperanza. En su interior, sentía una pequeña fuerza que la impulsaba a saltar del barco sin timón en el que se había convertido su vida. Marta era su faro, y tenía que recuperar su luz.

Terminó de vestirse y se tomó un antidepresivo. Desde su ruptura con Marta había vuelto a tomarlos habitualmente para encontrar la fuerza para levantarse cada mañana y, cada, día, morir un poco más.

Se maquilló en tonos suaves y miró su reloj.

Faltaba media hora para las nueve. Calculó que tardaría unos veinte minutos en llegar, por lo que se dio los últimos retoques y salió de la habitación.

– Hasta luego, mamá – se despidió, poniéndose el abrigo. Su madre no contestó, aunque Claudia sabía que estaba en el salón porque podía escuchar el continuo entrecuchar de las agujas mientras su madre tejía un jersey para Dios sabía quién. Claudia se encogió de hombros y salió a la calle. Hacía frío y un viento cortante la golpeó la cara. Sintió un escalofrío y se sintió culpable al darse cuenta de que, con la cita de

Marta, no había vuelto a pensar en Miriam. Caminó a paso rápido con las manos metidas en los bolsillos. La apartó de su pensamiento concentrarse en lo que iba a decirle a Marta, prometiéndose que después de hablar con ella, llamaría a Sara para preguntarle si sabía algo nuevo. Se detuvo de golpe y un chico que caminaba detrás chocó contra ella, lanzándole un improperio. Claudia se disculpó y se echó a un lado. Le fallaban las piernas, y, según se aproximaba al café, se sentía más y más asustada. ¿Y si Marta había conocido a otra mujer? Era una mujer muy guapa, inteligente y tenía un sinfín de

cualidades, y Claudia sabía que cualquiera se enamoraría de ella al instante. Se obligó a continuar andando. No era momento de asustarse, se dijo. Por una vez, confiaría en que todo saliera bien.

Llegó ante la fachada del café donde, a través de los ventanales, la vio sentada en una mesa cerca de un rincón. Vestía un jersey color frambuesa de cuello alto que la favorecía mucho. Claudia abrió la puerta y caminó hacia la ella.

– Hola – saludó intentando que no la temblara la voz – estás muy guapa.

– Me gustaría decir que tú también, pero

tienes un aspecto horrible – repuso Marta – perdona, no quise decir eso. Pareces cansada.

– Tú en cambio estás muy guapa.

– Eso ya lo has dicho.

– Sí, perdona, es que..., estoy nerviosa.

Marta la contempló en silencio durante unos instantes. Claudia olfateó su perfume, aquel aroma tan suave y familiar que tanto le gustaba y sintió que la transportaba a años luz de allí, juntas, felices...

– ¿Qué querías decirme? Aquel día lo dejaste todo bien claro.

Claudia asintió y después negó con la cabeza.

– Sí, es decir, no. Quería decirte que..., que..., cometí un gran error al decirte que no ..., me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti – Claudia intentó coger la mano de Marta que reposaba sobre la mesa, pero ésta la apartó con un gesto rápido. Claudia tragó saliva – entiendo que estés enfadada, incluso que me odies, pero quería decirte que te quiero y que quiero estar contigo.

Marta la miró, pensativa. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

– Yo también te quiero – respondió y la esperanza llenó el corazón de Claudia – pero...

– ¿Pero?

– Pero tengo miedo, Claudia. Me está costando mucho superar nuestra separación, y..., no quiero volver a pasar por esto otra vez. Mejor dicho, no podría pasar por esto otra vez. Además, ¿A qué viene este cambio?

– Este fin de semana he estado con mis amigas, Sara y Miriam, ya las conoces – Marta asintió – y vino también Laura, que trabaja para Sara.

– ¿Y?

– Laura, que está casada con una chica, me contó su historia, lo que ha sufrido, lo que han

luchado, y pensé en nosotras, en qué coño estábamos haciendo.

– Querrás decir en qué coño “estabas haciendo” – puntualizó Marta – no fui yo quien se acobardó.

– Tienes razón, fui yo. Pero lo he meditado mucho y me gustaría que volviéramos a estar juntas. Siento mucho haberte hecho daño, no imaginas cuánto.

Marta no respondió y bajó la mirada. Suspiró profundamente.

– No lo sé.

– ¿Qué es lo que no sabes? Te he dicho que te

quiero y que quiero estar contigo.

– ¿Aún vives con tu madre?

– Sí, pero ¿qué importancia tiene?

– Mucha – la voz de Marta estaba llena de tristeza – porque, en el fondo, nada ha cambiado.

– ¡Sí! –gritó Claudia – ¡claro que ha cambiado! – bajó la voz, al percatarse de que las miraban desde otras mesas – ¿Por qué crees que estoy aquí, si no fuera así?

– Realmente, no lo sé. Sé que la historia de esa chica te ha llegado muy hondo, pero tengo miedo de que todo sea sólo un espejismo y que, dentro de un tiempo, vuelvas a poner lo que

piensen los demás por delante de mí o decidas que la salud de tu madre es más importante que nuestra felicidad. Sé que el camino que tenemos por delante no es fácil. Es duro tener que callar en el trabajo o no poder cogernos la mano en cualquier lugar, como haría cualquier pareja, tener familia y, cuando los obstáculos se acumulen, me dirás de nuevo que lo nuestro no es posible, que te lo has pensado mejor o algo por el estilo y que lo nuestro no es posible.. Y yo no podría volver a afrontar que la persona de quien me he enamorado y que dice quererme tanto no tenga valor para luchar por mí, por estar conmigo.

Lo siento.

Claudia se echó a llorar.

– Pero, pero, no lo entiendo, yo..., yo...

– ¿Se lo has dicho a alguna de tus amigas?

¿Alguna de ellas sabe que estás enamorada de una mí? ¿O que existo? ¿Has pensado en mudarte de casa de tu madre?

Claudia negó con la cabeza entre lágrimas.

– Lo siento, Claudia. Sé que no se puede tener la seguridad completa de que lo nuestro no va a terminar, pero sí me gustaría, al menos, tener la certeza de que puede empezar y no me das ninguna base para creerlo. Lo siento. Lo siento de

verdad, no te puedes imaginar cómo – su voz se ahogó con un sollozo.

– Marta, por favor, déjame demostrarte que tenemos futuro juntas. Por favor, dame otra oportunidad, por favor – suplicó tomándola de la mano.

Marta se detuvo un momento y, vacilante, la miró. Deseaba creer que todo lo que decía era verdad, pero tenía miedo que Claudia volviera a destrozarle el corazón. Prefería resignarse al hecho de que, por mucho que se amaran, nunca podrían estar juntas.

– Lo siento – musitó Marta. Sonrió

débilmente – Siempre te llevaré en mi corazón.

Se levantó y salió del café. Claudia escondió la cara entre las manos y lloró con fuerza. Por un momento, se había sentido tentada de decirle a Marta que no volvería a hacerla sufrir, pero no había sido. Decirle aquello era mentirla y mentirse a sí misma. En el fondo de su corazón, por mucho que odiara admitirlo, Marta tenía razón. Y, porque lo sabía, no salió corriendo tras ella. En lugar de ello, se quedó sentada, viendo como el gran amor de su vida desaparecía para siempre tras las puertas de un café.

Se olvidó de donde estaba, sin reparar en que

las miradas de todos los demás clientes estaban fijadas en ella. No podía dejar de llorar y se sentía incapaz de levantarse de la silla, tanto que tenía la sensación de que nunca más podría volver a ponerse en pie. El mero hecho de salir de allí se le antojaba un esfuerzo terrible. Se sentía mareada, con ganas de vomitar y a duras penas podía respirar. No supo cuánto tiempo estuvo allí. Finalmente, encontró las fuerzas para poner un billete de diez euros sobre la mesa y salir del local. Caminó sin rumbo por la ciudad, maldiciéndose por no haber tenido valor para correr detrás de Marta, sintiendo crecer el vacío

en su interior, notándolo más y más pesado. Por fin, agotada de llorar y caminar, se sentó en una parada de autobús.

Estaba anocheciendo y las luces de la ciudad comenzaban a parpadear débilmente, el tráfico se hacía más denso y las aceras se iban llenando de transeúntes deseosos de llegar a sus casas. No se movía, tan sólo permanecía con la mirada perdida, ignorando del paso de los autobuses que, uno tras otro, abrían y cerraban sus puertas frente a ella, sin prestar atención a la gente que subía y bajaba. Miró su reloj. Era casi media noche. Se levantó y, caminando despacio, volvió a su casa.

Cuando llegó junto a los escalones del portal, sintió que la invadía una rabia infinita que a duras penas lograba contener. Deseó tener un mazo entre las manos para demoler aquel maldito edificio de ocho plantas en el que vivía desde el día en que nació, para así hacer desaparecer todos los malos recuerdos que la acompañaban desde su infancia. Mientras subía los escalones se maldijo por no tener una casa propia ni un buen trabajo. Sintió rabia y pena de que su vida fuera como era. Se maldijo a sí misma una y mil veces por su cobardía, por su falta de capacidad, deseando con toda su alma que las cosas hubieran

sido diferentes.

Se detuvo frente a la puerta con la llave en la mano. Abrió y cruzó el recibidor intentando no hacer ruido.

– ¡Podías haber avisado de que venías tan tarde! – oyó gritar a su madre desde el dormitorio – pero a ti no te importa nada si tu madre sufre o no – la voz de su madre se iba acercando por el pasillo, acompañada del chirrido de sus zapatillas de goma en el parquet – eres una egoísta, que sólo piensas en ti misma. ¿No podías haberme llamado?

– Ahora no, mamá, por favor.

– Déjame, déjame en paz..., no sabes decir otra cosa. Bien dejada estás, hija mía, bien dejada estás. No me meto en tu vida, no te...

– ¿Qué no te metes en mi vida? – explotó Claudia temblando de rabia – ¿Qué no te metes en mi vida? ¡Pero si no sales de ella, joder!, No dejas de seguirme todo el puto día, si duermo, si no duermo, si como, si no como, si voy, si vengo... ¡Déjame en paz de una vez!

– Tú estás loca – bramó su madre – estás completamente loca. Te hago una pregunta y te pones a gritar como una loca a las tantas de la mañana, que van a venir los vecinos creyendo que

pasa algo. Siempre has sido igual de bruta y vas a terminal mal, porque tú estás desequilibrada.

Claudia cerró los ojos e inspiró con fuerza.

Se sentía punto de perder el control.

– Mamá, sal, por favor.

– ¿Me estás diciendo que salga de una habitación de mi casa? Porque esta es “mi casa” – recalcó, poniendo el acento en el “mi” – ¡No lo olvides! Si estás aquí porque yo dejo que estés y, si no te gusta, ya sabes lo que tienes que hacer.

– Mamá, sólo quiero estar un rato a solas.

– Un rato, un rato – repitió su madre con desdén – En las familias normales, las hijas y las

madres están juntas, se hablan. Pero no, tú siempre aquí, escondida en tu cueva. No te haces una idea de los disgustos que me das. Ya te lo he dicho muchas veces. El cáncer que tuve me ha dado por todos estos disgustos y – comenzó a jadear – vas a conseguir que me suba la tensión, y sólo porque quiero charlar un rato contigo. Hija, no tienes corazón. Siempre has sido una egoísta y no te das cuenta de la preocupación que tengo contigo, de la angustia que me da pensar qué va a ser de ti cuando yo no esté.

Se sentó en la cama, llevándose la mano al pecho.

– Ay – gimió, ay, qué dolor.

Claudia se asustó al verla palidecer. La imagen de su madre desplomándose en el suelo apareció ante sus ojos.

– Lo siento, mamá – murmuró – No te pongas nerviosa – continuó cogiéndola del brazo – vamos al comedor. Respira tranquila, así, despacio. Verás como enseguida te encuentras mejor.

Su madre sonrió casi imperceptiblemente. Ambas entraron en el comedor y se sentaron en el sofá. Su madre se echó una manta sobre las piernas y encendió la televisión, pero Claudia apenas podía prestar atención al programa. No

dejaba de darle vueltas a su conversación con Marta, a la idea de que la había perdido para siempre. Pero, en lugar de poder llorar o expresar su pérdida se veía obligada a estar allí, sentada al lado de su madre, para ver un ridículo programa de televisión que no le interesaba lo más mínimo. Sabía muy bien su madre no necesitaba compañía, porque cuando estaban juntas, apenas le dirigía la palabra, si no era para criticar a alguno de los personajes que aparecían en la pantalla, al gobierno, o a alguna vecina. No, su madre disfrutaba de tenerla allí, controlada y sometida, sabedora del poder que tenía sobre ella. Sintió la

rabia de nuevo bullir por dentro, rabia contra su madre por obligarla a quedarse a su lado, rabia contra Marta por haberse ido pero, sobre todo, rabia contra sí misma por no ser capaz de romper con todo. Pero sabía que, si lo hacía, si se marchaba, su madre sufriría un infarto y no se sentía capaz de cargar con aquella culpa el resto de su vida.

Intentó concentrarse en el programa, sin conseguirlo. Sólo quería llorar, llorar y desaparecer, pero para lograrlo necesitaría un milagro, una especie de Hada Madrina como la de la Cenicienta, que pudiera cambiar su vida con

tan sólo dos toques de su varita mágica. Pero sabía que aquello no sucedería. Hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza. Sabía que, año tras año, hasta el día de su muerte, todo seguiría igual. Contuvo las lágrimas que pugnaban por rodar por sus mejillas y, durante la publicidad, fue a su habitación y se tragó otro antidepresivo. Había perdido la cuenta de cuántos había tomado aquel día, pero lo necesitaba. Volvía a sentirse en el fondo de un pozo del que no lograría salir jamás.

CAPITULO VI

Eran las seis de la mañana cuando Laura se despertó al día siguiente. Bostezó ampliamente y se acurrucó entre las sábanas, deseando dormir un rato más. Cuando ya cerraba los ojos y decidió

levantarse, para llegar pronto. En media hora estuvo lista y salió hacia las oficinas de la tienda de Sara. Siempre que tenía mucho trabajo, le gustaba llegar temprano y trabajar en el silencio de la madrugada, antes de que llegaran sus compañeros. Una vez allí, se sentó a su mesa, encendió el ordenador y comenzó a pasar el borrador del informe financiero que Sara necesitaba de cara a la apertura de la sucursal de Nueva York.

Llevaba trabajando casi dos horas cuando alguien llamó a la puerta del despacho, al tiempo que la abrió y entró Patricia, la asistente personal

de Sara. Traía un paquete en la mano.

– Hola, buenos días, madrugadora – sonrió –
¿te pongo un café?

– Me salvarías la vida – sonrió Laura a su
vez.

– Han traído esto para Sara – dejó un
pequeño paquete envuelto en papel marrón sobre
la mesa – lo acaba de traer un mensajero.
“Máxima prioridad” ha dicho – remedó en tono
burlón – No puedo quedarme porque me han
llamado de la guardería diciéndome que el niño
tiene fiebre y tengo que ir a por él. ¿Te importaría
dárselo tú?

– En absoluto, si antes de irte me pones ese café.

– Hecho.

– Espero que tu hijo esté bien.

Patricia asintió.

– Sí, lleva unos días acatarrado, y de vez en cuando le da fiebre. Ahora vengo.

Regresó a los pocos minutos llevando una bandeja con un café humeante y una magdalena.

– Eres un ángel – sonrió Laura.

– Ya lo sé – sonrió burlona – dile a Sara que le he dejado todas las citas apuntadas en la agenda, y que lo siento mucho. Me largo pitando.

– Tranquila, yo se lo digo.

Laura quitó el papel a la magdalena y se la comió mientras bebía el café a pequeños sorbos. Cuando terminó, apartó la bandeja y continuó con su trabajo. Al cabo de un rato oyó la puerta del despacho de Sara y se levantó para darle el paquete, porque no quería olvidarlo.

– Buenos días – saludó golpeando la puerta con los nudillos.

– Hombre, eso de buenos... – replicó Sara – Patricia se ha ido, y sin ella esto es un caos y, por si fuera poco, Óscar ha llamado diciendo que tiene la gripe y que no va a venir, así que si antes

estábamos apretados con lo de Nueva York, ahora vamos fatal.

– No te agobies, podremos con ello – la tranquilizó Laura – Ah, me ha dejado esto Patricia para ti – la tendió el paquete.

– ¿Qué es?

Laura se encogió de hombros.

– Según el mensajero que lo trajo, “gran prioridad”, o algo así. Quizá sean los folletos de la imprenta.

– Lo que me faltaba, malas noticias, seguro. Y con lo de Miriam, no he podido pegar ojo en toda la noche – suspiró frotándose los ojos.

Laura asintió.

– A mí también me costó mucho dormirme. Es una pesadilla.

– Lo sé, yo siento lo mismo. Me siento culpable al preocuparme por el trabajo estando ella en esa situación, pero, por otro lado, no sé qué otra cosa puedo hacer. Necesito dejar de pensar en ella o me volveré loca.

– Es lo único que podemos hacer por ahora. Obsesionándonos no vamos a ayudarla.

– O quizá sea lo más egoísta. Quizá deberíamos estar haciendo batidas por la sierra, buscándola.

– Lo está haciendo la guardia civil de montaña – recordó Laura – La encontrarán, seguro.

Sara sonrió.

– ¿De dónde sacas esa seguridad?

– Intento confiar en que todo saldrá bien.

– ¿Y, cómo lo sabes?

Laura se encogió de hombros.

– No lo sé, simplemente confío. Es mejor que no hacerlo.

– Sí, eso es verdad – encendió el ordenador – voy a ver el correo y luego vemos las cifras de New York, dentro de– consultó su reloj – hora y

media, ¿de acuerdo?

– Como quieras.

Sara se sentó a su mesa y abrió el correo electrónico. Tenía más de ciento cincuenta mensajes de proveedores, distribuidores, publicistas..., le llevó un buen rato leerlos y responderlos todos. Cuando terminó, se masajó el cuello dolorido. Sus ojos se posaron sobre el paquete, del que se había olvidado por completo. Rasgó el papel y abrió desmesuradamente los ojos al comprobar lo que había envuelto. Lo cogió y salió corriendo hacia el despacho de Laura como una exhalación.

– ¡Qué susto me has dado! ¿Qué ocurre?

– Mira, el paquete – jadeó Sara, blandiendo una pequeña agenda negra ante los ojos de Laura.

– ¿Eso es lo que había dentro? ¿Una agenda?

– No una cualquiera. Es la agenda de Miriam, la que siempre lleva a topas partes.

Laura abrió la boca, estupefacta. Se la arrebató a Sara de las manos y la hojeó con rapidez.

– Ya la he mirado. No tiene más que anotaciones de citas, sobre todo de cosas de sus hijos, médicos, cumpleaños y cosas así. Lo que no entiendo es qué hace aquí y quién la ha

enviado.

Laura continuaba hojeándola. Soltó un grito ahogado al detenerse en una página.

– ¿Qué día es hoy? – preguntó alterada.

– Tres de diciembre.

– Mira.

Laura le mostró la agenda abierta por la hoja de ese día. Sara la miró, aturdida.

– Dice..."tres de diciembre. Sara, Claudia, Laura, Miriam. 16:30 Fuente de los Baños de Diana”

– ¿Fuente de los baños de Diana? ¿Qué diablos es eso?

Sara se encogió de hombros.

– Miriam pudo escribir esa nota hace mucho tiempo.

– Claro, y que hoy sea día tres de diciembre y que la agenda haya llegado hoy con una nota para hoy también es una coincidencia, ¿no? – preguntó Laura arrastrando la “o” de hoy – eso, sin tener en cuenta que, cuando os fuisteis, Miriam ni sabía que yo existía. Pero supongo que sí, que no es más que una coincidencia.

– Vale, vale, no hace falta ser tan sarcástica – Sara sacó el móvil del bolsillo – Llamaré a Claudia. Quizá sea una pista

importante.

Sara le explicó lo ocurrido. Tuvo que repetírselo varias veces, porque Claudia parecía no entender lo que le contaba. Claudia prometió estar allí en media hora pero tardón tan solo veinte minutos en reunirse con ellas.

– Creo que lo mejo sería hablarlo delante de un buen desayuno – propuso Laura antes de que Claudia abriera la boca – ¿Os apetece tomar algo?

Sara y Claudia asintieron y, al poco, estaban las tres sentadas en una cafetería próxima a la oficina, donde podrían hablar con comodidad.

Era temprano y el local estaba prácticamente vacío, tan sólo ocupado por un par de hombres enfundados en monos azules tomando café y una mujer que jugaba en una máquina tragaperras, mientras el camarero veía distraídamente la. Pidieron tres cafés y tres croissants con mantequilla y mermelada y le contaron a Claudia todo lo relacionado con la agenda.

– Sí que es raro – comentó Claudia untando su croissant – como decís, Miriam no sabía que estarías allí – señaló a Laura – y no tendría sentido pensar que lo apuntara después; estando las cuatro juntas y nos lo hubiera dicho en

lugar de escribirlo.

– Sí, por eso creo que lo importante ahora es saber dónde está la fuente esa que ponía en la agenda.

– ¿Por qué?

– Si en la agenda dice que hoy tenemos que estar allí a la cuatro, estaremos allí a las cuatro – afirmó Sara.

– Quizá sea una trampa. Puede que lo hayan escrito los secuestradores, no sé, y nos estén allí esperando – advirtió Laura.

– Las dos podéis tenéis razón – terció Claudia – pero creo, como Sara, que deberíamos

ir. Es la única pista que tenemos por ahora.

– De acuerdo, pero no me negaréis que todo esto es muy raro y, más aún, el hecho de que la haya traído un mensajero. Creo que lo mejor sería dejarlo en manos de la policía – replicó Laura – Ir allí podría ser peligroso – insistió.

– ¿Qué propones, entonces? ¿Qué nos quedemos aquí sentadas y continuemos con nuestra vida como si no hubiera ocurrido nada? – se enfadó Sara – entiendo tus reservas, pero imagina por un momento que perdamos la oportunidad de ayudar a Miriam. Por favor, Laura. En la cita dice bien claro que debemos ir

las tres – puntualizó dando golpecitos en la mesa.

Laura la observó durante unos instantes.

– De acuerdo, visto así, tienes razón.

Sara sacó su *Iphone* del bolsillo y entró en Google, tecleando después el nombre de la fuente.

– ¡Vaya! – exclamó sorprendida – resulta que es una de las fuentes de La Granja de San Ildefonso. He estado allí un montón de veces y no tenía ni idea de que una de ellas se llamaba así. Mirad, aquí hay una foto.

Mostró el móvil a sus amigas, agrandando la foto, que llenó la pantalla. En ella se podía ver un cuadro escultórico de mármol

cuyo cuerpo central lo formaba una hornacina, coronada por un gran jarrón con guirnaldas de flores, delante de la cual destacaba una gradería de mármol en la que varias estatuas representaban la salida del baño de Diana, acompañada por varias ninfas que la secaban y perfumaban. Resguardada dentro de la hornacina podía apreciarse la escultura de un hombre que tocaba una larga flauta y, dando forma a diferentes los surtidores de la fuente, multitud esculturas de ninfas, cisnes, perros, y ciervos, repartidos por todo el espacio de la fuente.

– Es realmente bonita – comentó Laura –

Yo también la he visto muchas veces y no tenía ni idea de que fuera la fuente de Diana.

– “Acteón, hijo de Aristeo y de Autonae

– Sara había comenzado a leer el texto bajo la foto – Sus aficiones eran cazar y tocar la flauta.

Un día caluroso, después de haber cobrado numerosas piezas, se reúne con sus compañeros y descansan. Cerca de allí estaba el valle de Gargalia, donde habitaba Diana. Aquel día Diana, sudorosa y cansada, llega al valle con sus ninfas y, para refrescarse, se dispone a darse un baño. Acteón, después de descansar, se separa de sus compañeros, para ir a tocar la flauta. Abstraído

por sus notas, vagando por el bosque y seguido por sus perros, desemboca en el remanso del río donde Diana se estaba bañando desnuda. Las ninfas gritan sorprendidas. Diana ve al intruso e indignada le lanza agua a la cara para convertirle en ciervo, tras lo cual Acteón es devorado por sus propios perros”.

– Vaya con Diana – comentó Laura – no se andaba con chiquitas.

Sara se echó a reír.

– Es mitología. Ya sabes que los dioses, a veces, tienen muy mala idea.

– Ja, ja – replicó Laura.

– Bien, pues allí es donde tenemos que ir, aunque espero que no nos convirtamos en ciervas y nos devoren los perros... – musitó Claudia.

– La historia no resulta muy alentadora – musitó Laura.

– Decidido, entonces – intervino Sara, temiéndose que Laura cambiara de opinión – nos vamos para allá y a las cuatro y media estaremos en la fuentecita esa. Y después... ya veremos.

– ¿Alguna ha pensado en lo que haremos

cuando lleguemos a la fuente? – preguntó Sara, ya en el coche, camino de La Granja.

– Esperar a que ocurra algo. No se me ocurre nada mejor. Aunque sigo pensando que esto es una locura – reiteró Laura.

– Eso ya está hablado – replicó Sara exasperada – No vamos a echarnos atrás ahora. Esto lo tenemos que hacer por Miriam y se acabó la discusión.

– Estás muy callada, Claudia, ¿estás bien? – preguntó Laura girándose ligeramente hacia el asiento trasero.

Claudia asintió.

– Sí, pensaba en Miriam – mintió, y sus ojos se llenaron de lágrimas. No había de dejado de darle vueltas a su conversación con Marta la noche anterior y había pasado la noche en blanco. Esperanzada, había saltado de la cama al escuchar el pito del móvil, y, al oír el mensaje, aunque decepcionada, se alegró de tener una excusa para salir casi corriendo de aquella casa.

– Creo que ése es el desvío para la Granja – indicó a Sara, intentando desviar el tema. Miró a Laura y bajó la vista, avergonzada. Temía que la despreciara al enterarse de lo sucedido.

Sara redujo la velocidad y el coche entró en el

desvío. Al poco tiempo llegaban a La Granja de San Ildefonso. Detuvieron el vehículo en un aparcamiento cerca de los jardines.

Fuera del coche, no pudieron por menos que detenerse a disfrutar de la visión de las callejuelas empedradas y estrechas, los amplios portones de las casas, las tiendas de cristalería llenas de turistas, sintiéndose transportadas a otra época, una época en que la vida tenía otro ritmo, otra cadencia, otros sonidos y otros silencios.

Caminaron despacio hacia los jardines. Claudia tenía un vago recuerdo de ellos, pues los había visitado cuando era niña, y se quedó sin

respiración al ver la imagen de los árboles que flanqueaban el sendero de entrada cubiertos de nieve, dándole al paisaje una belleza tranquila y silenciosa y, en cierto modo, un poco amenazadora. Asustada, se arrebujó en su abrigo y corrió junto a Sara.

Afortunadamente, era la época en la que las fuentes permanecían secas, por lo que pudieron recorrer las fuentes sin la presencia de los miles de turistas que, habitualmente, se acercaban a contemplar el impresionante espectáculo de aquellas fuentes llenas de vida, con el agua jugueteando entre sus recovecos o saliendo

disparada por los surtidores. Fueron de una a otra, buscando la de los baños de Diana, hasta que dieron con ella. El blanco de la nieve que cubría las estatuas contrastaba con el oscuro color de las figuras, haciéndolas parecer casi vivas y parecía que, de un momento a otro, se desperezarían y protestarían por haber sido molestadas en una tarde silenciosa como aquella.

– No veo nada que pueda estar relacionado con Miriam – la voz de Laura sonó atronadora en medio de aquel silencio.

– Yo tampoco – corroboró Sara, examinando

las estatuas con detenimiento. Laura y Claudia caminaron arriba y abajo alrededor del borde, pasando las manos bajo él. Sara se detuvo, desalentada.

– Quizá hayamos entendido mal la pista – sugirió Claudia – Aquí no hay nada.

– No – replicó Laura – la cita lo decía claramente. Hoy a las cuatro y media.

De la nada apareció un coche negro que se acercó lentamente y se detuvo a poca distancia de la fuente. Inquietas, las tres mujeres se ocultaron detrás de los surtidores. Se quedaron boquiabiertas cuando, pasados unos segundos, se

abrió la portezuela trasera y Miriam bajó del auto.

– Sabía que entenderíais la nota – sonrió.

– ¿Qué demonios...? – comenzó Sara. Claudia la interrumpió corriendo hacia Miriam y abrazándola con fuerza.

– ¿Estás bien? – preguntó angustiada, alejándose de ella y observándola – tienes buen aspecto. ¿Te han soltado?

– ¿O te has escapado? – inquirió Laura, abrazándola también.

– Dadme un momento y os lo explicaré todo.

Miriam se alejó en dirección al coche negro.

Mantuvo una breve conversación con el conductor y el auto se alejó hasta ocultarse tras unos árboles cercanos. Volvió junto a ellas.

– Antes de nada, quiero pedir os perdón por el susto que os he dado.

– ¡Pero si te secuestraron! – se asombró Sara – no tienes que disculparte por nada. Tan sólo estás sufriendo el síndrome...

– No. Déjame hablar, Sara, o no podré explicároslo – replicó Miriam. Nerviosa, tomó aire – Nadie me ha secuestrado, quiero decir, me secuestré yo misma.

La miraron sin comprender. Miriam asintió.

– ¿Y los hombres que te obligaron a subir dentro del coche? Un testigo lo vio.

Miriam sacudió la cabeza.

– Los contraté yo para que fingieran mi secuestro. Todo estaba preparado.

Sara se sentó en el borde de la fuente, intentando asimilando las palabras de Miriam.

– Pero, ¿de qué coño estás hablando? – espetó Laura.

Miriam se sentó frente a Sara y esperó a que Claudia y Laura se acomodaran junto a ellas.

– Llevo tiempo dándole vueltas a la idea del secuestro pero no me atrevía a llevarlo a cabo,

hasta aquel día en el chalet. Me di cuenta entonces de que era el momento perfecto y lo llevé a cabo. Sé que debéis estar pensando que estoy chalada o que soy una hija de puta, pero creedme, tenía que hacerlo.

– ¿Por qué? – preguntó Claudia aturdida.

– Tenía que empezar de nuevo – Miriam suspiró.

La miraron sin comprender.

– Si os soy sincera, hasta el último momento no tuve muy claro si enviaros la agenda o no. Al final decidí hacerlo, porque creo que os debo una explicación. Para mí no resulta fácil confesaros

esto. Pensaba hacerlo por carta, pero, por nuestra amistad, pensé que debía hacerlo cara a cara – Miriam se puso en pie, delante de ellas y suspiró – He hecho todo esto porque no podía soportarlo más y... porque me he enamorado de otro hombre.

Claudia, Laura y Sara se miraron entre sí, atónitas.

– No os imagináis la cantidad de veces que he intentado decírselo a Fernando, pero no me salían las palabras. Me daba miedo enfrentarme a él y, al mismo tiempo me sentía muy mal fingiendo quererle cuando en realidad le temo – la voz de

Miriam se quebró – No os podéis imaginar lo que han sido estos últimos años a su lado, siempre recordándome que él es quien trae el dinero a casa, sin tener jamás en cuenta mi opinión, casi convenciendo a los niños de que su madre no vale nada – Miriam bajó la cabeza, dejando que las lágrimas corrieran por sus mejillas hasta que recuperó la voz – Me asustaba que, al decirle que quería dejarle, se volviera loco. Él tiene todo el dinero del mundo y muchos contactos. Me habría quitado a los niños, alegando que estoy loca y, si yo intentara luchar por ellos, me enterraría en denuncias a las que yo no podría hacer frente

económicamente. Y todo sería aún peor si supiera que hay otro hombre. No os podéis imaginar lo soberbio que puede llegar a ser Fernando. No tenéis ni idea.

– ¿Vas a abandonar a tus hijos?

Miriam la miró, ofendida y dolida.

– ¡Claro que no! – replicó – pero, por ahora, yo no tengo medios para luchar por ellos. En cuanto los tenga, reapareceré y los recuperaré.

– ¿Y estas dispuesta a dejar que crean que han secuestrado a su madre? – se escandalizó Sara.

– Sólo será por un tiempo. Y estoy convencida de que lo superarán.

– No, no lo harán – silabeó Claudia entre dientes – les vas a destrozar la vida y sólo porque eres una cobarde

Miriam se volvió, enfadada.

– ¡No soy ninguna cobarde! – gritó airada – ¿crees que alguien cobarde haría todo lo que yo he hecho para evitar daño a los míos?

– Sí, lo creo. Es más. Lo afirmo. Eres una gran cobarde que oculta lo que siente y quiere porque teme la reacción de los demás.

Al pronunciar estas palabras algo se revolvió en el interior de Claudia.

– Claudia tiene razón – intervino Laura en tono

conciliador – si le cuentas la verdad a tu marido será un duro golpe para él y quizá reaccione mal al principio, pero tus hijos tendrán a su madre, y, al cabo del tiempo, lo asumirán. Fingiendo un secuestro les causarás un dolor que después será muy difícil de enmendar.

Miriam sacudió la cabeza.

– Vosotras no conocéis a Fernando. No sabéis como es. Él siempre os ha mostrado su cara buena, y yo nunca he sido capaz de deciros como era de verdad. No me dejará tranquila, me destrozará, legalmente hablando. No podría soportar el hecho de que alguien como yo, que él

creo inferior, le deje y menos aún por otro hombre. El secuestro me permitirá ganar y tiempo, y no tendré que enfrentarme a él. Pasado un tiempo, volveré a por mis hijos.

– Pero te odiarás a ti misma – replicó Laura.

Miriam miró a Sara.

– ¿Y tú qué opinas?

Sara dudó unos instantes.

– Tienen razón – hizo un gesto hacia Claudia y Laura – Huyes por no afrontar las consecuencias de la elección que has hecho. Tú fabuloso plan sólo te conducirá a ser desgraciada y, lo que es peor, harás polvo a tus hijos. Yo no sé lo que ha

ocurrido entre Fernando y tú, no soy nadie para juzgar, pero sí sé que lo que haces no está bien. Además, olvidas que, si Fernando se enterara de que todo esto es fingido, te denunciaría por abandono de domicilio familiar, y entonces sí que tendrías todas las de perder.

– ¡Nunca me habéis cuando algo es importante para mí! – protestó Miriam – ¡Me estáis castigando por enamorarme de otro hombre!

– Eso no es cierto, y lo sabes – repuso Sara con calma – siempre te hemos apoyado y lo seguiremos haciendo. Deseamos con todas nuestras fuerzas que seas feliz y lo sentimos si no

hemos sabido ver por lo que estás pasando. Si decides contárselo a estaremos a tu lado en todo momento, pero no puedes pedirnos que seamos tus cómplices en esta farsa.

Miriam las contempló durante unos instantes en silencio.

– Pensé que me ayudaríais – susurró. Su voz traslucía rabia y decepción.

– Tú no quieres que te ayudemos, tan sólo que te digamos que lo que haces está bien, y no lo está, algo que tú, en el fondo, sabes tan bien como nosotras – replicó Laura – .

– ¿Acaso no entendéis que no puedo hacer otra

cosa? No podré luchar contra Fernando, pero tampoco quiero renunciar a la felicidad que siento ahora al lado de Nacho – hizo un gesto con la cabeza en la dirección en que había desaparecido el coche negro – Hace mucho tiempo que no soy feliz en mi matrimonio. Me he adaptado tanto a los deseos de Fernando que me estoy desdibujando. Me hace sentir que no valgo nada y no deja de echarme en cara que vivo como una reina gracias a él, cuando fue él quien insistió en que dejara de trabajar cuando me quedé embarazada. Y sí, no me falta de nada, excepto estar realmente enamorada y ser feliz. Y quiero

serlo. Me lo merezco. He sufrido mucho todos estos años, y ya es hora de dejar de hacerlo.

– Si algún día se enteran de que planeaste todo esto te odiarán – advirtió Claudia.

Miriam caminó arriba y abajo unos minutos. De cuando en cuando se detenía y las miraba, para luego reanudar sus paseos circulares.

– Aún estás a tiempo, Miriam – insistió Laura con suavidad – Es tu decisión, eso es cierto, pero podrías perder a tus hijos para siempre, en todos los sentidos. – Nacho me lo advirtió – replicó Miriam con rabia – me dijo que os pondríaís de parte de Fernando porque...

– No tiene sentido seguir hablando de esto – Sara se levantó, se acercó a Miriam y la tomó de las manos – Sé que estás en una posición muy complicada y que ninguna de las salidas que tienes es fácil, pero, por favor, medítalo bien antes de llegar más lejos, ¿de acuerdo? Y no dudes de que estamos de tu parte. Si te decimos esto es porque te queremos.

Laura y Claudia asintieron. Miriam bajó la cabeza unos instantes.

– De acuerdo – dijo al fin – lo pensaré.

– Con eso nos basta – sonrió Laura – Miriam, ¿realmente merece la pena hacer todo esto por

Nacho?

Miriam asintió y sonrió. Claudia cayó en la cuenta entonces de que era la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que la veía sonreír tan ampliamente.

– Nunca había sentido algo así por nadie. Cuando me casé con Fernando pensaba que estaba locamente enamorada de él, pero poco después me di cuenta de que tan sólo estaba deslumbrada. Yo era muy joven, era mi primer novio y todo el mundo decía que era un gran partido porque tenía un gran porvenir económico. Pero lo que siento por Nacho es mucho más profundo, más fuerte...

una fuerza que me obliga a renunciar a todo lo que tengo por estar con él. Sin Nacho mi vida no tiene sentido. Le amo con todo mi corazón.

Claudia miró a Miriam casi son respirar. Sentía algo extraño en su interior, un sentimiento que no sabría definir ni entendía por qué había aparecido. Sintió pena por Miriam y por ella misma.

– ¿A quién se le ocurrió la idea del secuestro?
– preguntó Laura.

– A los dos, es decir, a mí. Nacho habló un día de ello en broma, pero yo lo vi como una posible solución. Me costó mucho convencerle, porque él

piensa que debemos ser francos con Fernando.

– Y tiene razón – repuso Laura.

Miriam hizo un gesto vago con la mano.

– Se ofreció a hablar con Fernando, pero yo no le dejé.

– Deberías haberlo hecho. ¿Y nosotras? – preguntó Sara con dureza.

– ¿A qué te refieres?

– ¿Qué se supone que le vamos a decir a Fernando? Eso sin contar lo mal que nos lo has hecho pasar.

– ¡Por eso os he citado aquí! – gritó Miriam – ¡No quería que sufrierais más! ¿Es que no lo

entendéis?

Claudia sacudió la cabeza.

– No te entiendo, Miriam, no te entiendo.

Puedo comprender que quieras renunciar a Fernando, pero ¡a tus hijos!

– No os podéis imaginar lo que me ha costado tomar esta decisión – replicó Miriam con los ojos llenos de lágrimas – He llorado mucho pensando en ellos, me resulta realmente duro separarme de ellos, pero, por ahora, no tengo elección ¿es que no lo entendéis?

Las tres negaron con la cabeza. Miriam dio una patada en el suelo, rabiosa y frustrada. Reanudó

sus paseos arriba y abajo delante de sus amigas.

– ¿Dónde vas a vivir?

– En Santander – respondió Miriam – Nacho tiene allí su negocio.

– ¿Y tú? – continuó Sara. Miriam la miró sin comprender – ¿vas a borrar tu vida de un plumazo?

Miriam suspiró.

– No puedo fingir que no he tenido nunca hijos. Los quiero muchísimo y no podría hacerlo. Seguiré siendo su madre en la distancia, estaré pendiente de ellos siempre que me necesiten, y gracias a vosotras sabré cómo están en todo

momento. Así hasta que pueda recuperarlos

– Miriam, no sé qué decir. Nunca imaginé que serías capaz de algo así – afirmó Sara con amargura levantándose.

– Por eso no puedo contárselo a Fernando – musitó Miriam – no podría soportar que me mirara como tú lo estás haciendo ahora, haciéndome responsable y de todo.

– Lo siento mucho, pero no puedo mirarte de otro modo – terminó Sara alejándose despacio.

Claudia tomó a Miriam de la mano.

– Por favor, Miriam, vuelve con nosotras y habla con Fernando.

– Ya he dicho que no pienso hacerlo – gruñó Miriam soltándose – mi decisión está tomada y es irrevocable. Quiero comenzar una nueva vida.

– Una nueva vida llena de mentiras que te llevará a ser completamente infeliz – intervino Laura.

– Vuestra postura ha quedado perfectamente clara – la cortó Miriam, irritada –. No os necesito para nada, para nada, ¿entendéis? No tenemos nada más que hablar. Puedo arreglármelas sola.

– Miriam...

– Idos a la mierda – gruñó Miriam alejándose a grandes zancadas. Claudia y Laura se quedaron

sentadas en la fuente, en silencio. Claudia jugueteó con el pie en la tierra.

– ¿Crees que debemos ir tras ella? – preguntó.

Laura se encogió de hombros.

– Ha tomado su decisión.

Claudia suspiró, desesperanzada.

– Sí, supongo que tienes razón. Pero, ¿por qué ha montado todo este lío?

Laura asintió.

– Tiene miedo y el miedo es como la oscuridad. La única forma de hacerlo desaparecer es metiendo la mano a tientas en la habitación y encendiendo la luz, aunque ese instante sea

pavoroso.

– ¿Crees que podrá ser feliz?

– Nadie que huye de sí mismo puede serlo, porque aquello de lo que estás intentado huir está dentro de ti mismo. Si no lo dejas salir te va consumiendo poco a poco, hasta convertirte en una persona resentida y amargada que no deja de preguntarse en qué momento se torció todo.

Claudia sacudió la cabeza y se levantó.

– Pobrecilla. Me da mucha pena.

Laura asintió.

– Y a mí, pero por ahora no podemos hacer nada más por ella – se levantó y se sacudió los

pantalones – vamos a buscar a Sara.

Caminaron en silencio hacia el coche. Sara estaba sentada en el asiento del conductor, con signos evidentes de haber llorado. Sonrió levemente al verlas.

– ¿Ha cambiado de opinión?

Negaron con la cabeza.

– Siento haberme ido así, pero no podía soportarlo más.

– No te preocupes – la tranquilizó Laura – volvamos a Madrid. Aquí ya no tenemos nada que hacer – añadió subiéndose al coche

– ¿Y ya está? ¿Nos vamos así, sin más? –

preguntó Claudia, atónita.

Sara arrancó el coche.

– Hemos hecho lo que hemos podido pero, como me explicó un buen amigo, mientras ella no reflexione, su vida es responsabilidad suya. Por ahora, lo mejor será dejar que piense en lo que le hemos dicho. Cuanto más la intentemos convencer, más se enrocará en su posición.

Claudia asintió, dejándose caer sobre el asiento. Aunque le costaba reconocerlo, sabía que Sara tenía razón.

– ¿Deberíamos decírselo a Fernando? – preguntó metiendo la marcha atrás y saliendo

espacio del *parking*.

– No creo que sea el momento de tomar ninguna decisión – aconsejó Laura – estamos muy afectadas por todo esto.

– Lo mejor será consultarlo con la almohada – apoyó Claudia abrochándose el cinturón de seguridad.

Sara asintió.

– De acuerdo.

Recorrieron la autovía hacia Madrid en silencio. Sara conducía desusadamente despacio, Laura se había recostado en el asiento con los ojos cerrados y Claudia miraba distraídamente

por la ventana, sin fijar su atención en nada en concreto. Habitualmente, el paisaje arbolado que circundaba la Autovía de la Coruña le hacía sentirse mejor pero, en aquel momento sentía que un velo de tristeza cubría las montañas, haciéndolo aparecer todo apagado y sin vida. Por fin aparecieron ante ellas las Cuatro Torres, atravesaron el subterráneo de Plaza de Castilla y salieron al Paseo de la Castellana. El silencio de la autovía contrastaba con el ruido de la ciudad, los trinos de los semáforos, los gritos, las risas y los cláxones de los conductores que, impacientes, deseaban llegar a casa para comenzar el fin de

semana. La ciudad parecía atronadora, y un ruido ensordecedor lo envolvía todo.

Abandonaron el Paseo de la Castellana, tomaron la calle Ríos Rosas y Sara detuvo el coche delante de la casa de Claudia. Ésta buscó con la mirada las ventanas y resopló al ver las luces encendidas. Se quedó sentada, sin moverse.

– Me siento como si todo lo que hemos vivido desde que Miriam desapareció hasta hoy hubiera sido un mal sueño. Nada de lo ocurrido tiene sentido – murmuró casi para sí misma

Sara se giró en el asiento.

– ¿Estás bien?

Claudia asintió.

– Sí, sólo estoy triste, creo, no sé, tampoco sé bien cómo me siento.

– Te comprendo – asintió Sara – a mí me ocurre lo mismo.

Laura asintió en silencio.

– Mañana hablamos, ¿de acuerdo? y decidimos qué hacer – sugirió Sara.

– De acuerdo – respondió Claudia saliendo del coche – hasta mañana.

CAPITULO VII

Claudia entró en el portal y subió lentamente los escalones hasta el segundo piso. Se sentía triste, pero con una tristeza diferente de la que había sentido hasta entonces. La visión de Marta

saliendo de la cafetería acudió de nuevo a su mente y sintió que el dolor la desbordaba. Intentando ahogar los sollozos con la bufanda, se sentó en las escaleras y lloró amargamente, pero, en cierta manera, también su llanto era diferente.

Al cabo de casi una hora de se levantó del escalón, se secó las lágrimas y salió al rellano. Sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta.

– Hola, mamá – saludó cruzando el recibidor hacia su habitación.

– Ya me podías haber avisado de que no venías a comer, te he estado esperando y al final he tenido que comer sola.

– Lo siento, no pensé que me esperarías. No sueles hacerlo.

– Seguro que te has ido a comer con alguna amiga y te has olvidado de mí, sabiendo lo poco que me gusta comer sola.

– Mañana comemos juntas, mamá. Me voy a la habitación, que estoy muy cansada.

– Siempre cansada, siempre en la habitación – gruñó entre dientes – nunca tiene un momento para estar con su madre.

Claudia ignoró el comentario y entró en su habitación, echando el pestillo. Se tumbó en la cama sin desvestirse, mirando al techo. Por su

cabeza cruzaban tantos pensamientos que pensó que se volvería loca. Finalmente se levantó, salió de la habitación y cogió el abrigo.

– ¿Otra vez te vas? ¿Es que no vas a parar en casa ni cinco minutos?

– No mamá, tengo que salir.

– Seguro que te han llamado y, claro, sales corriendo al momento, pero si fuera yo la que te pidiera ayuda, me moriría de asco. Vivir contigo aquí es como vivir sola: cuando no estás fuera estás encerrada en tu habitación.

– Hasta luego mamá – Claudia abrió la puerta, bajó corriendo las escaleras y salió a la calle.

Caminaba rápidamente, casi corriendo. Necesitaba salir de entre aquellas cuatro paredes que parecían encogerse cuanto más tiempo permanecía entre ellas. Recorrió la calle Fuencarral hasta llegar a la Gran Vía, y desde allí caminó hacia la Puerta del Sol, donde se abrió paso entre los paseantes con cierta facilidad. Más rápido aún recorrió la calle Arenal hasta ver la silueta del Teatro Real. Lo rodeó y entró en los jardines del Palacio Real. Aquel sitio, desde siempre, le transmitía paz y sosiego. Finalmente se detuvo en su lugar favorito, delante del Palacio Real, junto a la verja desde la que se podía

divisar prácticamente todo Madrid. El viento azotó su cara y se arrebujó en su abrigo, mientras repasaba una y otra vez todo lo ocurrido durante la tarde. No se había atrevido a decírselo a Sara, pero se sentía identificada con Miriam. Entendía su miedo, lo comprendía y lo compartía.

A su memoria volvió la conversación con Laura. “¿Y tú qué quieres?”. Pensó en Laura y en Miriam. Recordó la angustia en el semblante de esta última y la felicidad que transmitía Laura. Pensó en ella misma, en sus depresiones, en aquella sensación de la vida se le escapaba de las manos, de que no era ella quien vivía su vida,

sino su vida quien la vivía a ella. “¿Y tú qué quieres?” La pregunta resonó de nuevo en su cabeza. En su interior, oculta en la profundidad de su corazón estaba la respuesta. La conocía desde hacía tiempo, pero le daba miedo. El viento revolvió su melena. Cuando quiso darse cuenta, estaba en la explanada frente al Palacio Real. A lo lejos, se oían los acordes de una guitarrista tocando “El Concierto de Aranjuez”, esperando que algún transeúnte le echara unas monedas, mientras los escasos paseantes luchaban contra el viento helado que se había levantado, y algunos grupos de reían ocultos entre los jardines.

Laura y Miriam. El ying y el yang. La luz y la oscuridad. Miriam y Laura. El miedo y el valor. Sacó el móvil del bolsillo y envió un mensaje a su madre diciendo que llegaría tarde a dormir, lo puso en silencio y volvió a meterlo en el bolsillo del abrigo. Permanecía de pie, apoyada en la verja, con la mirada perdida en el horizonte, pensativa, sin apenas moverse. Se mordisqueó la uña del pulgar, y tragó saliva. Se pasó la mano por la frente y se frotó los labios, nerviosa. Marta. Su nombre evocó el calor en su corazón, y se sintió tranquila y desasosegada al mismo tiempo. Marta, Laura, Miriam, su madre..., su

vida, en suma. Una vida que no podía cambiar.

Se sentó en el poyete de la verja, se relajó y apoyó la cabeza en la mano derecha. Un ruido la sobresaltó y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Miró su reloj. Eran las cuatro y media de la madrugada. Se atusó el. Su cuerpo, frío y entumecido protestó cuando se levantó, y tuvo que patear el suelo para calentarse y caminó hacia la Catedral de la Inmaculada. Sabía que por allí cerca encontraría un taxi.

Tomó uno y contempló, durante el recorrido, cómo las luces se encendían poco a poco en las

ventanas. Todo era igual, pero diferente a la vez. El taxista se detuvo al llegar a su destino. Claudia pagó la cuenta y salió del vehículo. Se acercó al portal y llamó al portero automático. No recibió respuesta, por lo que continuó llamando insistentemente.

– ¿Quién es? – la voz soñolienta de Sara la hizo sonreír.

– Soy Claudia, ¿puedo subir? Necesito tu ayuda.

– ¿Ha ocurrido algo? – se sobresaltó Sara.

– No, nada. Bueno sí. Déjame entrar y te lo cuento.

– De acuerdo, sube.

Empujó la puerta al oír el zumbido. Subió de dos en dos los escalones hasta el ático. Cuando caminaba por el rellano se abrió la puerta. Sara, con cara de sueño y envuelta en una bata, la contempló boquiabierta.

– ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Te ocurre algo?

– Necesito hablar contigo.

Sara suspiró y miró al cielo.

– ¿Y no podías esperar un poco? ¡Son las cinco de la madrugada!

Claudia se echó a reír. Sara la miró con un

gesto en el que se mezclaban la sorpresa, el enfado y la preocupación.

– Pasa, prepararé café. Me da la impresión de que voy a necesitarlo para comprender qué está pasando.

Sara colocó dos tazas de café en la mesa de la cocina. Se sentó junto a Claudia y la contempló unos instantes en silencio.

– No me he vuelto loca.

– No he dicho nada – se defendió Sara.

– Pero lo estás pensando.

– En fin, dime qué es eso tan importante.

– Es por Miriam.

Sara frunció el ceño.

– ¿Por fin va a actuar como una persona cuerda?

– No, no he hablado con ella.

– Ahora sí que me he perdido.

– Esta tarde, cuando hemos hablado con Miriam me he dado cuenta de que yo también me he secuestrado a mí misma – Sara abrió la boca y Claudia la detuvo con un gesto – Me he pasado la vida preocupándome por cómo se sentía mi madre, mis hermanos, mis amigos, los profesores, los jefes, mis compañeros de trabajo y nunca, nunca, nunca me paré a pensar como me sentía yo

con respecto a lo que ellos me hacían o decían. Jamás se me ocurrió juzgar o poner en entredicho sus acciones o palabras. Me he pasado la vida escondiéndome para no defraudar a los demás, he dejado de ser yo misma para ser lo que los demás deseaban que fuera, hasta tal punto que he llegado a olvidarme de quién soy y de lo que quiero. Siempre he hecho lo que todos esperaban de mí. Y esta tarde, ha sido como una revelación. He comprendido que soy como soy y estoy donde estoy porque... soy una cobarde. Me he visto reflejada en Miriam, alguien que prefiere esconderse y llevar una vida oculta en lugar de

mirarse al espejo y decir: “eh, esta soy yo, y lo siento mucho si te gusta. Yo soy así”. Y lo peor de todo es que no tenía ni idea. Simplemente pensaba que yo era así, que las cosas vienen como vienen y que no se puede hacer nada por cambiarlo.

– No te sigo – la interrumpió Sara – ¿Qué me estás queriendo decir? No estarás pensando en hacer una tontería, ¿verdad? – preguntó angustiada.

Claudia rio de nuevo.

– No, en absoluto. Todo lo contrario. Voy a empezar a vivir de verdad. Y quiero empezar ahora misma – su rostro se tornó serio y miró

fijamente a su amiga – Sara, muchas veces me has preguntado últimamente si me ocurría algo, y yo siempre te he dicho que no, ¿verdad?

Sara asintió.

– Pues sí, me ocurre algo, estoy enamorada – Sara sonrió y Claudia tragó saliva – de una mujer.

Sara abrió la boca, estupefacta.

– Me enamoré el mismo día que la conocí. Fue un flechazo, una atracción instantánea, y estoy loca por ella.

– Creo que estás confusa, Claudia. Tú no eres lesbiana.

– Lo sé, lo sé, o al menos lo sabía pero...

aquella noche Marta, que es como se llama, me llevó a casa en coche. Habíamos ido a una fiesta y paramos a tomar la última copa. Yo me sentía muy bien, habíamos conectado, pero no pasaba de ahí. Después me llevó a casa. Paró delante de la puerta de casa de mi madre y, cuando me iba a bajar, no sé por qué, le pedí que me diera un beso. Nos besamos y aquel beso me hizo saber que no quería que desapareciera de mi lado. Aquel beso me dio algo que había estado buscando sentir toda la vida. No sé si soy lesbiana o no, sólo sé que he encontrado a “mi amor verdadero”, como decían en “La princesa

Prometida”

Sara la miró con lágrimas en los ojos.

– ¿Qué ocurre?

– Que me das envidia – sonrió – pensé que eso sólo ocurría en las películas. Lo que no entiendo es, si tan feliz eras, ¿por qué te pusiste tan mal, tan deprimida?

– Me asusté. Imagínate, yo con una chica. ¿Y si se enteraba mi madre? Le daría un ataque, le reventaría el corazón y no por ella, sino por le maldito “qué dirán”. También me asustaba que me rechazais por haberme enamorado de una mujer. Me aterrorizaba todo lo que tendría que cambiar

si yo decidía seguir adelante con Marta. Ella sí estaba dispuesta a luchar con todo y contra todo por nosotras, pero yo tenía tanto miedo de ser feliz, tanto miedo de abandonar todos mis miedos, que preferí enterrar mi corazón en lugar de luchar por lo que yo quería. He sido tan desgraciada desde ese día... me sentía como si, por un instante te dejan ver el cielo y, cuando estás a punto de tocarlo, te lo quitan. Nunca me he sentido tan vacía, cobarde, asqueada de mí misma... Y hoy, escuchar a Miriam ha sido una revelación. Quiero estar con Marta, me da igual si mi madre me deshereda, si mi familia no me

vuelve a hablar o si a vosotras no os parece bien. Yo sé al lado de quien quiero estar. Aunque puede que ella ya no quiera estar conmigo – terminó con voz temblorosa.

Sara sonrió y le acarició cariñosamente el cabello. Saltó de la silla y la abrazó con fuerza.

– Me alegro tanto por ti – suspiró – te veía tan deprimida, tan metida en la locura de tu madre..., Yo, como tú amiga, sólo puedo decirte una cosa: nunca había visto ese brillo en tus ojos, esa fuerza... pareces otra persona, como si hubieras abierto una puerta dentro de ti y una luz poderosa te iluminara desde dentro.

Claudia sonrió entre lágrimas.

– ¿Crees que algún tengo alguna posibilidad con Marta?

– Sólo tienes una manera de averiguarlo.

Claudia la abrazó con fuerza.

– Gracias por ser tan buena amiga.

– De nada, aunque esto no te saldrá gratis, amiga mía. Si sale bien, me pido ser madrina en la boda.

Claudia se echó a reír.

– Lo que quieras. Necesito demasiado tu ayuda como para negarte algo.

– ¿Mi ayuda? ¿Para qué?

– Lo primero para que me des la dirección de un buen peluquero – sonrió Claudia – lo demás ya te lo iré contando.

– ¿Realmente eres tú? A ver si te han abducido y estoy abriendo yo la puerta a una invasión alienígena.

– Todo puede ser – rio Claudia. Su rostro se volvió serio – A veces ocurren cosas que te hacen detenerte, reflexionar sobre dónde estás y hacia dónde quieres ir. Yo me siento como si hubiera estado todos estos años metida dentro de una camisa de fuerza, y, por fin, hubiera encontrado la llave de los candados. Esa camisa de fuerza me la

puso mi madre al nacer, me sujetó con las cadenas de sus miedos, las correas de sus complejos, y los candados de su rabia y, lo peor, es que yo nunca me rebelé contra ella, nunca fui capaz de decirle que parara. Ahora, por fin, he encontrado a la persona que me ha dado la llave para liberarme.

Sara la contempló detenidamente.

– Cuando somos niños no nos damos cuenta de esa red tan fina que tejen nuestros padres sobre nosotros – repuso – en el caso de tu madre es una red de acero de la que no hay escapatoria – Claudia rio con lágrimas en los ojos – como niños, no tenemos con qué compararlo y

pensamos que eso es la normalidad. Cuando crecemos, estamos tan hechos a esa red, que a casi ninguno se nos ocurre romperla. Pero tú lo has conseguido, ya lo creo. Tienes la llave de oro, amiga mía. Y déjame que te diga una cosa: esa llave la tenías tú, tan sólo necesitabas que alguien te indicara el camino hacia ella. – Sara la abrazó – cómo me alegro de verte así. Dios mío, pareces tan..., tan..., no sé describirlo, pero es maravilloso.

La mirada de Claudia se perdió por la ventana.

– Me he pasado la vida tan pendiente de mi madre, de si se enfadaba, si no, si estaba bien, si

no..., y nunca me creí con derecho a pensar en cómo me sentía yo con respecto a su comportamiento, sus gritos, sus chantajes... he perdido media vida – murmuró con tristeza.

– Pero tienes más de la otra media por delante – la animó Sara saliendo la pasillo. Se detuvo en la puerta de la cocina y se volvió hacia Claudia – ¿No deberías decirle a Marta lo que me has dicho a mí?

– Necesito hacer algunas cosas antes. Sara, espero que no pienses que estoy abusando de tu confianza, pero..., ¿podría quedarme aquí algún tiempo?

– ¿Aquí? ¿A vivir? ¡Claro que sí! Todo el tiempo que necesites.

Claudia la abrazó.

– Muchísimas gracias. No te puedes imaginar cómo me has ayudado.

– De nada. ¿Te vas? – preguntó sorprendida al ver que Claudia se ponía el abrigo.

– Sí, como te he dicho, aún me quedan muchas cosas por hacer.

Sara asintió.

– No entiendo nada, pero mantenme al corriente, ¿de acuerdo?

– Lo prometo – Claudia la besó en la mejilla –

gracias – repitió y salió a la calle. Caminó unos pasos y dio media vuelta. Llamó de nuevo al timbre.

– ¿Tú lo sabías? – preguntó cuando Sara abrió.

– ¿El qué?

– Lo que te he contado.

– No, ¿por qué?

– Por Laura. Me niego a creer que fuera una casualidad que apareciera en el chalet.

Sara bajo la cabeza.

– Me hubiera gustado ser tan lista, pero no lo soy. Tan sólo pensé que te resultaría más sencillo hablar con ella que con cualquiera de nosotras.

No eres una persona que suela hablar de tus sentimientos, sobre todo cuando estás triste, o frustrada. Yo sabía que algo te ocurría y por eso invité a Laura. Pero estoy asombrada de haber acertado tanto.

– De pleno – sonrió Claudia – nunca te lo podré agradecer lo suficiente. Ni a ella tampoco. ¡Ahora sí me voy!

Bajó corriendo las escaleras y entró en el metro, metió el billete en los torniquetes y se detuvo en el andén, paseando arriba y abajo hasta que llegó el convoy. Un cuarto de hora después entraba en casa de su madre. Cerró la puerta de la

calle y entró en su cuarto. Buscó en el fondo del armario y sacó su maleta que tumbó abierta sobre la cama, le dio un papirotazo al papel doblado que aparecía en ella, haciéndolo volar al otro extremo de la habitación. Abrió los cajones de la cómoda y cogió algunas prendas que metió desordenadamente. Sacó también una pequeña bolsa de deporte donde fue metiendo cuidadosamente algunos recuerdos, casi todos regalos de Marta. Colocó con mimo el osito de peluche blanco que le regaló el día que cumplieron el primer mes de salir juntas. Lo acarició y sonrió con ternura. Sintió que su

corazón volvía a latir, lleno de fuerza y amor, que la sangre corría de nuevo por sus venas. Por fin estaba despierta y, como en los cuentos de hadas, había sido un beso lo que la había devuelto a la vida. Ya sólo le restaba vencer al dragón. Siguió colocando ropa y fotos y regalos. Eligió algunos libros que quería llevarse y los echó a la maleta, así como algún CD.

La puerta del cuarto se abrió de golpe. Su madre se quedó parada bajo el marco, con los ojos fijos en la maleta.

– ¿Se puede saber qué estás haciendo?

– Hola mamá, no quería despertarte.

– ¿Qué es todo esto? – repitió señalando la maleta.

– Me voy de casa. Hoy me llevaré unas pocas cosas, y poco a poco iré recogiendo lo demás.

– ¿Y no pensabas decírmelo? – chilló con voz histérica – ¿Qué te proponías? ¿Abandonarme como a un perro? ¿Huir a escondidas? ¿Dejarme tirada? Tú no estás bien, hija mía, te lo tengo dicho, y esas pastillas no te dejan pensar. Tanta pastilla y tanto médico para que luego hagas estas cosas.

– Mamá, no dramáticas. Sólo estoy haciendo la maleta. Como es muy temprano, quería esperar un

poco para hablar contigo.

– ¿Y no sería lógico hacerlo al revés?

– He preferido hacerlo así.

– Con todo lo que yo he hecho por ti, que no he hecho más que sacrificarme, nada más que sufrir, con todo lo que he tenido que aguantar, con el dinero que me has costado, con...

– Ya está bien, mamá.

– Con las veces que yo he dado la cara por ti...

– ¿Por mí? ¿Por mí? – se enfureció Claudia –

¿La cara por mí? ¿Cuándo, mamá? ¿Cuándo?

¿Cuándo papá me daba una paliza y tú te escabullías para no verlo? ¿Cuándo demonios has

dado tú la cara por mí? – lágrimas de rabia y dolor rodaban por las mejillas de Claudia.

Su madre retrocedía al escuchar sus palabras. La miraba con los ojos fuera de las órbitas, como si cada frase pronunciada por Claudia fuera una bofetada que la hacía retroceder hacia un pasado que se había empeñado en negar y olvidar.

– ¡Eso es mentira! ¡Mentira! – aulló fuera de sí.

– No lo es, mamá, ¡No lo es! ¡Ése es tu problema! ¡Nunca has querido asumirlo! ¡Te has dedicado a vivir en la fantasía de la familia feliz, mientras nos dejabas en manos de un psicópata

enloquecido que nos maltrataba!

Su madre se echó a llorar.

– ¿No te das cuenta de que yo no otra tenía opción? ¡No la tenía!

– Sí la tenías.

– No, tú no lo entiendes – su madre se sentó en el borde de la cama – no lo entiendes. ¿No te das cuenta de que si yo hubiera plantado cara a tu padre lo habría perdido todo? ¡Todo!

– ¿A qué te refieres?

– Cuando era joven, yo era la chica gordita, no valía para estudiar, era muy sosa, mientras mis hermanos y hermanas hacían carreras brillantes,

tenían sus maravillosas vidas, y yo era la única que no era como ellos. Siempre me sentí inferior, siempre me sentí menos que mis hermanos, mis amigos..., pero todo aquello cambió el día que conocí a tu padre.

Claudia resopló.

– Tu padre tenía una buena posición social, dinero, prestigio..., y yo, a su lado, pasé a ser envidiada y respetada. Gracias a él, mi familia comenzó a tratarme como a una igual y no como a un ser inferior. Tu padre me dio lo que yo nunca tuve.

– ¿Y no te diste cuenta de que estaba loco?

Porque no me irás a decir que contigo no perdía los estribos como lo hacía con nosotros.

Su madre asintió.

– No tenía elección. Si le hubiera dejado, hubiera vuelto a ser la Cenicienta de mi familia, y no quería representar aquel papel de nuevo. Por fin podía entrar con la cabeza alta en las reuniones familiares y pasear orgullosa por las calles de Madrid del brazo de tu padre, demostrándoles a todos que había dejado de ser una paria.

– A costa de tus propios hijos – murmuró Claudia sacudiendo la cabeza con tristeza.

– Tienes que entenderlo, Claudia, no tenía opción.

– Siempre hay una opción, ¡siempre! De acuerdo, puede que no pudieras abandonarle, pero podrías haber suavizado las cosas, podrías habernos consolado, ayudado, protegido, podrías haber hecho que todo fuera mucho más fácil. Y hacías exactamente lo contrario. No dejabas de malmeter contra nosotros, haciendo que él se pusiera furioso.

Su madre la miró con dureza.

– Todos nos equivocamos. Y las madres no somos una excepción. Ni las hijas – silabeó entre

dientes.

– Sí, pero los padres no tienen derecho a sacrificar a sus hijos para salvarse a sí mismos, y eso fue lo que tú hiciste, mamá para... ¿Cómo has dicho? Ah, sí, poder entrar con la cabeza alta en las reuniones familiares. Pero te quedaste viuda. Papá murió y la carroza se convirtió de nuevo en calabaza, y todo volvió a ser como antes. A partir de entonces no dejaste de echarme encima tus miedos, complejos y frustraciones.

– ¡Cómo te atreves! ¡Trabajé muy duro para sacaros adelante, muy duro!

– Sí, pero fui lo suficientemente buena para ti.

Los mas inteligentes, estudiosos, los más simpáticos y los mejores eran siempre los hijos de los demás. Daba igual que fueran primos, amigos, vecinos..., siempre eran mejores que yo. Nunca me valoraste, nunca creíste en mí. Nunca.

– ¡Eso es mentira! ¡Yo siempre he estado orgullosa de ti!

Claudia resopló con desdén y continuó guardando ropa en la maleta.

– Mamá, ¿te acuerdas de José Miguel?

– ¿De quién?

– José Miguel, el primer chico con el que yo salí. La primera noche que cené con él me dijo

que yo era absolutamente superior a todas las mujeres que había conocido hasta entonces. Para mí oír aquello fue maravilloso. Era el primer halago que me dirigían y era la primera vez que gustaba a un chico. Al día siguiente, mientras estábamos desayunando, te lo conté y ¿recuerdas lo que me respondiste?

– Supongo que te dije que estaba a la vista o algo parecido.

– No mamá. Cuando te conté lo que me había dicho contestaste “sobre todo en el peso”.

– Eso es mentira. Te lo estás inventando para hacerme daño.

– No, mamá, no lo es.

– Yo nunca dije algo así.

– Sí, mamá, lo hiciste. Era la primera vez que yo salía con un chico. Tenía veinte años, nunca había tenido nunca novio y esa fue tu respuesta.

– Te repito que eso no es verdad. Las pastillas no te dejan pensar. Yo jamás te dije eso.

– Nunca afrontas la realidad, ¿verdad mamá? Siempre has actuado como si nuestra relación fuera idílica, cuando las dos sabemos que nunca ha sido así.

– A mí el cáncer me ha dado de los disgustos...

Claudia avanzó hacia su madre.

– No te atrevas otra vez a culparme de tu cáncer. Ni se te ocurra.

– Me está subiendo la tensión. Me está subiendo mucho – jadeó su madre – ¿Tú crees que esto se le puede hacer a una anciana que además es tu madre? – se sentó en la cama con la mano en el pecho, gimiendo escandalosamente.

– ¿Y tú crees que lo que hiciste se le puede hacer a una niña que además era tu hija?

Su madre negó con la cabeza. Su rostro pareció compungirse por un instante pero de nuevo la rabia volvió a él.

– Si te quieres ir vete, ¡vete de esta casa!, pero

no vuelvas pidiendo dinero, ¿me oyes? No vuelvas pidiendo dinero porque no te pienso dar nada. ¡Nada!. No has conseguido un trabajo decente y antes o después vendrás aquí arrastrándote, pidiéndome que te dé casa y comida, y no lo haré, ¡Tenlo por seguro!

Claudia se levantó y se acercó a su madre. Acercó tanto su rostro al de ella que podía sentir su respiración.

– Mamá, deja manipularme. Soy una mujer adulta y, aunque siempre has intentado hacerme creer lo contrario, puedo valerme por mí misma y soy tan válida como cualquier otro. Y, si fracaso,

no te preocupes, no vendré a pedirte nada. Afortunadamente existen personas en mi vida que me acogerán sin echármelo en cara. Siento mucho que lo hayas pasado mal, que te hayan tratado mal, pero yo no soy tú, no merezco que me eches esa carga encima. Pero en algo tienes razón: yo también tengo parte de culpa. Me he pasado media vida buscando tu valoración y tu aprobación, haciendo lo que yo creía que esperabas de mí para lograr que me dijeras que estabas orgullosa de mí y sentir que me quieres. Ahora sé que ese día nunca llegará.

Su madre abrió la boca para responder. Las

comisuras de sus labios temblaron.

– Hija, yo te quiero mucho – musitó apenada.

Claudia cerró la maleta. Sonrió con tristeza.

– Resulta curioso – dijo poniéndola en el suelo

– hace un tiempo hubiera dado la vida por oír esas palabras, y ahora que me las dices... no puedo evitar que me suenen vacías.

– Es la verdad.

– ¿Y por qué no me lo has demostrado nunca?

Su madre bajó la cabeza y se sentó en la cama.

Claudia se sentó a su lado.

– Mamá, sé que, a tu modo, me quieres y yo también te quiero pero, por alguna razón que

desconozco, no puedo ser yo misma cuando estoy a tu lado.

– Yo nunca quise haceros daño.

– Eso ya no importa. Es el momento de dejar atrás el pasado, asumir nuestras experiencias han hecho de nosotras lo que somos y seguir adelante.

– ¿Entonces te quedas?

Claudia negó con la cabeza.

– No, lo siento. He pasado demasiado tiempo viviendo una vida que no era la mía. A tu lado no puedo vivirla.

Su madre la miró sin decir nada.

– Estarás un tiempo sin saber de mí – continuó

Claudia – pero no te preocupes. Estaré bien.

– Claudia, no entiendo...

– Intenta entenderlo. Necesito hacerlo para ser feliz. Y creo que las dos debemos liberarnos la una de la otra.

Su madre la contempló durante unos segundos. Entrecerró los ojos.

– Siempre has sido una egoísta. Lo supe desde el día en que naciste. Después de todo lo que he hecho por ti, después de todo lo que me has hecho sufrir... aun te crees con derecho a venir aquí y echarme en cara toda tu...

– No, mamá. Aquí única egoísta eres tú. Siento

mucho que no lo entiendas, pero yo necesito separarme de ti, lo necesito para ser feliz.

– ¿Y me vas a dejar aquí, sola, tirada como a un perro? Nadie con corazón abandonaría a su madre de este modo.

– Siempre estás presumiendo de que, a diferencia de mí, mis hermanos te quieren y se preocupan de mí, ¿no? Puedes irte a vivir con ellos. Estarán encantados de recibirte.

Claudia terminó de recoger sus cosas mientras su madre la observaba en silencio. Cerró la maleta y caminó hacia el recibidor, seguida por su madre.

– Si cruzas esa puerta, aquí no vuelvas jamás –
siseó casi sin aliento - Te conozco, sé que sólo
tienes pájaros en la cabeza y, cuando las cosas te
vayan mal, que te irán mal, volverás arrastrándote
ante mí, porque tú no vales para nada porque
estás loca. Pero juro ante Dios no te abriré la
puerta, jamás. Después de lo que me estás
haciendo no te dejaré volver a pisar esta casa. Si
me quisieras, si tuvieras un poco de humanidad, te
darías cuenta de que estás destrozando a tu madre
enferma. Pero estás loca, hija mía, una cruz con la
que siempre he tenido que cargar.

Claudia la contempló unos instantes. Le

embargaba una profunda tristeza porque había creído que, por una vez, las cosas serían distintas y podría irse sin reproches ni culpas. Una vez más, estaba equivocada. Y muy enfadada. Por fin pudo ver el daño que le hacía su madre con sus palabras, su manipulación y sabía que su madre, por orgullo, nunca daría su brazo a torcer. Pero esta vez no estaba dispuesta a humillarse para lograr su perdón, como se había visto obligada a hacer tantas veces en el pasado.

– Siento que lo veas así, de veras. Pero no te preocupes. Lo último que deseo es volver a poner los pies en esta casa.

Claudia salió al rellano y llamó al ascensor. El portazo resonó por todo el edificio. Luchó contra el sentimiento de culpa que intentaba invadirla. Si quería vivir, no tenía otra opción.

Respondió con un gesto al saludo del portero que fumaba un pitillo sentado en un banco cercano al portal y sonrió débilmente entre lágrimas. No podía dejar de llorar, pero sabía que debía alejarse de allí lo más rápidamente posible. De lo contrario, corría el riesgo de dar media vuelta. Pero a cada paso que daba, sentía que los negros recuerdos que habitaban en aquella casa se desvanecían, que su alma se aligeraba poco a

poco y que la tristeza comenzaba a desaparecer.
Le había costado treinta y cinco años, pero, por fin, era libre.

CAPITULO VIII

Marta se quitó las gafas y se frotó los ojos. Hacía un buen rato que trabajaba sin prestar atención a lo que estaba haciendo. Se apoyó en el respaldo del sillón, desalentada. Si no terminaba a tiempo la presentación para los socios, tendría

un gran problema. Por ello, haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas, intentó no derrumbarse. Suspiró con fuerza y tamborileó sobre la mesa con un lápiz. Miró a su alrededor, buscando algo sobre su mesa, pero no lo encontró. Abrió un cajón de él sacó una fotografía de Claudia. La puso en su regazo y la acarició. Las lágrimas brotaron incontenibles. Guardó la foto de nuevo en el cajón y se levantó. Cogió el bolso y salió del despacho, indicándole a su secretaria que la llamara sólo si era algo importante. Caminó un par de manzanas y entró en una tienda a comprar un sándwich. Siguió paseando, triste y pensativa,

dándole vueltas a lo que hubiera podido ser y no fue. Sus pasos la llevaron a la Plaza de España, donde se detuvo ante la estatua de D. Quijote y Sancho Panza.

– El bachiller tenía razón – murmuró para sí dirigiéndose a D. Quijote – no es bueno vivir de sueños. Después de todo te hicieron un favor, amigo mío.

Continuó caminando y llegó a los jardines del Palacio Real. Se preguntó por qué había ido a aquel lugar, lleno de recuerdos de los buenos momentos pasados allí con Claudia, cuando aún pensaban que el amor entre ellas era posible

– Tonta, tonta, tonta – se reprochó a sí misma.

Se sentó en el borde de un parterre decorado con flores rojas y amarillas. Sacó el de los sándwich y partió un trozo con los dedos. ¿Por qué demonios lo había comprado? No tenía hambre y lo último que quería en aquel momento era comer. Sólo quería que aquel dolor desapareciera.

A lo lejos escuchó a alguien cantando ópera acompañado por un violín. Era habitual que los músicos callejeros se instalaran en aquella explanada, muy visitada por los turistas. Se acercó y pudo distinguir una mujer regordeta que,

de pie, interpretaba el aria de la Reina de la Noche, de la ópera de La Flauta mágica, de W.A. Mozart. Era su parte favorita, predilección que compartía con Claudia. Meses atrás, cuando la escuchaban juntas, aquellas notas le parecieron celestiales. Hoy, por el contrario, cada una de ellas parecía clavársele en el corazón.

Un estruendo apagó la voz de la cantante. Una moto de gran cilindrada pasó por delante de ella muy despacio, hasta detenerse en el semáforo. Marta se sorprendió de la coincidencia. Se trataba de la misma chica que, meses atrás había visto con Claudia una noche volviendo a casa

después de una fuerte discusión. A ambas les impactó la seguridad que emanaba aquella motorista, con sus fuertes botas de goma, su mono de cuero y sus ademanes resueltos cuando detuvo la moto delante del paso de peatones. Recordó también cómo se volvió a sonreírlas, con la sonrisa amplia de alguien que se sabe atractiva y cómo ellas, magnetizadas, le devolvieron la sonrisa. Se le había grabado el aire desafiante y seguro que reflejaba el águila de alas abiertas que decoraba la parte de atrás de su casco, el mismo que veía ahora. Pero, sobre todo, recordó cómo había deseado que Claudia tuviera algo de

aquella fuerza, la misma que emanaba la chica que conducía la moto en aquel momento.

Observó cómo la mujer giraba la cabeza enfundada en el casco y desvió la mirada. Sorprendida, contempló como la motorista daba marcha atrás lentamente para acabar situándose a su lado. Apoyó los pies en el suelo, detuvo el motor y se quitó el casco. Marta, boquiabierta, observó el rostro sonriente de Claudia, sus ojos verdes más brillantes que nunca. Su melena lacia había desaparecido y el pelo corto la daba un aire entre juvenil y travieso. Sonrió ampliamente.

– ¿Quieres casarte conmigo?

Marta la contempló atónita.

– ¿Qué? – balbuceó por fin.

– ¿Quieres casarte conmigo? – repitió Claudia.

Marta sacudió la cabeza, sin comprender.

– Si es una broma, no tiene ninguna gracia –
murmuró.

– No lo es – aseguró Claudia – No habrá más
miedos ni vacilaciones. Te quiero y quiero estar
contigo y me importa una mierda lo que el mundo
entero. Sé que tendremos que superar muchos
obstáculos, pero también sé que renunciar a ti
sería renunciar a mí misma, resignándome a una
existencia miedosa y tullida. Soy consciente de

todo lo que te he hecho sufrir con mis miedos y mi indecisión, pero te aseguro que a partir de ahora no será así.

Marta escuchaba asombrada cada palabra que salía de los labios de Claudia. Sí, era ella, de eso no había duda. Físicamente era ella; pero lo que decía, la determinación que emanaba de sus palabras y el cambio que parecía haber experimentado casi la hacía dudar.

– No sé qué decir

– No tienes que decir nada, sólo monta conmigo – repuso Claudia dando un golpecito al asiento de la motocicleta – No tienes que

preocuparte por nada, porque ahora conduzco yo.

Marta, obediente, se subió a la moto. Se abrazó a Claudia y se apoyó en su hombro. Claudia sonrió y le acarició la mejilla. Le dio un casco y ella volvió a colocarse el suyo. Arrancó la moto y se perdieron bajo el Palacio Real.

– Creía que te daban miedo las motos – gritó Marta a través del casco.

– Yo también. No te imaginas la cantidad de cosas que tenía miedo de hacer sin haberlas intentado siquiera. ¡Una lista interminable!

– Y tú no te imaginas la cantidad de veces que he soñado con esto – repuso Marta. Se echó a reír

a carcajadas al tiempo que lágrimas de felicidad inundaban sus ojos. Se abrazó con fuerza a Claudia y, por primera vez en mucho tiempo, se dejó llevar. No le preocupaba dónde iban o cuánto tardarían en llegar. Tan solo disfrutada de su sueño hecho realidad. Claudia enfiló la carretera sintiendo el abrazo de Marta, saboreando aquellos momentos de enorme felicidad. La invadió una sensación agrisulce al pensar todo el tiempo que había perdido, en todos los buenos momentos que había dejado de disfrutar a causa del miedo.

– ¿Dónde vamos? – preguntó finalmente Marta.

– A Miraflores.

– Buena idea.

Hacia un año más o menos que habían visitado aquel pueblo y las dos se habían quedado maravilladas de la belleza del mismo, habían disfrutado paseando por sus calles angostas, cogidas de la mano, besándose furtivamente en los lugares oscuros, acariciándose cuando se cercioraban de que nadie podía verlas.

Al poco tiempo tomaron serpenteante carretera que llevaba a Miraflores de la Sierra. Rodaban en silencio, contemplando el precioso espectáculo que el pueblo de la sierra ofrecía ante sus ojos.

Claudia detuvo la moto cerca de la Plaza.

– Ven – la apremió Claudia – quiero enseñarte algo.

La tomó de la mano ante la mirada de las gentes que abarrotaban las terrazas de los bares y se internaron en el pueblo. Subieron un par de callejuelas estrechas y se detuvieron frente a una casa con las paredes de piedra y un balcón lleno de flores que daban a la fachada un aspecto vivo y alegre.

– ¿Recuerdas que cuando vinimos pensamos que sería bonito tener una casa aquí? – preguntó Claudia.

Marta asintió.

– ¡No irás a decirme que la has comprado!

Claudia se echó a reír.

– No, la he alquilado para el fin de semana –

hurgó en su bolso y sacó una gran llave de metal.

Abrió la puerta y entró en la casa seguida de

Marta. Cruzaron un pequeño hall y entraron en el

salón. Se sentaron en el sofá, delante de la

chimenea

– ¿Cuándo la has alquilado?

– Esta mañana. Siendo invierno, no me ha costado mucho encontrar una libre.

Sonrió y acarició la mejilla de Marta.

– No has contestado a mi pregunta.

– ¿Cuál?

– ¿Quieres casarte conmigo? – repitió Claudia.

Marta se levantó y caminó por el salón delante del sofá donde estaba Claudia sentada.

– No lo sé. Quiero decir – añadió rápidamente al ver la decepción pintada en el rostro de Claudia – Nada me haría más feliz, pero tengo miedo hacerme ilusiones y tener que volver a poner los pies en el suelo. ¿Cómo sé que después no habrá vuelta atrás?

– Me he ido de casa de mi madre y se lo he contado a mi mejor amiga. Puedes estar segura de

no la habré – aseveró Claudia con firmeza.

– Estoy desconcertada, Claudia. Hace unos días seguías siendo la de siempre y ahora te presentas así, montada en la moto, y me pides que me case contigo. ¿Qué ha ocurrido?

Claudia suspiró.

– Ha sido Miriam.

– ¿Miriam? – repitió Marta sin comprender.

Claudia asintió.

– Es una historia muy larga, ya te la contaré más despacio. El caso es que hizo algo y, cuando intentó justificarse, todo se reducía a que tenía miedo, al igual que yo. Pero el amor que siento

por ti me ha hecho lo suficientemente fuerte como para luchar contra él.

Marta la miró, entre sorprendida y halagada.

– Oyendo a Miriam, me di cuenta que no hay nada más triste que mentirse a uno mismo convenciéndose de que se es feliz con lo que tiene y con lo que es sólo porque, de ese modo, no se enfrenta a los demás. Mientras ella hablaba me escuché a mí misma gritándome con todas mis fuerzas que te quiero, que quiero luchar por ti, por una vida juntas. Amarte le ha dado sentido a mi vida. Por nada del mundo quiero renunciar a ti, porque hacerlo sería renunciar a mí misma.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Marta.

– ¿Me crees? – preguntó Claudia.

Marta tragó saliva y asintió.

– Algo se ha abierto dentro de ti – sollozó.

– Di más bien que ha reventado – sonrió

Claudia – siento todo lo que te he hecho sufrir con mis dudas y vacilaciones.

– Todo ha valido la pena – sonrió Marta secándose las lágrimas – No te imaginas lo feliz que me estás haciendo ahora.

– ¿De verdad?

– Completamente. Había soñado muchas veces

con que algo así ocurriera; soñaba que venías y me decías que huyéramos lejos para poder amarnos sin obstáculos. Pero esto ha superado con creces mis expectativas.

El móvil de Claudia sonó, anunciando un mensaje; Claudia lo leyó y sonrió.

– ¿Quién es?

– Sara, dice que Miriam ha hablado con Fernando.

– ¿Y?

– No sé, no dice más. La llamaré luego, porque ahora es el momento de brindar.

Claudia la abrazó con fuerza y se fundieron en

un largo beso apasionado. Casi sin respiración, se acercó a una alacena, sacó dos copas de champán y una botella. Las llenó hasta el borde y dio una de ellas a Marta.

– Brindemos por chinos y su hilo de oro

– sugirió Marta.

– Mejor aún, brindemos por los senderos cubiertos de rosas.

###

Gracias por leer mi novella. Espero que disfrutaras haciéndolo y, si ha sido así, tómate por favor un momento para dejar un comentario. ómate por favor un momento para dejar un comentario. ¡Gracias

Thank you for reading my book. I hope you really had a good time reading it. If you did, won't you please take a moment to leave me a review at your favorite retailer?

Thanks!

Rachel Ripley

Sigueme en Twitter / Follow me on Twitter:
https://twitter.com/Mercedes_ripley

Blog:

<http://senderoscubiertosderosas.blogspot.com.es/>

Sobre la autora:

Rachel Ripley es mi seudónimo y nací en Madrid en 1967 . Me licencié en Derecho por la

Universidad Autónoma de Madrid. Mi vocación didáctica me llevó también a cursar el Máster en Enseñanza del Español como Lengua Extranjera en la Universidad Antonio de Nebrija, que me permitió desarrollar una gran parte de mi trayectoria profesional como profesora de Español como Segunda Lengua en diferentes academias y escuelas de Español para extranjeros.

Para recordar mi primer cuento publicado he de remontarme a los tiempos del colegio, cuando uno de mis relatos fue publicado en la revista mensual del mismo, una versión libre de “El Perro de los Baskerville”, de Sir Arthur Conan Doyle en la que algunas de mis compañeras de clase eran las protagonistas. Desde entonces no he dejado de disfrutar del papel de escribir.

Compagino la escritura con mi actual profesión como analista de productos en una multinacional, aunque mi deseo es poder dedicarme exclusivamente a la literatura. Entre tanto, aprovecho la mayor parte de mi tiempo libre para escribir.

Premios

En 2011 gané el **VI Premio P+L de Verano** en la modalidad de relato corto con el relato titulado “A punto de”. (www.poesiamas.net), gracias a las votaciones de los lectores de dicha revista, que consideraron mi relato como el mejor entre los presentados.

Obras publicadas

E n 2009 la editorial El Arte de Escribir (Bubok) seleccionó mi relato titulado “ **El Tercer Secreto** ” para incluirlo en una antología de relatos ganadores y finalistas de los diferentes premios convocados por la editorial, antología titulada “Un tren hacia la imaginación”, que vio la luz en 2009.

En 2014 he publicado "Senderos cubiertos de rosas", y pronto publicaré mi segunda novela .

~~*A Mariló, quien supo ver en mí lo que
estaba oculto para todos.*~~

*“Y quien no tema mis tinieblas hallará bajo mis
cipr esos senderos cubiertos de rosas”*

hablaba Zaratustra

(F. Nietzsche)

-

AGRADECIMIENTOS

~~Esta novela ha sido posible gracias a la inspiración de una gran amiga, María, a la que agradezco de todo corazón dejarme contar parte de su vida, que ha sido el verdadero germen de esta historia.~~

~~A mi hermana Maribel y a su gran amiga Maica, que fueron quienes leyeron el primer manuscrito y, con sus comentarios, me animaron a~~

~~seguir intentándolo.~~

~~A David García Pascual, un verdadero artista,
por la magnífica portada que me ha diseñado.~~

~~Y, como no, a Mariló, por ser mi más profundo
y fuerte apoyo a la hora de dar rienda suelta a mis
historias, y sin quien todo esto no hubiera sido
posible.~~

Índice

[CAPITULO I](#)

[CAPITULO II](#)

[CAPITULO III](#)

[CAPITULO IV](#)

[CAPITULO V](#)

[CAPITULO VI](#)

[CAPITULO VII](#)

[CAPITULO VIII](#)



[1] Isolde: Brigit Nilsson
Tristan und Isolde, *Richard Wagner*
Wiener Philharmoniker Singverein der Gesellschaft der
Musikfreunde
Chorus Master: Reinhold Schmidt
Sir George Solti
The Decca Record Company Limited, London, 1992